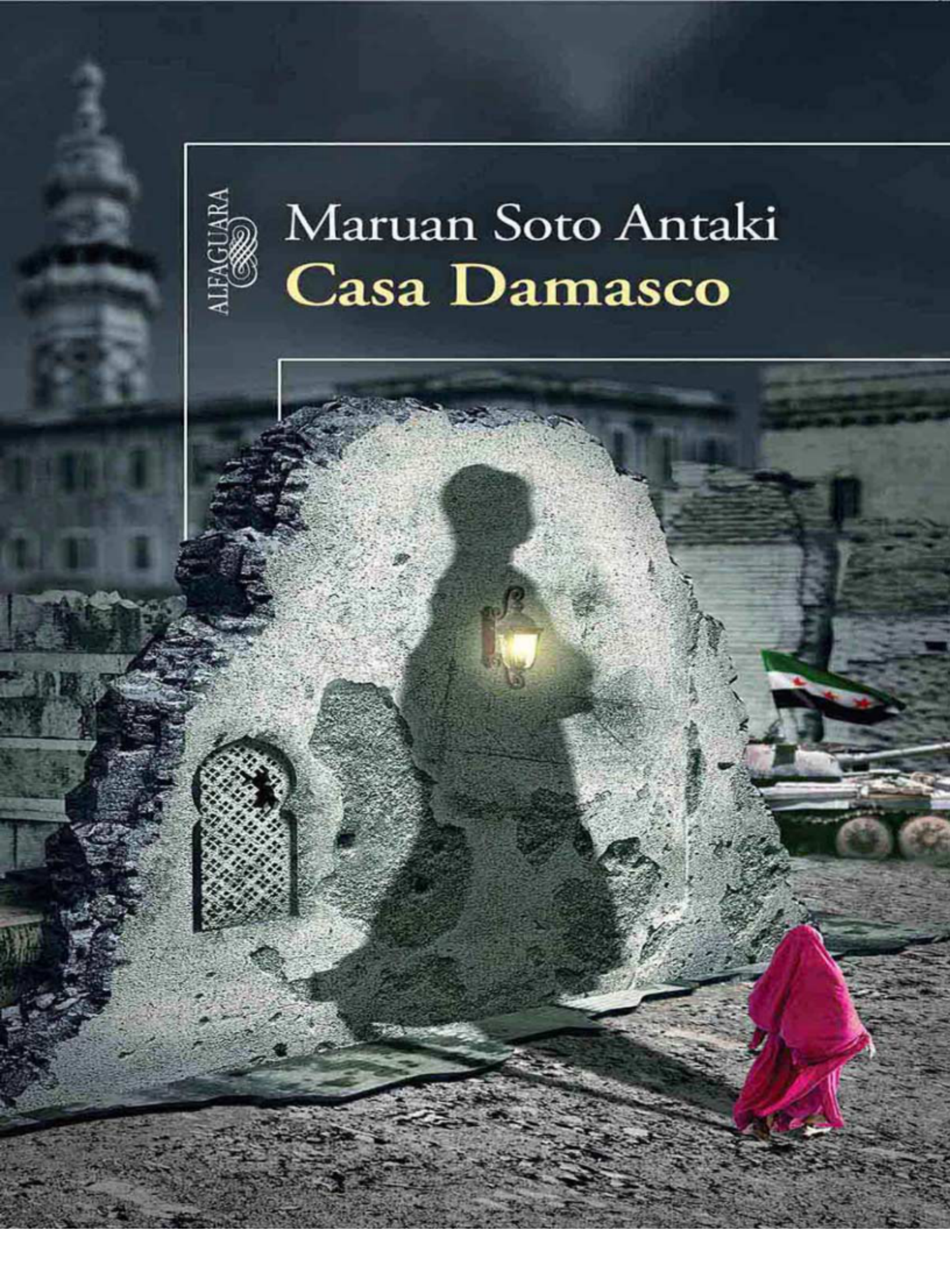
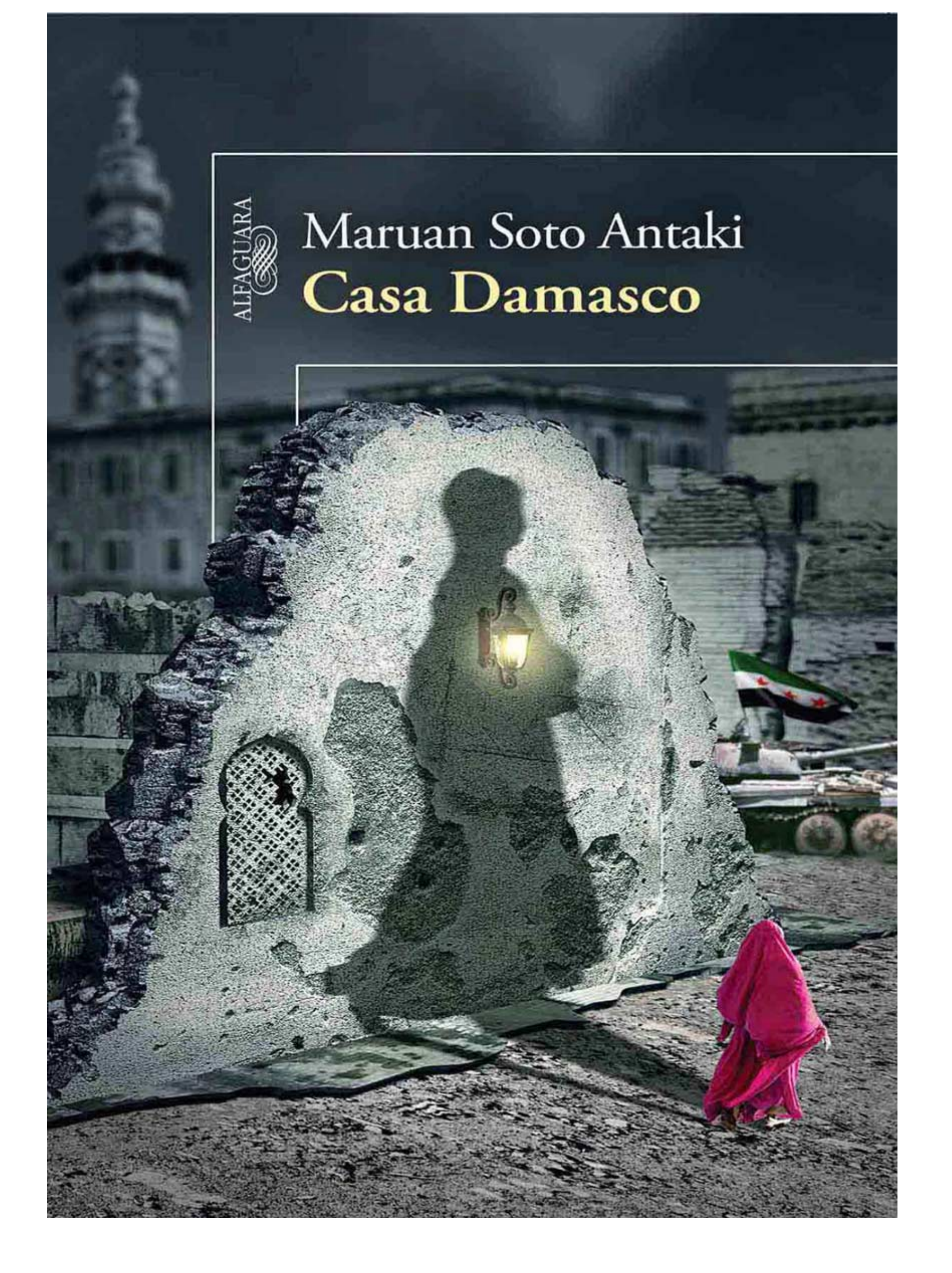


ALFAGUARA
Maruan Soto Antaki
Casa Damasco


ALFAGUARA
Maruan Soto Antaki
Casa Damasco

ALFAGUARA

Casa Damasco

Maruan Soto Antaki

Índice

Mi intención, por el contrario, es hablar de ello crudamente. No por el gusto del escándalo, creo, ni por una natural inclinación malsana. Como escritor, siempre he tenido horror a ciertas complacencias; como hombre, creo que los aspectos repugnantes de nuestra condición, si son inevitables, solo deben afrontarse en silencio. Pero cuando el silencio o las astucias del lenguaje contribuyen a mantener un abuso que debe suprimirse, o una desgracia que puede aliviarse, no hay otra solución que hablar claro y demostrar la obscenidad oculta bajo el manto de las palabras.

ALBERT CAMUS,
Reflexiones sobre la guillotina

Para Rima Antaki

La noche que volé a Damasco, El Cairo se levantó.

Estaba en el aeropuerto de París, esperando para abordar mi avión. Una televisión prendida en Al Jazeera mostró al mundo cómo la gente tomaba las calles.

Al aterrizar, conocí a Jehad.

Wissam

Jehad Ossman llevaba el nombre de su padre, un soldado sirio que desapareció en las alturas del Golán en 1979, cuando él tenía apenas tres años. Jehad, el pequeño, fue criado por su madre Amira y su abuelo Sammir. Su abuela, Naïma, la mujer de Sammir, murió de tristeza en 1981, cuando se enteró de que su único hijo había quedado sepultado bajo un edificio, en un ataque de mortero del ejército israelí, tras una operación que concluyó con la invasión del Estado hebreo al sur de Siria. Durante su infancia, el abuelo Sammir instruyó puntualmente a Jehad en el Corán y el islam shia. Hasta que creció, cumpliendo las normas musulmanas, lo llevó a rezar cinco veces al día y nunca le dio cerdo. Siempre pensó que la muerte de Naïma fue lo mejor que le pudo pasar al niño; si hubiera sobrevivido, le habría hecho la vida imposible. Eso hacen algunas mujeres árabes cuando hay alguna culpa o reclamo oculto en sus vidas; también las judías, solo que ninguna de las dos lo acepta.

Jehad Ossman, el grande, el soldado que murió, era un musulmán alawita proveniente de una familia que se mudó en 1976 del puerto mediterráneo de Latakia a las cercanías de la antigua ciudad romana de Palmira, cuando él y su padre, el abuelo Sammir, fueron acuartelados en una plataforma para lanzamiento de misiles en medio del desierto sirio, a dos horas de distancia de Damasco, a otras dos y fracción de las ruinas de la reina Zenobia.

Jehad el pequeño, que pasados los treinta años se había transformado en un adulto arquetipo de la belleza árabe masculina, llevaba quince años viviendo en Damasco. Regresó a su pueblo natal dos veces, por veinticuatro horas, hacía algunos años; una para enterrar a su madre y la otra, a su abuelo.

Tenía un departamento para él solo cerca de Sayyida Zeinab, la mezquita chiita de la ciudad que se había construido a un lado del barrio en el que vivieron los judíos damasquinos, hasta que fueron expulsados del país hacia Israel.

La primera noche que durmieron juntos, Jehad se rasuró la barba frente al espejo de su diminuto baño, sacó de su guardarropa armable, hecho de tela y aluminio, una camisa United Colors of Syria que compró la mañana de ese mismo día en una de las nuevas tiendas Benetton que se abrieron en el país, compartiendo los diseños y emblema de la marca italiana pero teniendo poco que ver con la original, detalle que no le importaba a los sirios en esos momentos; una marca europea había entrado a su territorio gracias a la participación del Estado en el negocio textil, así que el extraño

nombre que rompía con la idea de internacionalización de la compañía podía pasarse por alto.

Preparó todo para llevar a Wissam a cenar: baño, afeitada, loción, ropa nueva y una reservación para dos en un casino que no era un verdadero casino, sino un restaurante que se hacía llamar así porque vendían alcohol. Tiempo después, Wissam volvería a ese lugar para encontrarse con un palacio abandonado, resultado de la quiebra del Casino Cham tras la prohibición y clausura, por decreto del presidente Bashar, de los establecimientos que vendían bebidas embriagantes, en un intento por calmar a los Hermanos Musulmanes y a otras sociedades islamistas con nombres similares, durante las protestas que iniciaron en 2011.

Wissam era hija única de Noura Halabi, una mujer siria que emigró a México en los setenta y había muerto en febrero del 2010 a causa de un infarto al corazón y un simultáneo paro respiratorio, justo después de haber comprado una propiedad a las afueras de Damasco, en el privilegiado barrio de Koura al-Assad, en el que vivían, entre otros, las emergentes clases altas cercanas al régimen, para que Mina, su madre, y Dimah, su hermana menor y tía de Wissam, salieran del departamento viejo y venido a menos que la familia ocupaba desde hacía cincuenta años en el centro de la ciudad.

La familia Halabi era cristiana, adoctrinados griegos ortodoxos bajo el Patriarcado de Antioquía unos ochocientos años atrás, cosa no muy rara en las coordenadas que ostentan el origen de los tiempos y sustentan su grandeza en los registros más antiguos de sus libros y recuerdos, testigos que dan linaje a las más comunes familias. Noura, siguiendo las corrientes de pensamiento liberal de los años sesenta, había adoptado el discurso agnóstico y con él crió a su hija.

Wissam había nacido en México al año de que su madre llegara a América. Su padre era un sociólogo mexicano proveniente de una provincia fronteriza con Estados Unidos, del que su madre se enamoró para que este desapareciera a las tres semanas del parto, inmediatamente después de registrarla con su apellido.

Luego de sumergirse por casi un año en trámites y folklores legales en México, Wissam publicó en una revista científica los resultados del postdoctorado de su segunda carrera universitaria, una investigación sobre la teoría de cuerdas, que realizó en el Instituto de Física de la universidad nacional, empatándola con el periodo sabático que pidió en la Facultad de Psicología, de la que había egresado unos años atrás y en la que daba seis horas de clase a la semana. Su segunda titulación obedecía a un compromiso al que llegó con su madre cuando esta adivinó su muerte, para condicionar la apertura del fideicomiso que le había dejado antes de fallecer y gracias al cual las preocupaciones económicas de la huérfana eran una anécdota de

los primeros años de Noura en América.

A finales de enero del 2011, Wissam decidió suspender hasta nuevo aviso todas las citas con pacientes que tenía en su recién inaugurado consultorio, abriéndose tiempo suficiente para viajar a Siria en la última combinación de vuelos que encontró ese mes: México-París-Damasco, y terminar con los asuntos que la muerte de su madre había dejado pendientes, reencontrarse con su familia y arreglar la sucesión testamentaria de la casa nueva. Su tía envió a recogerla al aeropuerto a dos jóvenes amigos que hablaban algo de inglés, Jehad Ossman y Ommar Abbas, un sunita pelirrojo y casi calvo, de los pocos que se encontraban en el país.

La familia de Ommar había tenido que emigrar a Siria desde Turquía, durante la masacre armenia de principios del siglo XX. Su padre, ferviente opositor de las políticas genocidas otomanas, intentó proteger a la comunidad víctima de la persecución y fue acusado de traición. Expulsado del país, se refugió en Alepo para garantizar su seguridad, evitando la horca a la que, de haberse quedado, hubiera sido condenado junto con su mujer e hijo.

Al salir de los puestos de control aduanal y migración del aeropuerto internacional de Damasco, Wissam vio a lo lejos a los dos hombres. Al leer el letrero con su nombre que levantaba Ommar sobre su brillante y roja cabeza, pensó:

—¡Maldito Hollywood!

En los cuarenta minutos de trayecto del aeropuerto a la casa de su madre, la nueva, Wissam respondió a una veintena de preguntas que los sirios le hicieron de forma casi burlona, como si viniera de un planeta extraño del que ninguno supiera algo, y posiblemente era así; en esas zonas, como ocurre en cualquier extremo del planeta desde que este se descubrió redondo, sus habitantes están menos que enterados de la forma de vida en las latitudes contrarias. No se trataba de cuestionamientos hechos a la ligera que buscaran averiguar cómo era la vida en México, sino de una curiosidad auténtica que afirmaba el carácter hermético del país y dejaba notar cierto aire de superioridad, impregnado en la población gracias al trabajo de propaganda interna del Estado, que había logrado hacerlos pensar que estaban muy por encima de las trivialidades occidentales. Poco tiempo le tomó a Wissam darse cuenta de que esa afirmación tenía algo de cierto.

Al pasar junto a una de las puertas de la vieja ciudadela, Ommar señaló por su ventanilla:

—Por esa puerta pasó Tomás, hace dos mil años.

Y Wissam sonrió. Tardó en entender que los musulmanes hablaban del apóstol.

—¿Tienen puertas tan viejas en México?

Wissam no supo qué responder.

—Si necesitas algo solo tienes que decirlo, aquí todo se resuelve con los amigos. ¿Tus amigos te ayudan en México?

—Sí, siempre.

Luego se dio cuenta de que ese todo al que se referían no era el mismo que ella pensaba. La totalidad y lo absoluto tienen sus límites en América.

Al llegar a la casa, una recepción de alimentos la esperaba en el comedor. Su abuela la agarró a besos, teéta Mina le embarró la cara contra sus avejentados y arrugados senos, entre los que sostenía un pañuelo facial.

El primer encuentro de Wissam con su abuela ocurrió cuando cumplió seis años, teéta Mina y su tía habían viajado a México para conocerla y ayudar a su madre a elegir y comprar, gracias a un crédito recién asignado, un departamento para vivir en ese nuevo país, que la adoptaba formalizándola como deudora.

Según una de las cartas descubiertas en el departamento de Wissam en México a los pocos días de su desaparición, ella ya había viajado a Medio Oriente, varios años antes de conocer a Jehad.

Siria es tan distinta al país en el que estuve por primera vez, cuando viví en Damasco desde mediados de 1993 hasta entrado 1994… Había ido a ver a mi familia mientras aún era una adolescente.

Cuando los conocí en México era muy pequeña, entonces eso no cuenta.

Durante toda mi infancia escuché historias de cómo se había formado el país tras una serie de golpes de Estado, el último de Hafez al-Assad, a principio de los años setenta, llevando al poder a una minoría alawita, musulmanes chiitas que controlaron un país de mayoría sunita.

En los noventa, Siria se encontraba en algo a lo que llamaban estado político de guerra con Israel, porque llevaban tiempo sin dispararse unos a los otros. También ocupaban Líbano.

Recuerdo lo difícil que era conseguir materiales no árabes para leer; entonces salía a la calle a buscar por toda la ciudad, revistas viejas que me mantenían en contacto con lo que había dejado en México. Una de mis memorias alegres era cuando mi tío llegaba al departamento de teéta donde yo dormía y traía con él una o dos cajetillas de Marlboro rojos, siempre rojos. Siria se encontraba bajo bloqueo económico, en la calle sólo podías comprar Hamra cigarettes, Hamra Cola, Hamra todo, una marca propiedad del Estado. En el mercado negro se encontraba lo demás.

No había aún teléfonos celulares y uno esperaba la llegada del cartero todas las semanas. Eso me gustaba; por eso ahora escribo cartas, aunque nadie las lea.

En las afueras de la ciudad era imposible no ver una construcción descomunalmente grande, que guardaba el palacio presidencial y se imponía a lo alto de una colina sobre Damasco. Uno caminaba en silencio frente a la biblioteca central, con la misma arquitectura, a la que el público general no tenía acceso y, como una gran cantidad de edificios por todo el país, llevaba el nombre de la familia tras su título: Biblioteca al-Assad, Hospital al-Assad, Edificio al-Assad.

Planeta al-Assad.

No pasaron muchos días para que me explicaran qué era el Mukhabarat y cómo evitar los conflictos que bajo este esquema eran muy fáciles de atraer, se trataba de la policía secreta a la que, a decir verdad, nunca le encontré mayor gana de permanecer en el anonimato. Ciudadanos al parecer comunes, de todas las vertientes del islam, que recibían un pago del Estado para informar de cualquier cosa que veían o escuchaban en la calle, en escuelas, en sus casas. Una

estructura que fue común con el uso de "colaboradores" en otros sistemas dictatoriales a través del tiempo. Recuerdo perfectamente la prohibición de bromear sobre el régimen, de hacer comentarios sobre los lugares que llevaban el nombre de la familia presidencial. Había que cuidar que nadie malinterpretara.

Durante meses me dediqué a tomar fotos por todo el país, metiéndome a las casasmuseo abandonadas en el centro de Damasco, que encontraba en viejos mapas distribuidos gratuitamente por el Ministerio de Turismo, en los que se marcaban espacios que recordaban los inicios de las civilizaciones y se encontraban abandonados por la falta de interés del gobierno, o porque los recursos que hubieran servido para rescatarlos se usaban para otras cosas.

Y así, uno de esos días que yo dedicaba a caminar, cámara en mano y bajo la consigna de no apuntar a nada que me pudiera meter en problemas, Siria despertó con la noticia de que Bassil al-Assad, hijo de Hafez al-Assad, había muerto en un accidente de auto.

Bassil era un hijo prodigio, perfecto, inteligente, guapo, muy guapo. Cabeza de los equipos olímpicos del país y al mismo tiempo, un hombre entrenado toda su vida para ser el siguiente en el poder. Ese día cambió el rumbo de algunos países de Oriente Medio.

Al accidente le siguieron semanas de duelo, un duelo que no conocía; todo indicaba que la mayoría de la gente sí quería la línea de sucesión, de alguna forma la familia al-Assad había logrado generar en la población cierto amor por sus figuras.

La idealización de la figura de Bassil como representante de las causas sirias, sobre todo las anti-israelíes, y un altísimo número de mukhabarat en las calles, se unieron en gigantescas procesiones por las avenidas principales, miles de personas en caravanas de autos gritaban su nombre, en nombre de Dios, con las fotos de padre e hijo en una mano, con armas en la otra. Armas rusas, como las que siguieron disparando hasta el final.

En la mayoría de los comercios se podían comprar imágenes de la familia al-Assad y descubrí que todo Siria, en la mejor de las tradiciones soviéticas de los países del este de Europa, estaba lleno de murales con escenas de Hafez y Bassil en algún glorioso acto de combate.

Era el momento de buscar un remplazo al príncipe heredero.

Bashar, su hermano, un oftalmólogo que se había alejado de los quehaceres familiares y vivía en Londres, sería el siguiente en sucesión, con la obligación de entender rápidamente el nuevo trabajo al lado de su aún vivo padre y su hermano menor, Maher, el jefe de la guardia presidencial y la temida, pretoriana, Cuarta Brigada, conocido por su inestabilidad emocional y carácter violento; era supuesto cómplice, junto con su cuñado, quien era jefe de inteligencia militar

en 2005 bajo las órdenes del hermano mayor, del asesinato del primer ministro libanés.

Bashar había aprendido bien de su padre.

Era momento de Bashar Planet.

Wissam

La abuela de Wissam fue por mucho tiempo una cocinera extraordinaria; sfijas y jocoque eran hechos en casa, incluso la carne era molida en una máquina con una manivela a la que había que darle vueltas. Pero esos días de extremo cuidado culinario pertenecían a otra generación; la última vez que en la cocina Halabi se prepararon grandes platillos fue un día antes de la muerte de George, el marido de Mina, poco después del catorceavo cumpleaños de Wissam.

Jedo George perdió la vida mientras dormía, un infarto tan fulminante como el que mató a la madre de Wissam no le dejó despertar de la siesta que tomó para digerir los ochocientos gramos de carne cruda, destinada a una charola de kebe que Mina prepararía esa noche para la comida del día siguiente. El viejo jedo George devoró la carne tomándola con sus dedos, en sus dientes se encontraron algunos pedazos atorados en la cavidad que una muela recién extirpada había dejado, otros más enterrados entre las uñas. Sus funerales duraron cuarenta días. En la iglesia Maryamia de Damasco se pidió por el perdón por sus pecados.

Desde esa tarde, la elaboración de alta cocina había desaparecido y todo era comprado en las tiendas de comida preparada que abundaban en la ciudad.

Cincuenta y seis sfijas, veinte bolas de kebe rellenas con piñones y medio litro de jocoque líquido, perfectamente colocados y decorados con perejil picado, aguardaban en el centro del comedor; toda esa comida para cinco personas.

Jehad y Ommar entraron al abrirse la puerta, a la que nunca se le puso cerrojo. La abuela les señaló la mesa y, sin reparo, se abalanzaron sobre los alimentos mientras Wissam nadaba entre los senos de su abuela, quien no paraba de decir entre lágrimas el nombre de su hija.

Veintidós Nouras después, la recién llegada terminó dando abrazos de consuelo a su vieja abuela.

Hoy en la mañana, en El Cairo, en plaza Tahir, corrió un rumor que se confirmó a la noche. Mientras esperaba a Jehad para ir al Casino Cham, Mubarak renunció al poder.

Wissam

Luego de casi dos semanas en Damasco, la invitación de Jehad al Casino Cham no fue tomada con sorpresa por Wissam. A la mañana siguiente de su llegada, él fue el encargado de llevarla junto con Dimah a la oficina de gobierno en la que iniciaron los trámites de la sucesión. Días de torpes miradas que el alawita era incapaz de disimular y ella jugaba a corresponder, le hacían esperar el momento en que él encontrara algo de valor para proponer un encuentro. Wissam había viajado con el testamento que su madre dejó en México, copiado, traducido y apostillado por el consulado francés en el Distrito Federal. Cada uno de los documentos necesarios fueron entregados en Siria al Ministerio de la Familia para su evaluación, proceso que tomaría dos semanas. Durante ese tiempo, lo único que Wissam podía hacer era intentar reencontrarse con su familia y practicar algo de turismo, siempre custodiada por el amigo de Dimah, encomendado para ese propósito.

Jehad pasó por Wissam a las seis y media de la tarde a la casa de Koura al-Assad. La propiedad se encontraba en una calle privada, a la que se entraba identificándose en una caseta de seguridad vigilada por un viejo exmilitar, que conservaba la gorra de capitán de sus días de infantería. Cien metros y una vuelta a la derecha después de la caseta, el Honda Civic modelo 1995 de Jehad se estacionó en el número siete de la primera manzana, conocida como 1st. Island según el cartel en inglés colocado en el poste de la esquina y escrito en árabe en un primer letrero de metal que colgaba atornillado apenas unos centímetros arriba.

La casa estaba protegida por una cerca de madera blanca, con puntas triangulares, de esas que se ven en las películas americanas de los años sesenta en las que la felicidad es una parrilla encendida y un perro jadeando a los pies de sus amos. Una puerta amplia, eternamente cerrada con un candado oxidado, impedía el acceso al garage; otra más pequeña, abierta de par en par, permitía la entrada al jardín, que rodeaba la casa pintada de amarillo.

Al escuchar el auto, Dimah salió con los brazos abiertos, como si la visita fuera para ella, vestida con unos viejos pants de franela negros y un suéter de estambre tejido a mano, tres tallas más grande de lo necesario, que buscaba ocultar su evidente exceso de peso.

Jehad la saludó con un beso en cada mejilla, preguntó por Wissam y, como si se tratara de la escena de una serie televisiva para adolescentes, Dimah enrojeció cual tomate y con una sonrisa de lado a lado de la cara hizo los ademanes burlones e inocentes que mostraban

su felicidad por la cita de su sobrina y su mejor amigo.

Wissam salió tras su tía, imponiéndose más con la elegancia de una actriz de los años cincuenta que con el caminar de una psicóloga o estudiosa de teorías nucleares. Vestida con una falda de manta color hueso que había traído desde México, dejaba ver el tatuaje de un colibrí maya, rojo, verde y azul celeste, que tenía en el tobillo izquierdo. Beso en mejilla derecha, beso en mejilla izquierda. Se subieron al auto, sonriéndole a los manotazos en el aire con los que Dimah se despedía.

¿Cuánto se puede parecer un humano a una foca?, pensó Wissam. Doce días al lado de su abuela y tía habían sido suficientes para adentrarse en el fastidio del que conoce de más a su familia.

El camino a Casino Cham era largo. Bajaron por una de las carreteras que conectaba Koura con Damasco; desde ahí Jehad le mostró la casa de la familia Assad, esa exuberante propiedad tan grande que, sin importar la distancia desde la que se le viera, jamás se hacía pequeña, flanqueando la ciudad desde lo alto de una montaña vecina, que Wissam ya conocía y de la que, por cortesía, aparentó sorpresa.

Entraron a Damasco, salieron de Damasco.

La entrada al Casino Cham iniciaba en lo alto de una colina del lado opuesto de la ciudad. Luego de subir varios kilómetros por un estrecho pasaje de tierra seca, un gran arco simulaba las ruinas de Palmira, de Bosra, de Roma, de Atenas, anunciando la llegada al lugar. Entonces se empezaron a ver macetas a los lados, todas con palmeras que imitaban la entrada a los oasis de las películas de Omar Sharif.

Fue ahora Wissam la que durante el camino se encargó de hacer preguntas; llevaban días conviviendo en el tránsito de la ciudad y le sorprendía la cantidad de tiempo libre que aquel hombre tenía, para dedicarse con tanta devoción y disciplina a auxiliarla en las tareas que la llevaron al país de su madre.

—Import, export.

Esa era su ocupación. Nada más vago en un país que vivía bajo bloqueo económico, en el que hasta hace unos años era imposible comprar cigarros importados fuera del mercado negro, en el que era difícil encontrar publicaciones extranjeras recientes y en el que la señal de televisión de Al Jazeera se había transformado en símbolo de progreso y avance democrático.

—Mercedes Benz, to Iraq.

Entre la risa que a Wissam le provocaban los inimaginables esfuerzos de Jehad por hablar un inglés con acento británico, más fluido del que presumía, se enteró de que su acompañante comercializaba autos de lujo, comprándolos en Beirut para llevarlos a

Bagdad. En sus trayectos leía poesía árabe y en esa cena, seduciendo con palabras que Wissam no entendía del todo, recitó poemas mientras comían carnero y bebían cerveza, aprovechando la virtud del árabe de partir la belleza en su forma.

En 2011 volví a Damasco. Bashar llevaba casi diez años en el poder tras la muerte de su padre y unas elecciones en las que compitió contra sí mismo; literalmente, no hubo ningún otro candidato. Su partido político, el baath, una de las más grandes herencias que tomó de su padre, enfrentó a otras dos organizaciones que también lo postularon.

El país había cambiado desde mi última visita, ya podía comprar cigarros en la calle y había Internet, media hora diaria en sitios restringidos. Todo mundo tenía celulares y televisión satelital. Al-Jazeera y Al-Arabia eran vistas por la población y Siria vivía en una libertad cosmética, que daba ciertos beneficios acercándolos a lo que querían de Occidente. Era un buen gancho para aparentar la evolución del sistema, que aún mantenía las mismas políticas de antaño.

A Damasco entré con dólares; en el aeropuerto una casa de moneda propiedad del Estado regulaba un tipo de cambio impagable y al día siguiente de mi llegada, mi tía, junto con Jehad y Ommar, me llevaron a uno de los barrios elegantes de la ciudad. Pasamos frente a la embajada de Estados Unidos, cerca de unas oficinas del gobierno; me metieron a una joyería donde, tras tomar la cotidiana taza de té, representante vaporoso de la hospitalidad árabe, cerraron puerta y ventanas. Cambié los billetes americanos a libras sirias, para poder vivir en el país. Los dueños de esa joyería eran mukhabarat.

Al salir de ahí circulamos por una glorieta donde decenas de hombres se encontraban sentados, casi todos vestidos de civiles, fumando y platicando por radios CV que descansaban sobre mesas destinadas a partidas públicas de ajedrez. Una plaza llena de ellos, todos mukhabarat.

Ya había entendido para entonces el funcionamiento básico del país. Llegué a escuchar que de cada de diez habitantes, tres podían estar en contacto con el Mukhabarat; tremendo sistema de control se había formado.

Era imposible hacer cualquier cosa sin ayuda de ellos; son los amigos que Ommar mencionó al recogerme con Jehad en el aeropuerto. Esto resultaba en una red de corrupción inimaginable. Querías algo, le marcabas a tal, querías otra cosa, le marcabas al otro. Vivir en Siria sin amigos en la policía secreta era prácticamente imposible.

Wissam

Lo primero que vio Wissam al despertar en la cama de Jehad fue un foco colgado del techo. Aunque las persianas horizontales hechas de PVC eran tan nuevas que mantenían los plásticos protectores de los soportes que se encontraban en el departamento cuando fue puesto en renta, no cerraban bien y un rayo de luz se cernía sobre la parte baja del colchón, cubierto solo con unas sábanas grises, imitación satín. Wissam despabiló y se encontró sola. La voz de Jehad, que entonaba una canción de pop argelino, se escuchaba cerca. Ella se cubrió con la sábana y caminó por el pasillo de dos metros que dividía el departamento. En la cocina, Jehad cocinaba una jarra de café turco sobre una parrilla doble, de resistencia de metal, conectada al único multi-contacto que salía de la pared, alimentando al mismo tiempo un horno de microondas y un refrigerador.

Vestido con un pantalón de comando y sin camisa, sirvió la bebida en dos pequeñas tazas de acero sueco, le dio un beso en los labios y la encaminó a la sala. Ella se sentó en el sofá que junto con una mesa amueblaba el cuarto y ocupaba la mayor parte del espacio, un monolito de tela café decorado con colchones bordados con motivos de arte islámico y chocaba con la gran ventana corrediza que limitaba el departamento al fondo, dando paso a un pequeño balcón, lleno de plantas enterradas en macetas hechas de latas de distintos productos, desde pintura a sopas instantáneas importadas.

Entre risas y caricias se sentaron, primero ella, luego él, quitándole la sábana que la cubría. La primera occidental con quien despertaba hacía realidad un mundo de fantasías.

Desnuda, sosteniendo la taza con la mano derecha y sintiendo la mano de Jehad entre sus muslos, Wissam se sintió observada por las miradas custodiando desde la pared que tenía enfrente.

Algunos de mis amigos en Damasco parecen pertenecer a esta red, al Mukhabarat. De tanto en tanto alguno desaparece por trabajo, y a su regreso, nadie pregunta nada.

En casa de Jehad, en la sala, hay cuatro fotos enmarcadas: Hafez, Bassil, Bashar y Maher.

Wissam

Ella lo llamaba “cubo”, por su cabeza cuadrada, como la de todos los hombres de familias alawitas tradicionales, a los que cuando niños les deformaban el cráneo con tablas de madera para lograr la característica silueta de los que ocuparon el poder en Siria por más de cuarenta años.

Cuando Jehad le dijo que estaría una semana fuera del país, por trabajo, ella se dio tiempo para recorrer los pasillos y libreros de la casa en la que su abuela y tía vivían; de escarbar en los baúles de recuerdos, de ver al hermano mayor de su madre, con quien no se hablaba frente a frente desde hacía años.

Mina jamás cuestionó a Wissam por los días que despertó en el departamento de Jehad. Sabía que para su nieta era más interesante permanecer entre esas sábanas que compartir el poco tiempo que pensaba quedarse en el país, con dos mujeres capaces de agobiarla con su cariño. La única que mostró algún tipo de celo fue Dimah. La abuela Halabi había llegado a esa edad en la que las preguntas no buscan la respuesta de lo que los ojos dicen; guardó en secreto la aversión que le provocaba saber que su nieta dormía con un musulmán, porque sin importar lo tolerantes que los humanos se quieran mostrar, y más los griegos ortodoxos, siempre hay en la naturaleza un dejo de reacción primitiva, de protección, de rechazo a lo que no es como uno y resulta ajeno.

En el jardín trasero de la casa, Dimah había sembrado las semillas traídas desde México por su hermana al viajar a Siria para comprar la casa: chiles, chayotes, tomates verdes y rábanos, todos se dieron sin problema; solo los chiles cambiaron de sabor, provocando la vergüenza de Dimah, perdiendo el picante que Noura buscó importar a Oriente Medio, para envejecer bajo el sol de Damasco con los sabores que aprendió en América.

Dimah nunca entendió por qué Wissam no le dio importancia al hecho.

Durante el tiempo que Wissam permaneció en esa casa, incluso cuando no pasaba la noche ahí, Mina y su hija durmieron en el cuarto de Dimah. La vieja le había cedido su habitación a su nieta, por ser la que tenía una sola cama, con un guardarropa tan vacío que todo lo que la llegada de América pudiera usar entraría sin problema. Ni un solo vestido o camisa que vino de México se colgó adentro, para cada cambio Wissam abrió su maleta. Maleta, cuerpo, lavadora, el olor a viejo no impregnaría su ropa. El temor de transformarse en quien guardaba ahí sus vestidos.

La segunda mañana que Jehad estuvo ausente por su viaje, el despertador de Wissam timbró pasadas las seis. Su tía aún no había despertado y Mina preparaba café (turco, el café en esos lados casi siempre es turco). Cafetera, agua, café, azúcar y cardamomo, dos pizcas antes de hervirlo, vestida con su bata y un kleenex decorándole el pecho. Hassib, el tío de Wissam, quedó en recogerla a las siete treinta para desayunar juntos en la ciudad vieja, la amurallada.

Un Lada verde llegó puntualmente mientras ella se secaba el pelo. Wissam salió de su cuarto unos minutos después. Su tío y abuela, sentados en el desayunador de la cocina, bebían de unas pequeñas tazas de cerámica, teñidas por la cafeína de muchos años. Beso en mejilla izquierda, beso en mejilla derecha, la distancia era evidente, las emociones guardadas de un encuentro obligado por el recuerdo de su madre, por la sangre.

Wissam conoció a su tío en París a principios de los ochenta, en un viaje que hizo con su madre para encontrar al varón mayor de la familia en una etapa de crisis económica en México. Hassib le entregó a su hermana un sobre con diez mil dólares en efectivo; también pagó el costo de los boletos de avión. Al morir Noura, Hassib preguntó en un correo a su sobrina sobre el dinero. La mezquindad de los vivos suele llamar a la morada de los muertos. Mina y Hassib bebieron lo que quedaba de café de un solo trago, cuidando de no tocar los asientos con sus labios.

Wissam y su tío llegaron a la entrada de Damasco. Era viernes, el día sagrado de los musulmanes. Casi todo estaba cerrado, la ciudad aún no había despertado y un trayecto de media hora se convirtió en diez eternos minutos en los que hablaron, en inglés, de los paisajes que circulaban por las ventanillas del oxidado auto ruso. El paisaje en Siria es tan agreste que la más banal conversación llega al tedio con inmensa facilidad: tierra, piedra, arena, un coche, otro coche, un militar, un arbusto que quiso ser palmera.

Hassib se estacionó frente a un restaurante que tenía las ventanas cubiertas con cortinas hechas de tela a cuadros. Una puerta de vidrio daba la bienvenida con un tapete en el piso, decorado con motivos navideños que en francés decía: Bonne année.

Salvo la que ocuparon, todas las mesas, las ocho del lugar, con cuatro sillas cada una, estaban tomadas. Manteles de plástico, también a cuadros, rojos como los de las fondas mexicanas de comida rápida, daban color a un lugar cubierto por el humo de cigarros y narguiles, recordándole a Wissam la densidad del aire en los estanquillos de tabaco en Europa.

Él pidió por ambos. En menos de cinco minutos un mesero trajo dos platos hondos con una especie de sopa de garbanzo, parecida al humus, el aderezo, pero con tanta grasa que se hacía líquido.

—A breakfast for working people. Dijo Hassib intentando hacerse el simpático.

Hassib desayunaba en el mismo restaurante desde hacía cuarenta años, desde sus días como estudiante de química en la universidad de Damasco, cuando eso era lo único que podía pagar. Wissam tomó del mantel una cuchara y la colocó en la superficie de su plato para esperar a que se hundiera, proceso que tardó cerca de un minuto. Luego, con un pedazo de pan árabe, sopeó el denso líquido para llevarlo a su boca.

Hassib, a diferencia de su hermana, se había visto forzado a quedarse en Siria luego de terminar sus estudios profesionales. Pese a que ella pasó por etapas mucho más complicadas que él a lo largo de los años, Hassib mantuvo cierta envidia de la vida libre, llena de errores, que su hermana había tenido. Incluso al encontrarse con ella para prestarle dinero en el viaje a Europa en el que conoció a Wissam, al entregarle a su hermana el sobre con efectivo le dijo que ninguno de esos billetes valía tanto como el vivir lejos de Damasco. Hassib parecía haber olvidado las razones que obligaron a la partida de Noura.

Mina y George habían tenido cuatro hijos; Hassib, el mayor, Noura, Dimah y Youssef. Como dicta la tradición, todos fueron bautizados al octavo día de su nacimiento. Youssef enfermó a los siete años luego de una inyección contra la polio, proveniente de un embarque de vacunas francesas caducas que llegaron al país con apoyo de las Naciones Unidas a principios de los años cincuenta. Por ese incidente, Youssef sufrió unas fiebres que llegaron a los cuarenta y cinco grados, las cuales causaron daños permanentes en el cerebro del pequeño, quien logró salvar su vida pero fue encerrado permanentemente en el Hospital Psiquiátrico de La Cruz, al sur de Beirut, en la sala para pacientes crónicos, atendido por las monjas de los cuerpos de paz que sobrevivieron a la guerra en Líbano.

Wissam, con un inglés que buscaba lograr tal perfección en su pronunciación que evidenciara un grado de superioridad ante su tío, preguntó por Youssef, el loco al que nunca había visto.

A la respuesta le siguieron una decena de preguntas que recibieron réplica en frases concisas.

Hassib decía hacerse cargo de todo: de su madre, de su hermana, de su hermano.

Hassib mantenía a su familia.

Hassib ya era el único que quedaba para cubrir la mensualidad de Youssef.

Hassib no había tenido tiempo de viajar, como Noura.

Hassib tuvo peor suerte que Noura. Nunca pudo salir de la rutina que en ella un día fue miseria.

Hassib no había tenido tiempo de regalarle a su madre una casa, como Noura.

Hassib no sonreía. No había tenido tiempo de ser, como Noura.

Hassib tenía tres hijos.

Hassib tenía que regresar a Wissam a la casa de Koura. Ya no tenía tiempo. Ya era tarde. El reloj de Hassib indicaba las ocho cuarenta y cinco de la mañana.

Hassib quería a su sobrina. Le marcaría a la noche.

Hassib quería y extrañaba a su hermana, quien por cuidar a su hija en México se alejó de Siria y lo dejó solo.

Hassib quería su hermana, a su sobrina. Hassib odiaba México, y su sobrina era México.

Debe ser horrible ser Hassib, tener que estar conmigo para decirle a su madre que me quiere. No poder aceptar que en mí ve el rencor que le tiene a su hermana por haberlo dejado dos veces. Primero para irse a México, a tener vida propia. Luego, al morirse, a tener muerte propia.

Y ese odio se extiende a mí, porque yo soy la heredera y él aún no puede dejar nada, porque sigue vivo.

Wissam

Jehad volvió dos días antes de lo previsto. Beso en mejilla izquierda, beso en mejilla derecha, más cerca de la boca que de la oreja. Una sonrisa grande se dibujó en la cara de Wissam.

Dimah y su sobrina desayunaron con el recién llegado en la mesa de la terraza que daba al jardín trasero, viendo las hojas de los rábanos mexicanos que brotaban del suelo. Mina trajo una jarra de café turco y, dándole a su nieta un beso en la frente, subió a su cuarto, al de su hija.

Jehad había llevado un pastel de pasta de pistache con nata, decorado con azúcar glass y pétalos de rosa en mermelada. Rápidamente las rebanadas desaparecieron; Wissam tenía los labios blancos.

Los tres subieron al Honda. El tablero del auto anunciaba treinta grados centígrados. Dimah, más envuelta que un pingüino en invierno, no supo qué hacer al verse obligada a entrar por la puerta trasera. El lugar del copiloto ya no era de ella. En el estéreo del auto se escuchaba el tedioso pop argelino que tanto le gustaba a Jehad: canción que terminaba, daba pie a otra tan parecida que hacía difícil distinguir el momento en que cambiaban. En cuarenta minutos llegaron al centro de la ciudad, pasaron junto a la abandonada estación central de trenes de Damasco, que exhibía sus techos brocados a los turistas que todavía llegaban al país.

Estacionaron frente a una tienda de electrodomésticos usados, un museo de la evolución de los hornos de microondas. Caminaron doscientos metros. Wissam se detuvo, sacó su pequeña cámara digital y enfocó al otro lado de la calle; en un local, dos gigantescos cuellos de dromedario colgaban, como lo hacen las cabezas de cerdos en los mercados del país en que Wissam había nacido. Dimah se mostró indiferente, nuevamente, pese a la impresión causada al ver los artiodáctilos balancearse.

Era la evolución sedentaria de algunos beduinos, que dejaban de ser nómadas pero no cambiaban sus hábitos alimenticios y ahora vendían la carne de los animales, muertos de viejos, como ocurría en el desierto y en las zonas más pobres de las provincias sirias. Jehad tomó el papel de hombre de mundo y, mientras explicaba lo que veían, se acercaron a las bestias, cuidando los pasos de la mexicana, deteniéndola para que ni bicicletas ni peatones la atropellaran, a ella, que no separaba su ojo de la cámara.

El beduino sedentario que atendía cortaba con un gran cuchillo la pierna trasera, trasquilada, del jorobado, sobre una base de madera

deformada por los impactos. Cada trozo de carne obscura era depositado en el fondo de una gran vasija de barro. En una hornilla de petróleo al fondo de la tienda, la grasa de la joroba se derretía en un cazo de cobre. Al llenar de carne el recipiente, la grasa líquida era vertida en su interior para, al secar, cerrar herméticamente y servir como conserva. Cada vasija llena costaba mil liras, unos cuarenta dólares.

Continuaron caminando, Wissam y Jehad avanzando en paralelo, sin tocarse, dándose la mano acercando la punta de sus dedos. Dimah a unos metros de ellos, refrescándose con el movimiento abanicado de una revista Motor Trend que encontró en el asiento trasero del auto.

Al entrar al Ministerio de la Familia, Jehad saludó a un coronel que estaba fumando en el centro de la sala de espera. Beso en mejilla derecha, beso en mejilla izquierda, un orden invertido para hombres y mujeres, que no obedecía a nada más que un código propio del hombre que tenía amigos en todos lados. El coronel saludó a las mujeres con una reverencia, levantando su gorra de servicio. Entraron a una oficina digna de un general de Brigada, decorada con tapetes traídos de Irán, gruesos, de lana y llenos de color; una mesa de juntas para cuatro personas, un escritorio de cedro con marquetería adornada con concha nácar y un gran librero, lleno de literatura árabe clásica y la obra completa de Mahmoud Darwisch.

Antes de sentarse, un cabo entró con una charola de cobre forjado, sobre la que se alcanzaban a leer inscripciones del Corán bajo cuatro tazas de vidrio transparente y una jarra de té negro.

Sin haber podido esperar a que el té se enfriara, la decepción llegó a los oídos de los árabe parlantes; poco tardaron en encontrar las palabras que tradujeron puntualmente cada problema que el militar exponía.

El testamento de Noura no servía de nada. En el acuerdo de la Convención de La Haya de 1961 se otorgaba, a través de una apostilla, validez a los documentos emitidos entre los países miembros. Siria no había participado en el tratado, así que la madre de Wissam había muerto intestada. Sin el trámite realizado antes de su muerte frente a un juez o notario sirio, la herencia de Wissam en el país quedaba a merced de la ley local.

El varón mayor de la familia sería nombrado albacea para administrar y disponer de los bienes; los hombres más jóvenes en línea de sucesión directa ocuparían turnos posteriores. Solo si el primero renunciaba al cargo y la acción fuera repetida por los encomendados en segundo sitio se abriría un juicio que difícilmente permitiría a Wissam anteponerse sobre su tío y primo, con quienes no tenía la menor relación.

Hassib sabía esto cuando fueron a desayunar. Al día siguiente,

Wissam recibió una llamada de su tío en la casa de Koura; se negó a contestar. Mientras estuvo en Siria no volvió a hablar con él. Le escribió un correo a los meses de haber regresado a México; desde ese día, para ella, Hassib había muerto. Cuando le escribió tiempo después, seguía enterrado en su mente, sepultado en la fosa común de los traidores.

Fue escrita una carta para que nadie la leyera.

Siria es un país musulmán y el Estado tiene una religión. También México, pero aquí lo aceptan como es y se rigen como corresponde.

Por momentos, parece más honesto que la supuesta laicidad que ostentamos en casa.

No sé qué va a pasar con la casa de mi madre.

¿Por qué Hassib no me dijo nada?

Wissam

Dos días de encierro en casa de Jehad le bastaron a Wissam para apaciguar su enojo, perderse entre la nulidad de opciones que pasaban frente a ella, adentrarse en los terrenos de la resignación como nunca en su vida lo había hecho y revisar los treinta y cinco álbumes de fotos que se había traído de casa de su tía y abuela, quien los guardaba en un baúl de madera y metal, de principios de siglo, de esos que se amarraban a los coches viejos y que ahora solo servía para ser usado como repisa y abandonar en su interior todo tipo de cosas que se negaban a tirar, pero aún más a olvidar.

En ellos vio las imágenes de otros tiempos, fotos sepias y grises que brillaban por su excesivo esmalte, propio de los años en que los señores usaban traje para comer en casa, con corbatas sostenidas por alfileres de metales brillantes y piedras preciosas, junto a pañuelos que se asomaban a un lado de las grandes solapas de sus sacos. Su abuela joven, hermosa y sin arrugas, con vestidos de capas de colores y encaje blanco, delgada y sonriente, con el pelo arreglado, obscuro, sin kleenex colgados al cuerpo. Ahí estaban los cuatro hijos del matrimonio Halabi en una foto, siendo instruidos por el padre Lutfallah, el patriarca griego del que su madre le había hablado tanto, vistiendo la tradicional y larga túnica negra, confeccionada con una tela pesada, con la cabeza cubierta por el gorro litúrgico que ocultaba las canas, exhibidas en la larga barba cuadrada y rizada que bajaba unos centímetros del cuello, ocultando ligeramente la cruz pectoral, sostenida por una cadena con dos medallones de oro.

Otra foto de los pequeños junto a la primera, mostrando los juguetes que recibieron en la fiesta de San Basilio, lo más cercano a la navidad cristiana para los de origen griego. Noura, un vestido a la rodilla y un suéter tejido; Hassib, sombrero de vaquero y revólver que apuntaba al lente del fotógrafo; Youssef, sosteniendo un ábaco grande como él mismo, y Dimah, al lado de una muñeca tan real que por momentos podía confundirse con un quinto infante.

Una foto de Youssef jugando en su cama, delirando, otra foto de Youssef dormido, de Youssef bañándose con agua fría. Fotos de Youssef que se tomaron porque pensaron que moriría antes de tiempo y su recuerdo se mantendría en las impresiones.

Jehad llegó a medio día de una reunión en el Ministerio de Transporte, donde tramitaba los papeles para la legalización de los vehículos que trajo en su último viaje; dos Mercedes S65 AMG blindados que compró en la zona de Beirut controlada por el Hezbollah y su brazo armado, que recibía fondos y armas de Siria e

Irán. Si quería cruzar con ellos al país vecino, los autos tendrían que portar placas sirias para reducir el monto del soborno que pagaría a los militares americanos vigilando la frontera del lado iraquí.

Pocas cosas de Wissam le atraían más a Jehad que el tatuaje que decoraba su tobillo. Pocas cosas eran tan raras en las calles de Damasco, que aunque Siria decía ser de los países de la zona más hechos a los usos de Occidente, mantenía el culto al pudor sobre la piel.

Se sentó en el sofá junto a ella, recogió los álbumes de fotos y los puso en el suelo, con una mano le levantó la pierna, dejándole el tobillo sobre su rodilla. Con el dedo índice de la mano derecha dibujó una línea invisible sobre el tatuaje de colibrí maya. Con las dos manos le colocó una pulsera de plata con incrustaciones de ámbar y turquesa. Se dieron un beso, despertaron desnudos unas horas después; primero Wissam, luego él, que la descubrió sentada con los senos al aire, hojeando un mapa de Líbano que se encontraba en la mesa de centro de la sala.

Por años escuché el nombre de Youssef, sabía cada detalle de su historia como los que la vivieron. Me falta ver su cara.

Ayer, Dimah marcó al sanatorio, avisó que Jehad y yo iríamos a visitarlo. No habló con él, estaba leyendo y no aceptó tomar el teléfono cuando la enfermera le dijo que su hermana estaba al otro lado de la línea.

Hassib me va a robar la casa de mi madre.

Wissam

Salieron de Damasco a las dos de la tarde. Hicieron una escala en un puesto de sándwiches de shawerma, al sur de la ciudad. Jehad pidió uno de pollo, Wissam de cordero; cuando envolvieron la carne en el pan, solo el alawita aceptó que le pusieran picante encima. La mexicana, como muchos de los hijos de emigrados a tierras americanas, que se fascinaron con el sabor de los chiles, se había alejado de las salsas en un acto de rebeldía adolescente; al crecer, ya era demasiado tarde para que sus papilas aprendieran a soportar el ardor de las especies, tan distintas las de Oriente Medio a las de América, que con un poco menos de cerrazón habrían sido disfrutadas por Wissam.

Terminaron de comer en el auto, escuchando un disco de Manu Chao que ella compró en el aeropuerto de París unas semanas atrás, una edición solo vendida en Francia, con las mismas canciones que venía cantando desde que entró a la universidad. Estaba cansada del pop, rock y música electrónica de África del norte.

Wissam durmió casi todo el camino. Una hora antes de llegar a la frontera con Líbano, despertó al pasar sobre unas vías de tren. Jehad pasó la mano sobre su cabeza, acariciando el pelo que le caía sobre la oreja y le tapaba ligeramente el costado de la cara que veía desde su asiento. Las vías estaban cortadas y levantadas como resultado de un atentado de la época de la ocupación siria, que dejó en pausa esa ruta de traslado de mercancías, abriendo las puertas para el comercio de bienes en las aduanas de carretera, a través de puestos de vigilancia en los que entregar sobornos: era mucho más fácil y discreto. Jehad conocía bien la historia y mecánica, en cierta forma Wissam se beneficiaba de ello.

La frontera tenía dos cruces separados uno de otro, los autos pasaban primero por los controles sirios, vigilados por el ejército; el conductor bajaba y entregaba los pasaportes y las visas de salida, y en caso de no tener problemas y ser autorizados por un oficial de rango medio al que nunca se le veía salir de un cuarto sin puerta, eran devueltos junto con los formularios para el regreso. Jehad metió un billete de cincuenta dólares en su documento de viaje.

Protocolos establecidos: beso, mejilla derecha, beso, mejilla izquierda, lo mismo de los dos lados del cruce.

Diez metros eran zona franca, custodiada por los ejércitos de ambos países, el espacio suficiente para acomodar tres coches. Luego venía el control libanés, un policía militar, normalmente menor de veinticinco años, recogía los pasaportes y en un pequeño búnker se

revisaban las visas de entrada.

Los dos estados tenían un precario control sanitario, implementado a principio de los dos mil, cuando la crisis mundial de las vacas locas, y mantenido en ambos límites de la frontera desde entonces hasta la fecha. Los vehículos tenían que circular por un paso deprimido lleno de agua con cloro, negra por el paso de las llantas. Sus ocupantes descendían y se sacudían los pies en un tapete de fibra tejido, al que después de ser pisado por cada seis personas se le rociaba con un aspersor de peluquería una mezcla de cloro con alcohol y limpiador de pisos, que invariablemente afectaba el color de las suelas de los zapatos. Las mujeres acostumbradas a ese viaje usaban calzado cerrado, las novatas como Wissam, que traía zapatos abiertos para soportar el calor, sufrían de leves quemaduras por el contacto con los químicos en la planta y costados de los pies. Afortunadamente para ella, en la maleta guardada en la cajuela del Honda, un par de Adidas para correr la esperaban para servir de escudo y cumplir con el higiénico proceso.

Wissam intentó leer las indicaciones que su tía había escrito en un mapa para llegar al sanatorio, pero el dominio de Jehad sobre la ciudad le permitía confundirse con un local. La ruta corta los obligaba a pasar por el Dahieh, el distrito al sur de la capital libanesa bajo dominio del Hezbollah, vigilado por las miras de francotiradores y cercado por retenes controlados por la milicia. Aunque su auto era conocido en la zona, con ella junto a él y la noche cayendo, era mejor opción rodear Beirut a dar explicaciones que levantaran sospechas sobre la presencia en territorio sensible de un alawita y una mujer mexicana que podía despertar los ánimos antiamericanos del grupo islamista.

El Hospital Psiquiátrico de la Cruz era una institución fundada en 1919, luego acondicionada como asilo y transformada en hospital para enfermedades mentales a mediados de siglo XX. Al ser lugar de atención para heridos de guerra, el hospital se mantuvo a salvo de ataques y bombardeos, recibiendo pacientes de todos los bandos involucrados durante los quince años más intensos de conflicto en Líbano, tanto con Siria como con Israel. Por los arcos de sus puertas y bajo la cruz que lo avistaba en el horizonte pasaron camillas con musulmanes chiitas y sunitas, griegos ortodoxos y protestantes.

Jehad y Wissam pasaron a las siete y media de la noche frente a la puerta principal del hospital. En su interior ya estaban prendidas algunas de las farolas que marcaban el circuito que atravesaba los distintos pabellones y el movimiento de los arboles empujados por el viento avisaba que era mejor entrar a la mañana siguiente.

Durmieron en el Le Patio, un pequeño y lujoso hotel frecuentado por hombres de negocios que venían de Siria, de los Emiratos Árabes y

del recién reconstruido Irak; árabes, franceses y norteamericanos, todos con más dinero que preocupaciones. El hotel parecía vacío a esa hora; solo, en el bar, había un italiano de traje y corbata floja, bebiendo whisky con soda y comiendo pretzels importados de Ohio.

Los hombres de negocios no se zambullen en la noche, solo lo hacen en la mañana para recorrer los canales de nado, intentando romper sus propios récords que ocultan su miedo a tener un infarto antes de los cincuenta años, así que la piscina de la terraza también estaba vacía.

Cenaron dos club sándwich que ordenaron al cuarto, el de Wissam con papas a la francesa, el otro con ensalada alemana; en la mayoría de los hoteles del mundo, es el único platillo que se puede comer sin riesgo alguno. Jehad había hecho la reservación y sabía con lo que contaba el hotel; del mini bar sacó un par de botellas miniatura de vodka finlandés, y sin pudor alguno se puso un bañador que tenía guardado en la maleta. Wissam no traía traje de baño y tras un par de besos en la espalda, aceptó subir a la terraza en ropa interior, envuelta en una bata que Jehad no tardó en quitarle.

Nadaron desnudos por media hora, ni un empleado los interrumpió; de hacerlo lo más probable es que los hubieran expulsado. El riesgo de atravesar el barrio del Hezbollah no era nada comparado con lo que hicieron. Beirut ya no era el París de Medio Oriente y el pudor de los extremistas era desde hace años parte de la vida cotidiana que había transformado el puerto más libre del Medio Oriente en una ciudad tan conservadora como otras del mundo árabe, cosa que ningún libanés aceptaba.

Al día siguiente dejaron el cuarto a las nueve de la mañana; no desayunaron. Media hora después ya estaban cruzando la caseta de vigilancia del Hospital Psiquiátrico de la Cruz.

—Wissam M. Halabi and friend —fueron anunciados—. Visit to Youssef Halabi.

Desde los dieciséis años mantuvo oculto el apellido de su padre, escondido atrás de la inicial.

Estacionaron frente al pabellón Saint-Jacques, en el que un día se atendió a los heridos de combate cercanos a la muerte y ahora estaba destinado a los pacientes que para su recuperación necesitaban aires más tranquilos, los mismos que se regalaban a los desahuciados, a los que se les procuraba una vista más apacible para terminar sus días. Caminaron por el jardín que daba a la puerta del edificio; tres enfermeras paseaban a dos viejos hombres en sillas de ruedas, dos mujeres empujando, una más sosteniendo la bolsa de suero que se conectaba al brazo arrugado de uno de ellos. Ancianos delgados, con la piel pegada a los huesos, los músculos desaparecidos gracias a la falta de movimiento y el cuerpo lleno de manchas por la desaparición

progresiva de los pigmentos. Uno de ellos los saludó con una sonrisa que mostró un par de encías llenas de llagas y sin dientes; el olor avinagrado de su aliento viajó por los dos metros de aire que los separaban. La brisa del Mediterráneo arrojaba su aroma podrido por el paso del tiempo.

Al llegar al pabellón, una enfermera los esperaba en la recepción, un cuarto cuadrado con dos grandes salas en las que los familiares se sentaban a hablar con los doctores. Entraron a uno de los dos elevadores que se encontraban al fondo. Piso tres. Salieron a otra gran sala en la que hombres jóvenes, vestidos con batas, mostraban sus cuerpos por los orificios que dejaban las telas. Caminaron unos metros, hasta la salida de una terraza con mesas de jardín, y la enfermera se despidió. Youssef llegaría en cualquier momento.

Desde un nivel superior, el segundo elevador llegó al piso en que se encontraban, el timbre avisó con un sonido agudo. Wissam y Jehad voltearon, ella estaba nerviosa. Al abrirse las puertas, un jorobado dio tres largos pasos para salir; traía un libro bajo el brazo, una biblia escrita en árabe, con anotaciones en griego que Youssef había hecho con su mano izquierda. La espalda de Youssef estaba deformada por las posiciones que adoptó en los primeros años de sus crisis, que terminaban en agotadoras convulsiones, controladas por los médicos del sanatorio, fijándolo a la cama con amarres de cuero que solo le permitían acomodarse con un hombro levantado y el húmero a punto de salir de su órbita. Gracias a años de contención forzada y la falta de tratamientos apropiados por falta de investigación, la clavícula izquierda de Youssef se encontraba quince centímetros abajo de la derecha y su cuello se angulaba en posición casi horizontal, por lo que su cabeza tenía que forzarse hacia arriba para poder ver al frente. El ojo izquierdo abría más que el derecho, resultando en una mirada monocular profunda.

Youssef dio un cuarto paso. Como si fuera un jefe de Estado saludó a todos sus compañeros, comparsas de locura. Él era el único vestido con pantalones, camisa y zapatos. Wissam abrazó a Jehad buscando protección de algún tipo. Al acercarse, Youssef le dio la bienvenida en un español maltratado.

—¿Eres la hija de Noura?

Y Wissam asintió con la cabeza.

—Bien, salgamos.

Youssef llevaba treinta años en el Hospital Psiquiátrico de la Cruz. Los últimos dieciocho en la biblioteca del sanatorio, transformado en un hombre reflexivo después de su adolescencia, luego de estancarse su desarrollo hormonal y tras permanecer días enteros en un encierro solitario; amarrado a una cama o atado de brazos, dentro de una camisa de fuerza que buscaba evitar que se lastimara arrancándose el

pene al masturbarse continuamente, actividad que realizaba sin importarle el espacio del hospital en que se encontrara. En las mesas de la terraza, permanecieron sentados menos de quince minutos. Youssef hizo preguntas duras que esperaban respuestas similares.

—¿Murió con los ojos abiertos?

—¿Y qué decía su mirada?

—¿Se despidieron?

—¿Fue enterrada en suelo seco? Los gusanos ya debieron haberse encargado de ella.

En espera de ese encuentro, aprendió la lengua de su sobrina. De la bolsa trasera de su pantalón sacó una cartera de piel, café con vivos negros, que Noura le trajo de México dos años antes; en ella no guardaba un solo céntimo. Trece fotos de Wissam, colocadas cronológicamente, ocupaban los espacios para tarjetas dentro de la billetera.

—Tienes los ojos de tu madre.

—Tengo los ojos de teéta.

Youssef no respondió; fue uno de los dos comentarios que hizo fuera de lugar, lejos del tono que él mismo había marcado. Todo lo demás que salió de su boca, se dijo para confirmar que ella no necesitara nada. El loco de la familia resultó ser el más cuerdo de todos, alejado de la mezquindad celosa de Hassib o de la indiferencia de teéta Mina.

Por más de veinte años, Youssef recibió cada mes una carta de Noura que leyó sin decirle nada a sus hermanos, que cuando lo visitaban, lo hacían para mantener tranquilas sus conciencias.

En los libros encontró el refugio que necesitaba una mente de un solo hemisferio; estaba más enterado de México que de todos los países de la zona.

De haber enfermado en otros tiempos, entre terapias y drogas experimentales, sus limitaciones habrían sido poco perceptibles; ahora estaba atrapado en su cuerpo deforme. Encerrado su cuerpo entre paredes que lo mantenían a distancia de un mundo que no quería.

—Me gusta tu reloj.

Wissam usaba un Swatch de hombre, grande y plateado, con extensible de metal y cronómetro. Ante el silencio de Jehad, que solo sonreía tratando de ser lo más amable posible, se quitó el reloj de la muñeca y lo entregó a su tío. Youssef se lo puso en la mano derecha, volteó a ver al compañero de su sobrina y dos lágrimas salieron de sus ojos. Youssef se levantó, los dos lo siguieron.

Besó la frente de Wissam, la envolvió con un brazo y se despidió.

Jehad le extendió la mano, Youssef se acercó a darle un beso en la mejilla izquierda.

—No dejes que se enamore.

Beso en la mejilla derecha.

Wissam no volvió a ver a su tío; su mundo tuvo lo necesario para estar en paz.

Anoche regresamos a Damasco. Hoy, Daraa amaneció con la primera protesta anti Assad. Era solo cuestión de tiempo.

Jehad y yo dormíamos cuando sonó su celular. Se paró a contestarlo en el balcón; no habló sino hasta cerrar la puerta que lo separaba de la sala.

Wissam

Ommar tocó la puerta de Jehad a las siete y media de la mañana. La llamada que había sonado una hora antes marcó el inicio del día en el departamento.

Jehad entró a la regadera mientras Wissam se hundía en su almohada. Al salir de su ducha, tomó un pantalón de mezclilla negro, una camisa de manga larga y un saco de piel color vino; fue la primera vez que ella lo vio usar las botas militares que guardaba en el armario, bajo una montaña de zapatos de vestir y tenis Nike de diferentes tonos y materiales. Cuando Ommar entró a la sala, ya estaban los dos vestidos y tomando café, riendo uno frente al otro, como la imagen publicitaria de una pareja. Una taza más esperaba vacía junto a la cafetera y se quedó así, los hombres intercambiaron un diálogo del que ella solo entendió su urgencia; la carcajada se hizo seria. Beso en los labios, Jehad se despidió, siguiendo los pasos de su amigo, avanzó hacia el pasillo del edificio que salía al exterior; pasos fuertes, pesados como las botas de combate que los dos calzaban, como si estuvieran uniformados.

Wissam tardó media hora en beber el café que sobraba, tomó sus cosas y las guardó en su bolsa, revisó el espacio que quedaba en la tarjeta de memoria dentro de su cámara y se dirigió hacia la puerta. En su camino apagó la luz de la cocina; ahí, una puerta pequeña que estaba siempre cerrada con llave ahora se encontraba abierta. Dentro no había nada, solo la funda vacía de una pistola, rusa según la inscripción: Makarov.

Jehad se tomó cuatro días para volver; esos cuatro días Wissam se quedó en el departamento, hablando con su tía por teléfono todas las tardes, diciendo que ella y Jehad se encontraban juntos. Necesitaba disfrutar un poco de soledad. Salió a caminar sola por las calles. En Souk Hamidieh compró telas brocadas con hilo de oro y joyas de turquesa forjadas en plata y acero; también jamón de cerdo en una tienda del barrio cristiano de Bab Tumma. Recordó el árabe que había aprendido de joven; sin nadie que quisiera hablar por ella para hacerle la vida más fácil, se defendió en una lengua que era también la suya.

La noche del veintitrés de marzo, el día que cien adultos y un menor de diez años fueron asesinados por fuerzas del Estado en una mezquita de Daraa, Jehad volvió con flores, helado, arak y una herida en el cuello que bajaba por el brazo izquierdo, provocada por una fuga de aceite en uno de los coches que, dijo, estuvo a punto de comprar al sur del país esa misma mañana. Ommar, quien también había resultado herido, pasó un par de horas en observación dentro de una

clínica militar.

Al día siguiente despertaron temprano. Wissam no pudo evitar hacer preguntas sobre las protestas que se venían transmitiendo los últimos días en Al-Jazeera y Al-Arabia. Jehad logró seguir fingiendo hasta que descubrió que la amaba. La respuesta fue siempre la misma; mentiras que la televisión qatarí mostraba para ganar televidentes, terroristas pagados por Occidente, que buscaban desestabilizar al querido régimen.

Fueron a comer con Dimah en su casa. Mina bajó a saludar y hablando sola, diciendo pasajes de Dostoievski que sabía de memoria, subió las escaleras que conducían a los cuartos. El cansancio de la abuela de Wissam dejó la casa sin comida, Jehad tuvo que salir a comprar tabule y sfijas que Mina aceptó comer, solo porque su nieta se las llevó a la cama en una charola. Con fiebres que la llevaban al delirio y dolores en la cadera, la abuela se sentaba como un bulldog que contempla el espacio, con los cachetes caídos y las carnes encimando una capa sobre la otra. Esa mujer octogenaria que había perdido a su hijo en la locura y a una hija por la distancia, había dejado de ser la misma en unas semanas; sus cachetes rosados palidecieron, sus ojos verdes o azules, que cambiaban de color con la luz y eran idénticos a los de Wissam, apenas se mantenían abiertos.

—Y de la nada, uno se hace viejo —tradujo Dimah, con una sonrisa, las palabras de Mina.

De todos sus nietos, de entre los hijos de Hassib a la heredera de Noura, era a Wissam a la que más quería. Un amor y favoritismo que no tenía tapujos en mostrar. Posiblemente fue la lejanía durante años la que hizo germinar el sentimiento en la imaginación y los sentidos. Quizá Noura fue por un tiempo demasiado parecida a su madre y en su nieta veía el reflejo de sí misma; fuerte como para soportar el saber a sus hijos en las guerras de finales de los sesenta y a su marido en juegos de póker y mujeres. Quizá Noura hizo de su vida lo que Mina hubiera querido, de no verse obligada a vivir en ese país de Oriente, que quería ser de Occidente sin perderse a sí mismo. Pero esa sonrisa tan honesta, que asomaba entre los dientes postizos la felicidad de una abuela, era tan contraria al maltrato que Mina era capaz de ejercer sobre su hija menor.

No fue el destino el que había hecho que Dimah dedicara la vida al cuidado de su madre. A principios de los ochenta, cuando ella y Mina volaron a México, su viaje tuvo un doble propósito; a sus veintidós años, Dimah tomaba clases de equitación en los cursos privados que la división olímpica y de caballería militar siria impartía tres veces a la semana, en el cuartel que se encontraba en el actual camino a Koura. Un sitio que fue destruido para darle lugar a una instalación militar que, se decía, era una cárcel para prisioneros

políticos víctimas del Mukhabarat.

En esa época, Dimah tenía treinta kilos menos y portaba la sonrisa y nariz de su tío, el más exitoso de todos los hijos Halabi, Paul, el hermano mayor de su padre.

En la misma clase de equitación se encontraba Bassil al-Assad. La corta edad de Dimah la hizo caer en el encanto del poderoso, quien necesitaba de una amiga verdadera que lo admirara fuera de los protocolos y con quien mantuvo secretamente una relación sentimental y de cama, hasta que quedó embarazada y encontró, gracias a su hermana en México, el único lugar seguro donde podría abortar sin temor a ser descubierta por el resto de la familia presidencial, resultando esto en una condena que por lo menos significaría su muerte y posibles represalias hacia el resto de la familia.

El aborto permaneció oculto a jedo George por orden de Mina, que le contó todo a Hassib para que su hija menor supiera de qué era capaz si le volvía a mentir. Luego del reposo en el departamento recién adquirido de su hermana, Dimah, junto con su madre, regresó a Damasco. Dejó el hipismo y terminó la relación de cuerpo con el aprendiz de presidente; en su lugar, mantuvo con él hasta su muerte una relación epistolar, de la que solo tenían conocimiento algunos miembros de la Cuarta Brigada, desde ese entonces cercana al joven Maher, el inestable hermano menor Assad y principal responsable de la represión en el país durante la guerra civil.

En el momento que Dimah y su madre aterrizaron en Damasco provenientes de México, Mina decidió cuál sería el camino que tomaría la vida de su hija. Incluso sin que nadie más que sus hijos supieran del legrado, ella se encargaría de que la relación de la menor de sus hijas con los hombres estuviera marcada para siempre. El solo riesgo de la vergüenza que podría significar que el hecho se conociese impediría que existiera otro hombre con inquietudes carnales en la vida de Dimah. Así, el arreglo y cuidado personal habían dejado de ser prioridad en una mujer que comenzaba su segunda década. Al salir del aeropuerto, un grupo de jóvenes franceses se hacía evidente en la aduana, en medio de gritos y risas; altos, guapos, mal rasurados. Dimah no pudo evitar verlos, intentando rescatar la feminidad que su madre estaba firme en desaparecer. Mina le tocó el hombro, sonrió para dentro, inclinó la cabeza y en una sola palabra destruyó todas las esperanzas que su hija podría tener.

—Habibi.

Lo dijo con lástima, como la que se le tiene a un perro enfermo que está a punto de ser sacrificado. Esa madre que siempre se había fijado en lo que comía su familia, que cuidaba las porciones de los alimentos que ingerían para evitar que engordaran, que procuraba la

belleza de los que quería, sirvió comida suficiente para un escuadrón de caballería en el primer plato que Dimah probó a su regreso.

Durante una época, cuando Dimah quería comprar ropa, su madre se lo impedía obligándola a vestir las prendas que dejaba de usar, buscando transformarla en un ser tan asexuado como ella. Antes de cumplir treinta años, Dimah había logrado parecer la hermana menor de su madre, alegre por acercarle a la menor de su estirpe, la miseria del que envejece.

Durante años, Mina no le dio permiso para salir con gente de su edad. Cuando el simple hecho conceptual de la autorización se transformó por la edad en un argumento poco sostenible, la desmotivación provocada al forzarla a verse en el espejo, el sobrepeso que había ganado, sumado al recordatorio de la razón que la llevó a México, hicieron que poco a poco Dimah se fuera quedando sin amigos. Fue la única de su generación escolar que no entró a la universidad; no era necesaria para alguien que le debía a su madre el silencio de sus secretos, a quien le pagaría la deuda dedicándose a cuidarla, a hacerle compañía, mientras se pudrían juntas en su soledad.

El contacto de Dimah con el mundo exterior se había esfumado, las dudas que surgen al paso de los años, cuando uno es joven, fueron respondidas por Mina con insultos y humillaciones que no perdonaban el que su hija no supiera algo, que debía haber aprendido antes de quedar embarazada. Nunca una madre le había dicho tantas veces a su hija que era una tonta, por no saber lo que ella podía instruirle.

El único refugio de Dimah a lo largo de su vida seguiría proviniendo del mismo lugar que, como su madre decía, la arruinó.

Todas las mañanas que despertó en la casa presidencial, pretendiendo que dormía con alguna amiga que había conocido en las clases de equitación, uno de los choferes de Bassil la llevó de regreso al departamento de sus padres; en Damasco, con el tiempo se hicieron cercanos. Una ocasión, ese chofer le pidió permiso a Dimah para recoger en el camino a un primo que había pasado la noche con uno de sus amigos de escuela; ese niño era un adolescente alawita de unos quince años, hijo de un soldado muerto, que vivía con él y su familia mientras esperaba para entrar a la academia militar. Su nombre era Jehad. Durante años, el pequeño Jehad acompañó a su tío al departamento de Dimah, a recoger y entregar las cartas que ella y el joven Assad se intercambiaron. Su tío conducía y el chico bajaba del auto por ellas.

Portador de secretos de Estado, Jehad le avisó a Dimah de la muerte de Bassil antes que las noticias dieran cuenta.

Juntos lloraron; él sería siempre el lazo más íntimo que ella tendría.

Cuando Bassil murió, nadie, ni los mukhabarat en las calles, lo lloró tanto como Dimah.

El único hombre con quien había dormido ya no estaba. Como en las casas alawitas, una foto suya adornaba la sala.

En nuestro departamento, nosotros que aún nos llamábamos griegos y festejábamos San Basilio, tuvimos desde ese momento a un cabeza cuadrada viéndonos comer todos los días.

Wissam

La mañana que Wissam y Jehad fueron al Ministerio de Relaciones Exteriores a renovar la visa de turista de Wissam, Bashar salió en televisión dando un discurso; en él aceptó que se cometieron errores en Daraa, pero nadie en el país era capaz de ver a un niño asesinado como un descuido.

Una protesta se había convocado en la Universidad de Damasco. La multitud se dio cita frente a la entrada del recinto, bajo los arcos de punta que daban acceso a la plancha en la que la madre de Wissam, cuando fue joven, caminó rumbo a los salones de estudio.

Un grito que anunciaba la victoria de Alá, marcó el inicio del andar para el primer contingente, liderado por mujeres musulmanas con la cabeza cubierta con una tela blanca, avisando que aún no eran señoras. Entrelazando sus brazos descendieron a la calle; al verlas, Wissam recordó una foto que encontró entre las revistas viejas de Mina, al segundo día de su llegada. En ella, Hassib sostenía una gran pancarta pro palestina junto a un hombre con el rostro envuelto en un kafie, que gritaba consignas y levantaba con fuerza la mano de Noura, quien lo observaba con la honestidad que solo podría surgir de una mujer familiar con esa cara oculta bajo la tela. La foto había salido publicada en un periódico de mediados de los sesenta, cuando todavía se podía salir a la calle en Damasco sin temor a no regresar.

A las mujeres siguieron los ancianos, entre ellos los hijos pequeños de las madres que habían quedado viudas en Daraa; luego los hombres jóvenes, cuidando la retaguardia, sirviendo como ojos en la nuca de las primeras líneas de protesta. Caminaron rumbo a la mezquita Ommayad, en la ciudad vieja, que no contenía solo ese mercado que sale en los libros sobre la historia y la literatura de oriente, divido en pasillos según sus productos, sino también el templo de Poseidón, recuerdo de un terreno que fue de civilizaciones más grandes, tan grandes que hoy se atestiguan en las ruinas de los minaretes de los Ommayad y los Abbasidas; una estrella de David que ve día con día una media luna y una cruz.

Siguiendo el sentido de los autos, cientos de personas caminaron por la avenida Shourky Al Qouwatly. Los carriles contrarios, que sacaban de la ciudad rumbo a las carreteras del norte, quedaron prácticamente vacíos, bloqueados por un par de vehículos militares todoterreno, que solo permitían el paso a autos manejados por el Mukhabarat, miembros del ejército y de la Guardia Republicana. Tres Mercedes Benz color negro aceleraron para salir de la zona. Una niña de doce años les aventó una bandera siria que llevaba tiempo sin verse

en las calles: la bandera de franjas verde y negra, la vieja bandera de la independencia que en 1961 retiró el régimen para colocar la suya.

Para llegar del departamento de Jehad a las oficinas de la cancillería era forzoso atravesar Al Qouwatly. Se detuvieron en un cruce con semáforo, frente a uno de los todoterreno que bloqueaban. Jehad lanzó tres veces las luces del auto, una señal más larga y las otras dos cortas, un código interno entendible para las fuerzas del orden; cerró las ventanas del Honda y esperó a que los militares detuvieran a la gente. Un soldado raso de menos de veinte años salió de su auto y extendió la mano en cuanto los más viejos pasaron. Ningún manifestante desobedeció, todos se detuvieron y voltearon a verlos. Wissam, que llevaba seis minutos cantando a Don McLean, intentando que Jehad aprendiera la letra de American Pie, guardó silencio mientras veía a través del parabrisas. Con un toque de bocina, Jehad avisó su paso; entonces la gente, que hasta ese momento parecía indiferente, descubrió al único auto que aún compartía con ellos la vía. Respondieron con cantos y coros que gritaban la petición de reformas en el país que permitieran ocupar al alto porcentaje de jóvenes que se encontraban desempleados; imploraban elecciones libres y la legalización de un sistema de partidos de oposición que contrarrestaran las medidas baathistas que ahogaban al país desde que el padre Assad y su partido subieron al poder, limitando a todo lo que no fuera ellos.

Wissam se recargó en su asiento; asustada extendió su brazo derecho para alcanzar la bolsa de piel que se encontraba a sus pies y sacó su cámara. Jehad la detuvo con su mano. Él, que no había emitido un solo ruido desde el encuentro con los manifestantes, cuando su voz se cortó en un tierno y poco comprensible *In a coat he borrowed from James Dean*, solo alcanzó a negar con la cabeza.

Segundo toque de bocina; Jehad levantó la mano y saludó a quienes los rodeaban, buscando evitar cualquier confrontación. Intentando decirle a Wissam que era alguien que no era.

Entraron al Ministerio de Relaciones Exteriores. La decoración evidenciaba que ningún mueble se había cambiado desde los años setenta; unas sillas color naranja daban el único punto de color en un espacio gris, lleno de uniformados militares que cumplían labores de escritorio. Jehad se abrió paso entre las filas de hombres vestidos con túnicas cafés, kafies rojos y negros con blanco. Cinco mujeres cubiertas de pies a cabeza, con el niqab en el rostro, esperaban juntas unos metros atrás. El general encargado de la oficina se acercó a la pareja; beso en mejilla derecha, beso en mejilla izquierda.

Tal y como ocurrió en el Ministerio de Familia, Jehad y el militar se conocían desde hacía tiempo. Wissam entregó su pasaporte y, en menos de diez minutos, catorce sellos postales con el rostro de Hafez

al-Assad, estampados con inscripciones en árabe que cubrían cuatro páginas de su documento de viaje, le permitieron permanecer legalmente en el país por tres meses más. Cosa incomparable a la visa catorcenal que normalmente se expedía a la mayoría de los visitantes extranjeros.

Habían quedado en visitar a teéta Mina al finalizar la mañana de trámites. Su ubicación los obligaba a tomar la ruta que subía por el monte Qassioun y atravesaba Doummar, un suburbio familiar lleno de complejos de departamentos que albergaban a la más reciente clase media y media alta, no siempre tan alta, de la sociedad siria: profesionistas, académicos y comerciantes, musulmanes y cristianos ortodoxos que se reunían de noche para compartir café, té, chocolate, mate argentino y whisky, aunque este estuviese prohibido para algunos.

Los edificios de Doummar habían sido construidos siguiendo los mejores estándares de funcionalismo de las décadas sesenta y setenta: lugar para estacionar un auto compacto, tres recámaras de cuatro y medio metros cuadrados, un baño en medio del pasillo central que conectaba a la sala-comedor y una cocina con barra que agregaba algo de espacio para la vida social de las típicas familias de cinco personas que ahí vivían. Entre ellos se encontraba Hassib.

Wissam había conocido la zona en su primera visita al país; desde ese entonces no pasaba por ahí. Ni una construcción había cambiado, solo un centenar de letreros luminosos anunciaban productos americanos y europeos. La modernidad hecha neón se hacía notar en las múltiples tiendas de barrio y las planchas de concreto de los estacionamientos, repletos de vehículos, opacos por el efecto del sol sobre la pintura.

Entre decenas de edificios iguales, Wissam reconoció en el que vivía Hassib y su familia. Una caseta de vigilancia militar a unos metros le sirvió de guía. La caseta estaba vacía. Al pasar en el auto, la arena de una construcción que nunca fue terminada, contigua a la entrada del 11-B, se levantó tras de ellos dejando una estela de hormigón en polvo que intoxicaba el aire.

Si bien el desarrollo de Doummar se detuvo a principios de los noventa, ese día sus calles mostrarían lo que nunca nadie había imaginado. Esa clase media, normalmente resignada a su propia subsistencia, había salido a las calles por primera vez, apoyando a los miles de personas que seguían el ejemplo de sus vecinos en Túnez, Egipto, Libia y Bahréin. La idea de una primavera que se transformó en invierno, en la que no se recogerían flores y el deshielo de la nieve sería rojo.

Por segunda ocasión en el día, un grupo de personas bloqueaba el paso al Honda de Jehad. Detuvieron el auto cerca de una esquina.

Mientras el alawita trataba de entender lo que ocurría a su alrededor, medio centenar de personas corrieron frente a ellos, todos con teléfonos celulares en la mano, algunos levantándolos para que del otro lado de la línea se escuchara lo que ahí se gritaba, otros sosteniéndolos a la altura de su pecho, tomando fotos y video sin discreción.

—¡Ellos tendrán Kalashnikovs, nosotros celulares!

Jehad se vio forzado a traducirle a su compañera la consigna que más se coreaba entre la gente. No supo cómo decirle que esos *ellos* a los que la gente se refería eran sus cercanos.

—¿Dónde hay Kalashnikovs?

Eso preguntó Wissam en un árabe más armónico de lo que ella misma suponía era capaz de pronunciar. Escuchando las canciones de una película de Kusturica le había agarrado cariño a la terrible palabra eslava, el apellido que en el último siglo más daño le hizo al mundo.

El techo de un camión de soldados se alcanzó a ver en el horizonte. Paso a la derecha cerrado, paso a la izquierda cerrado, una barricada improvisada con costales de cemento les impedía seguir de frente. Wissam bajó del auto y Jehad trató de impedirlo, pero al no tener nada que darle a la inminente curiosidad de su compañera, no tuvo más que seguir a la fotógrafa amateur que salió de su auto.

¡Musawwir, musawwir!

Fotógrafa, fotógrafa, gritó Jehad al abrazar a Wissam por la espalda, protegiéndola de las llamas que salían de una bandera jalada de las puntas por dos jóvenes en sandalias, mientras el extremo que volaba en el aire se incendiaba. La bandera siria con franjas roja y negra, la bandera baath, la bandera de Assad.

Sin darse cuenta se alejaron del punto al que habían llegado. Un grupo de personas ya se habían reunido entre ellos y el Honda. El olor de las molotov preparándose a unos metros se evaporaba en el aire. Regresar era difícil, tendrían que atravesar a contracorriente un río de gente.

Una bengala subió en el aire, había sido disparada a algunos metros, quince, no más de veinte, según el cálculo de Jehad.

¡Ala hu'akbar. Dios es grande, el más grande!

Tres obreros golpearon la banqueta con picos y palas, la fueron destruyendo como si fueran presos, realizando ese trabajo forzado que quiere dejar en grava las más grandes rocas. Uno de los hombres con pala recogió las pequeñas piedras que volaron desde el piso, las colocó en una bolsa de tela y en otra de plástico. Un cuarto hombre que fue corriendo hacia Jehad y Wissam tomó las piedras sin detenerse, sin bajar su velocidad. Un quinto le arrebató la bolsa de tela. Wissam estaba totalmente cubierta por los brazos de Jehad; ella guardó la cabeza en su pecho. Los obreros dejaron de picar, habían conseguido

suficientes armas que aventar y se alejaron. La pareja respiró en sincronía, ella exhaló apartando su frente y, sin dejar de abrazar al alawita, con la mano que le quedó libre tomó una foto: un auto en llamas y volteado de un costado, con el techo viendo hacia el otro lado de los que en él se resguardaban. Ya no eran cincuenta, incalculable el número de personas que estaban rodeándolos. Al inicio de la batalla, Jehad y Wissam se quedaron del lado de la resistencia.

Tres ráfagas de metralla al aire: era una señal de advertencia. Jehad agarró a Wissam del brazo, la jaló hasta la esquina de un edificio. La columna del edificio les sirvió de escudo, las piedras volaron, una granada de lacrimógeno golpeó contra el pilar que les servía de refugio.

Estaban lejos de un lugar seguro, se movieron tres calles al norte de donde dejaron el Honda, había poco tiempo para correr al sur. Dos ráfagas al aire. Les quedaba una sola oportunidad para alejarse, Jehad lo sabía. Metió la cara de Wissam dentro de su chamarra; ella lloraba y tosía, su garganta se cerraba. Jehad gritó. Una ráfaga al aire. Eran ya dos los coches incendiados que protegían a la gente de los soldados descendiendo de los camiones.

Los militares saben gritar más fuerte, para eso los entrenaron.

¡Alá, Siria. Alá, Bashar!

Los disparos ya no fueron al aire, se escuchó el grito del primer frente, el que pensó que el fuego de los coches prendidos con gasolina les funcionaría como blindaje.

El silencio entre cada bala les permitió subir al Honda. Se distinguía el sonido del entrar y salir de los proyectiles por los cuerpos, los de los Kalashnikovs eran agudos, cortaban la carne. Los disparos de pistola solo dejaban escuchar su impacto entre las capas húmedas de piel, era la sangre la que hacía ruido. Wissam entró por la puerta de conductor, cayó de espaldas en el asiento trasero. Jehad tomó el volante y giró ciento ochenta grados.

Mina comió sola con su hija ese día.

Jehad y Wissam volvieron al departamento. Sesenta cuerpos fueron levantados por las fuerzas del Estado.

—¡Bashar, no te preocupes. Beberemos de tu sangre!

Fueron las voces en árabe que se escucharon salir de las bocas de los soldados, las mismas que Wissam repitió en su cabeza hasta que el padre ortodoxo de Maryamia aceptó traducirle cuando ella regresó a la ciudad mucho tiempo después.

La violencia asusta más de lo que sorprende. Desde mi visita pasada perdí el miedo a las armas; me había acostumbrado a verlas en los soldados que decían proteger las ciudades de los ataques de Israel, a principio de los noventa. Me había acostumbrado a verlas en las manos de los dolientes de Bassil. También en los relatos de mi madre y en las noticias de la zona.

Por la misma calle en la que los mukhabarat desfilaron cuando el hijo pródigo murió, los más preparados de la ciudad caminaron. No eran agresivos, ellos no quieren conflicto.

Libia y Egipto trajeron la idea de reformas posibles; incluso algunos, muchos, quieren que Assad siga en el poder, solo piden que no lo haga como su padre.

Arriba, en Doummar, fue distinto. Ni los soldados actuaron como los militares en Al Qouwatly, ni los manifestantes cantaron: ellos querían sangre.

El enojo crece, y cuando crece tanto que se hace insostenible, todos se comportan como perros que pelean sin control.

Jehad también fue distinto. Era obvia su pertenencia al Mukhabarat, por eso nunca le pregunté.

No le contamos nada a teéta o a Dimah, le pedí a Jehad les dijera que la marcha nos bloqueó el paso desde Damasco. No quiero que sepan que vi hombres vivos que ahora están muertos.

¿Cómo puedo escribir que están muertos?

Hassib debió escuchar los disparos. Si sabía que estaba en la calle, si teéta le dijo, ¿por qué no habló para saber si estaba bien?

Como yo le importo, él me importa.

¿Pero cómo pude escribir tan tranquila que esos hombres están muertos?

Jehad tiene una pistola. De haberla llevado, la hubiera usado para protegerme. La fortuna había sido buena, fue mejor que la dejara en casa.

Wissam

Luego de los disturbios, Jehad y Wissam regresaron a Damasco. En el auto no hubo canciones ni se quiso enseñar frases, no en árabe, no en inglés, tampoco en español. En el camino se detuvieron frente a una tienda que vendía de todo. Jehad compró dos botellas de agua; con una de ellas se limpió la cara quitándose el dejo de gas lacrimógeno que había quedado en su barba, y con la otra, ella se lavó los ojos sin salir del auto, mojando el asiento y la alfombra que tenía debajo. Al mismo tiempo, los dos bebieron un trago, al mismo tiempo, sin dirigirse la palabra, cerraron las botellas.

Las primeras ocho horas después de su regreso de Doummar, se mantuvo el silencio. Cuando se dijeron lo que debían, se encerraron juntos por dos días, solos.

A las cuatro de la tarde, la hora en la que entraron al departamento y Wissam arrojó su bolsa de mano en el lavabo de la cocina, aún no se veía en la televisión ninguna nota sobre lo que había pasado en los suburbios. SANA, la agencia estatal de noticias, transmitía un programa documental sobre la gloriosa Citadel de Alepo; en otro canal se repetía el discurso de Bashar que provocó a las masas.

El refrigerador de Jehad se encontraba tan provisto como el de cualquier otro árabe soltero de su edad: café, queso, labneh y pan, que no iban a ser útiles para iniciar la inevitable plática que la pareja tendría. No era enojo o miedo lo que se respiraba; la incomprensión de lo ocurrido ahuyentaba cualquier discurso y los llevaba a lo más interno de sí mismos. Adentro, a esa parte de los hombres y mujeres que se sabe podrida por lo que han vivido, ahí donde el egoísmo por mantenerse con vida se antepone a los gritos de los muertos.

Ella se despojó de su ropa sin darle oportunidad a Jehad de verla desnuda, y mientras Wissam se bañaba, intentando deshacerse de todo rastro del polvo que se impregnaba en el olor de su pelo, él bajó a la calle. En un restaurante a dos esquinas de su casa compró un sándwich de cordero y za'atar. Al regresar encontró a Wissam tan cubierta como no lo estaba desde la primera vez que ella entró a ese departamento, sentada en el sofá, observando con atención Al-Jazeera, que ya mostraba algunas imágenes de la batalla a la que sin querer se habían metido.

Por la tensión del momento, no se dieron cuenta de que cerca de ellos, escondido atrás del único matorral que guardaba esa calle de Doummar, un reportero saudita grabó todo con su cámara, todo salvo a ellos, afortunadamente.

Únicamente la cajuela del Honda y una parte de su matrícula se alcanzaron a ver entre el humo que llenaba la escena. Menos de un segundo de imagen, suficiente para que la Guardia Republicana llegara a cuestionar la presencia de Jehad del lado de los rebeldes. La ropa sucia de Wissam estaba envuelta en el interior de una bolsa de basura, lista para ser desechada.

Jehad estaba tan nervioso que su respiración se aceleraba, haciendo parecer que por momentos bufaba. Dividieron en dos el gigante pan árabe enrollado, de casi un metro de largo, que contenía la versión levantina de un wrap neoyorquino. Jehad no tardó diez minutos en comer; no terminaba de masticar un bocado cuando ya tenía otro entrando en su boca. Cogió su plato mientras tragaba el último trozo, lo llevó a la cocina y lo dejó sobre la bolsa de mano de Wissam.

Del armario tras la pequeña puerta que siempre estaba cerrada, retiró su pistola de cargo. Besó la frente de la mexicana, que no se había dado cuenta de la maniobra con el arma, y condujo su auto hasta el cuartel de la policía secreta al que estaba asignado. Nada era más importante que aclarar su aparición en la zona del conflicto.

Salió tan rápido que azotó la puerta y alcanzó a provocar una corriente de aire que movió la foto de Maher. El orden casi obseso de Wissam la llevó a acomodar el ángulo horizontal del cuadro. Tres horas se quedó en el balcón, viendo hacia afuera, prendiendo cigarro tras cigarro con la colilla encendida del anterior, esperando ansiosa un regreso que no tenía tiempo ni respuesta, porque tampoco tenía pregunta. Al abrirse la puerta a las ocho de la noche, la primera en romper el silencio fue ella, avisándole que había hecho café turco. Por primera vez, una mujer se encargaba de tal menester en esas paredes.

Jehad le respondió con un abrazo; se veía algo repuesto, su mirada era casi la misma de siempre, casi, con los ojos grandes, tan grandes que cualquier occidental con buenos hábitos nocturnos pensaría que el hombre usaba delineador bajo las pestañas.

En el cuartel del Mukhabarat, Jehad se reunió con Amal Ayoub, general de Brigada encargado de la sexta zona de inteligencia militar de las Fuerzas Aéreas. Amigo de su familia desde los días de Latakia, fue el piloto del avión Mig que debía proteger el destacamento de infantería de Abu Jehad, su padre, cuando este murió. El sentimiento de deuda y culpa con el que el general Ayoub cargó toda su vida fue lo que llevó a Jehad, el pequeño, a Damasco cuando era adolescente y le permitió acercarse a su tío, que no era realmente tío, sino el hermano del general.

Las reuniones espontáneas entre miembros de calle del Mukhabarat con sus superiores no eran extrañas, en esos encuentros se sustentaba toda actividad de la policía secreta, que distaba mucho de

sus contrapartes americanas o europeas; su estructura era mucho más funcional y efectiva, similar a la de los rusos o el Mossad israelí. Un mukhabarat común no andaba por la calle uniformado, tampoco era un espía entrenado a la usanza de las películas que tanto gustan a los varones del mundo, y aunque los había, ellos eran los menos. De esos menos era Jehad.

El Mukhabarat tenía dos formas de pago; en una, sus miembros recibían una cantidad mensual por informar sobre cualquier actividad que consideraran sospechosa dentro de su vida diaria. En la otra, dependiendo de la información otorgada es que se veían recompensados. Con el tiempo, el segundo podría aspirar al primero y en ambos casos, una pistola semiautomática o un radio satelital eran lo mínimo que se les entregaba desde el primer día de enrolamiento. Una vez que se empleaba alguien dentro de este sistema, la ausencia de informes por parte de un miembro durante lapsos prolongados representaba las mayores sospechas, por lo que un segundo mukhabarat, de mayor rango, experiencia y confianza, era asignado para su vigilancia. Esto resultó durante cuatro décadas en cacerías rapaces, que entregaban de manera inquisidora a cuanto mortal osaba decir desde bromas hasta auténticos planes de conspiración contra el gobierno, del que en un momento dado, casi todos formaron parte.

Al café y el abrazo le siguió una obviedad.

—Ana mukhabarat

Jehad le reconoció a Wissam el porqué tenía tantas facilidades tanto para su negocio de autos como para los trámites que hasta ese momento le había ayudado a realizar. Contó la historia de su padre, su llegada a Damasco y la familia putativa que le dio cobijo y una carrera.

Al reportar en el cuartel lo que vio, su lealtad hacia el Estado había quedado intacta, tan firme y sólida que en caso de ser necesario se buscaría integrarlo en la Cuarta Brigada al mando del general Maher, haciéndose cargo de labores de comunicación e inteligencia de mayor nivel.

De forma inmediata fue premiado con una licencia por tres días sin necesidad de reporte, que le permitieron dedicar todo el tiempo posible a lo que parecía ser un intenso noviazgo.

La confusión inadvertida dentro de la cabeza de Wissam tenía un origen lógico que solo Hassib pudo haber entendido. Cuando su madre fue joven, junto con su tío, participó en el centenar de manifestaciones públicas que se dieron durante los sesenta y setenta, algunas, su mayoría, en búsqueda de la paz en la zona y contra Israel; unas más en protesta por la división del partido socialista Baath que terminó en la fundación del Baath sirio y el iraquí, el de Saddam. Otras, por la separación de la República Árabe Unida, que hasta 1961 unió en una

especie de Estado único a Egipto con Siria; las restantes, en busca de libertades coartadas por las policías secretas que derivaron en los mukhabarat actuales.

Durante la infancia de Wissam fueron pocas las veces que Noura mencionó algún evento de esa época, solo un recuerdo logró permanecer en esos relatos de juventud, un hombre llamado Farouk.

Farouk al-Sadr fue durante tres años el mejor amigo de Hassib; también el único novio que la familia le conoció a Noura antes de saber del padre de Wissam. Criado en El Cairo, Farouk cursó el último grado del *baccalauréat* en Damasco, en el liceo francés, compartiendo mesa de aula con Hassib, quien en un momento de fraternidad con ambos le presentó a su hermana. Farouk y Noura coincidieron como lo hacen quienes se vuelven en razones uno de otro, y decidieron marcharse de Damasco para estudiar en París. Aunque lo habían hablado, ninguno de los dos tenía prisa por casarse, vivirían juntos sin la bendición de sus familias.

Él, que era un par de años mayor que ella, esperó a que Noura terminara sus estudios para emprender el viaje. Durante esos dos años sabáticos auspiciados por sus padres, importantes exportadores de textiles que vivían entre Egipto y Siria, Farouk se involucró con los ideales promovidos por el presidente Egipcio Anwar Sadat, el jefe de Estado sunita que después de convertirse en héroe panárabe por su papel en la guerra de los seis días, comenzó a negociar con Israel lo que terminaría en un tratado de paz entre las dos naciones.

El aviso de estas negociaciones mortificó a la mayor parte de la comunidad árabe alrededor del mundo. Entre los más molestos con las acciones de Sadat se encontraba el Ministerio de Defensa sirio, entonces liderado por Hafez al-Assad, excomandante de las fuerzas aéreas que se había ganado la simpatía de la sección de inteligencia de esa división del ejército.

Farouk había sido señalado por el Mukhabarat de la Fuerza Aérea como un posible enlace entre Tel Aviv y El Cairo, suposición formulada por su gran número de viajes entre Egipto y Siria, los cuales únicamente habían tenido la intención de tomar tanto dinero de sus padres como estos se dejaran y así ahorrar la mayor cantidad posible para su manutención en Europa. Noura estaba tan al tanto de esos planes financieros, que para evitar levantar mayores sospechas del Mukhabarat, al momento de depositar los fondos, decidieron abrir un par de cuentas separadas, cada una a nombre de uno de ellos, en un banco francés que en esos años contaba con sucursales en Medio Oriente y permitía las transferencias de recursos entre los dos países. Un resquicio de la colonia que había cedido la independencia de un gran bloque de países árabes, apenas menos de tres décadas atrás.

En su último regreso de El Cairo a Damasco, dos vehículos negros

interceptaron al taxi en que viajaba Farouk en el camino del aeropuerto a la casa de la familia al-Sadr, le colocaron una tela negra en la cabeza y lo llevaron con ellos. El chofer reportó un asalto.

A la semana siguiente de la desaparición del novio de Noura, el padre de Farouk la citó a ella y a Hassib en Bakdash, la cafetería de Souk Hamidieh en la que vendían Booza, un helado hecho a mano, de leche con pistaches. Sin parpadear una sola vez, le explicó a la mujer que pensaba un día sería su nuera cada detalle del estado en que encontró a su hijo: agonizando, repitiendo el nombre de Noura, que apenas se escuchaba en lo cortado de su voz, con las manos quemadas por el ácido que les derramaron, las muñecas con la piel levantada por la fricción de las cuerdas, que amarradas de la misma manera en los pies, lo mantuvieron en una silla de metal a la que el respaldo se le plegaba abriéndose al exterior, tanto que la espina dorsal y cuatro costillas se quebraron mientras el joven al-Sadr clamaba en llanto su inocencia. En un llanto que dejó las lágrimas secarse desde las mejillas hasta sus orejas y que seguirían cayendo sobre la silla de ruedas en la que se sentaría el resto de su vida, lejos de Damasco y de ella.

—Buen viaje a París —le dijo. Se levantó de la mesa dejando que Hassib, quien no cargaba una libra, se hiciera cargo de la cuenta. Sin sospechar la tragedia, el hermano de Noura había ido a ver al padre de su amigo, un hombre mayor que, como otras veces, le invitaría un helado.

—Cuando tengas mi edad te tocará pagar.

Fue la frase que el jefe de la familia al-Sadr dio por años. Ese día, Hassib Halabi envejeció.

Hassib nunca lo perdonó; su acción provocó una humillación con la que cargó desde ese día, su cartera estaba vacía y tuvo que pagar con un reloj de bolsillo antiguo, que para darse aires de grandeza había tomado a escondidas de un cajón en el escritorio de jedo George, quien acarició la locura buscándolo por todos lados; cuando volvió para recuperarlo unas semanas después, ya lo habían vendido y su inevitable confesión le trajo el silencio de su padre, que no le dirigió la palabra hasta su muerte. De haber tenido algo más que dejar en prenda, lo hubiera hecho; la excesiva pena que pagó por el odio a su hermana se volcó en un rencor que dirigió a su inválido amigo y varios años después sobre Dimah, quien pudo seguir hablando con su padre hasta el final gracias al secreto que todos le guardaban.

La suerte de Farouk avisaba una amenaza para la vida de Noura. No pasaría mucho tiempo para que se encontrara relación entre los depósitos que se hicieron en su recién abierta cuenta y los viajes desde la capital egipcia. Mina y George compraron un boleto de avión al lugar más lejano de Siria, en el que nunca iban a poder encontrar a su hija: México vía París, el Mukhabarat perdería su rastro en Europa.

Wissam se descubría aceptando que compartía la cama, amando, al símbolo de lo que más daño le había hecho a su familia.

Jehad tiene todo para no querer estar con él, pero lo momentáneo del cariño, que pensé era pasajero, se hace cada día más grande.

Está dejando de ser la distracción del viaje.

Hay algo que me hace pensar que los mukhabarat de mi madre no son los mismos que los de ahora. Quiero convencerme, porque me quiere.

Detesto que las cosas dejen de funcionar por lógica.

Estoy cansada de buscar a los hijos de Hassib, supongo que su padre les ha prohibido verme.

Jehad se comporta más como familia que los que deberían de hacerlo.

Wissam

La primera noche de los tres días de licencia que el Mukhabarat concedió a Jehad, fueron a cenar a un restaurante en el barrio cristiano. Ommar y su novia en turno, Jehad y Wissam, cruzaron los arcos de Bab Tumma. Del otro lado de la puerta de Tomás, ya en la zona de tolerancia religiosa y cultural que hacía olvidar estaban en un país musulmán, dos mujeres de dieciocho años sentadas en el cofre de un auto Daewoo fumaban con los labios pintados, vestidas con jeans y camisetas de tirantes, con sus parejas de pie frente a ellas, haciendo bromas y recargándose en sus muslos. Solo en esas calles de Damasco se podía ver algo así, protegidos en ese oasis que la sociedad había decido mantener por respeto a la historia de la cruz. Solo los agnósticos y cristianos se atrevían, desafiando a los musulmanes que los veían con censura envidiosa, no por las limitaciones religiosas que derivaban en juicios morales, sino porque un adolescente, sin importar su Dios, es incapaz de ocultar las inquietudes de su edad.

En el restaurante vendían cerveza, té, café turco y Coca-Cola. Servían hojas de parra rellenas y falafel. También rentaban narguiles con dos mangueras para las parejas, cuatro y seis para los grupos. Se sentaron al centro de un gran salón, rodeado por los arcos que protegían la fuente en forma de estrella ochavada que estaba en medio. Fumaron tabaco sabor a manzana y sandía. Un mesero vestido de Iznogoud, aquel personaje de las tiras de Goscinny, con pantalones verdes y bombachos, zapatos puntiagudos con encajes dorados, con turbante azul de califa y camisa de seda blanca, pasó cargando una cubeta de metal llena de piedras de carbón que iba depositando en la punta de cada pipa para mantener vivo el rojo de las brasas. Junto con el primer narguile, recién preparado, que el mesero colocó en el piso, les entregó cuatro protectores de plástico que se debían colocar en las boquillas de las mangueras para no compartir la saliva de los clientes anteriores.

Jugaron backgammon, primero los hombres para que Wissam aprendiera las reglas, luego las mujeres para que las practicara, después por parejas para que Jehad y Ommar se lucieran ante sus mujeres, que soplaban los dados y asentían a las preguntas que decidían las jugadas de los varones.

Jehad y Wissam tiraron un seis y un cuatro; con esa jugada se acercaron al otro lado del tablero. Wissam intercalaba la pipa con un cigarro, encendido al mismo tiempo que inició su partida. Cuando avanzó sus fichas comiendo una de Ommar, sintió una mano en la espalda. Lana le tocó el hombro: su prima, la segunda hija de Hassib,

nacida el mismo día que ella, pero un año después.

Teéta Mina tenía una teoría sobre los tres hijos de Hassib que respondía a la misma regla que se tiene en la cocina al hacer crepas y hot cakes, cuando se busca en su circunferencia un toque de perfección: el primero en vaciarse al sartén, como aún no se le ha agarrado a la masa la medida necesaria, siempre sale pequeño o muy grande; el segundo, ya con la porción afinada, queda con el tamaño y sabor ideales, y como el último se hace con las sobras que quedan en el refractario, invariablemente tiene fallas.

Lana había nacido primero que su hermano gemelo Mouffaq, quien llegó al mundo menos de tres minutos después. Pese a esa pequeñísima diferencia, era la única de los primos de Wissam que se podía rescatar de entre sus recuerdos.

Neila, la mayor de las hijas de Hassib y tres años más grande que sus hermanos, era una mujer en extremo delgada, blanca como pocas y demasiado parecida a su madre, inteligente y con una insensibilidad propia de alguien en extremo pragmática, tan enfocada en lo que le sería más útil en la vida, que luego de un pequeño incidente social al que le pudo dar menos importancia se alejó de Wissam y nunca más la volvió a ver. Ni siquiera cuando se organizó en su propia casa una cena de despedida para su prima, que regresaba a México por primera vez. Neila marcó al teléfono de su casa cuando toda su familia estaba ya sentada en la mesa y avisó que se quedaría trabajando en una tarea universitaria para su clase de literatura árabe, en casa de su novio, con quien más tarde tuvo dos hijas; una se llamó Noura, la otra Wissam.

En ese primer viaje de Wissam a Siria, cuando aún era adolescente, sus tíos intentaron acercarla a Neila. Por unas semanas, Wissam y ella llegaron a hacerse grandes amigas, cualidad que no siempre se daba en esa familia, hasta que en una reunión a la que fueron invitadas, los amigos de Neila, tres griegos ortodoxos, dos sunitas, dos chiitas y el kurdo que se transformó en el padre de sus hijas, todos hombres y mujeres menores de veinte años, se escandalizaron cuando Wissam, en un juego de niños que involucraba un castigo vergonzoso o un secreto inconfesable, dijo que su primera relación sexual la había tenido a los catorce años.

Si bien la relación con su propia sexualidad por parte de los jóvenes árabes generó un inmediato rechazo a la mexicana, fue Wissam la que tuvo más trabajo para entender las actividades de sus contrapartes, que pasaban horas dentro de sus autos, parejas inmaculadas que empañaban los cristales, estacionándose para descubrir todo menos sus cuerpos, en el mirador de monte Qassioun, el mismo lugar en el que, durante la guerra, las baterías de proyectiles de Bashar y Maher dispararon contra la población, intentando sofocar las revueltas.

Los días siguientes a esa reunión panárabe ecuménica, Neila se encontró realizando actividades que la mantuvieran ocupada en proporción de la vergüenza que sintió al saber que sus amigos consideraban a su prima algo peor que una cortesana.

Wissam intentó evitar que el incidente se repitiera con su prima menor; entonces se acercó a Mouffaq y sus amigos, hombres de narices grandes que mantenían las proporciones amorfas de su edad y género, e intentaban hacerse pasar por rudos, escuchando heavy metal y moviendo sus cabezas en un ejercicio de headbanging que lucía poco por lo corto de su pelo, que no podía ser más largo sin llevar consigo una burla callejera. Luciendo sus brazos a la mujer extranjera que, como todo Doummar se había enterado ya, se acostaba con varones, esos jóvenes que apenas dejaban de ser niños y fantaseaban con la latina, pero jamás se habrían atrevido a ponerle una mano encima, incluso si ella se los hubiera pedido.

A diferencia de Neila, Lana había antepuesto su sangre a los alcances incómodos de la situación en la que su prima se ponía a cada encuentro con los amigos de su hermano. En la navidad de 1993, las dos mujeres fueron a la cena organizada por la iglesia Maryamia para los jóvenes ortodoxos que año con año se juntaban a cenar mientras sus padres dormían o preparaban la comida familiar del día siguiente. Ciento cincuenta libras por cabeza les permitieron cenar pavo con tabule, bebieron ponche sin alcohol y bailaron en dos hileras, una de hombres y otra de mujeres, que se veían de frente para imitar los pasos que creían estaban de moda en los clubes europeos que salían en las revistas de segunda mano a las que tenían acceso.

A diferencia de su hermano menor, que toda su vida se escondió en la sombra de su padre, siguiendo al pie de la letra cada instrucción que Hassib le daba, sin cuestionar jamás los motivos para sus reacciones viscerales, Lana encontró en Wissam un reflejo a la independencia que buscaba y que, por lo autoritario y maniqueo de su padre, nunca pudo alcanzar.

Lana sabía de la presencia de Wissam en el país; ella le había confirmado su viaje en uno de los correos electrónicos que llevaban intercambiando cada dos meses, los últimos cinco años. Cuando Noura murió, Dimah marcó a México y poco se entendió entre sus lágrimas. Ni Mina ni Hassib se comunicaron, solo Lana escribió las palabras de consuelo que se necesitaban, firmó a su nombre, dejó claro que era la única de los Halabi que sentía y tenía algo que decir.

Por orden de su padre, Lana no fue al aeropuerto a recoger a su prima. El repudio totalmente justificado de Hassib hacia los amigos alawitas de su hermana era razón de más para que su hija tuviera el menor contacto posible con ellos; sabía también que lo más práctico era que los mukhabarat se hicieran cargo de la recepción, que si bien

no tuvo problemas, mantenía el nivel de riesgo que tenía la entrada de cualquier persona ajena a un país bajo control militar.

Lana se sorprendió al ver a su prima en el restaurante. Su padre le había dicho que se encontraba con Jehad recorriendo el país, haciendo turismo sin importarle el contacto con la familia, disfrutando las mieles de los cercanos al Estado. En cambio, Wissam era la responsable de todas las llamadas telefónicas a casa de Hassib que se frustraron, cuando nadie dio el mensaje que dejaba en la maquina contestadora, cada tres días.

Abrazos y lágrimas interrumpieron el backgammon. Ommar compartió la felicidad de las primas: estaba perdiendo y el juego nunca se terminó.

Juntaron las mesas. Lana estaba con Nabil, su novio sunita con el que llevaba una relación desde hacía dos años, un productor y director de documentales originario de Alepo que a los meses del inicio de los conflictos fue desaparecido y torturado por las Shabihas, las milicias de civiles pagados, mercenarios y matones que apoyaban al régimen de los Assad. A la fecha de ese encuentro, las diferencias entre las distintas vertientes religiosas aún no eran muy perceptibles; la división sectaria que se promovió para defender a la minoría alawita, no cobraba las relaciones de los que compartían los platos de Ramadán, las noches en que todos se sentaban bajo el mismo techo, como lo llegaron a hacer desde el inicio de los tiempos del Islam.

Las tres parejas comieron, bebieron y rieron, Lana evitó mencionar a su padre, Wissam a su tío, las dos estaban por encima de la mezquindad de aquel hombre.

La nostalgia de los meses, años atrás, en que convivieron juntas, se había avivado con la correspondencia que las hizo más cercanas de lo que ellas mismas se imaginaron. La complicidad dada a quien escucha en silencio lo que no se puede decir entre los propios hizo que Wissam y Lana compartieran un lenguaje que los demás solo escuchaban; la novia de Ommar no dijo una sola palabra durante tres horas, apenas esbozó la sonrisa de quien accede a no pertenecer y no tiene alternativa más que estar.

Los tres hombres escucharon las anécdotas de los juegos adolescentes de dos hermanas, que eran primas. Jehad y Nabil se enamoraron de una etapa de la vida de sus mujeres que no les tocó, pero que desde ese momento adoptaron.

Nabil había enfocado su carrera en una defensa sutil de los derechos civiles, que cuarenta años de baathismo habían mermado. Su trabajo era conocido en algunos países de Europa y el éxito de una pequeña película sobre las precarias condiciones de vida en el Yebel Druzo, en el festival de cine independiente de Qatar, organizado por Al-Jazeera, le dio por breve tiempo la inmunidad que tiene el

personaje público, privilegio que duró hasta que la línea entre lo permisible y el salvajismo se rompió en el país.

Si bien Ommar, como Jehad, debía lo cómodo de su subsistencia al régimen de los Assad, una discreta fascinación por el cine llevaba al pelirrojo todas las semanas al Centro Cultural Francés, dependiente de la embajada del país galo, donde se proyectaban cintas en una sala para quince personas que visitaban frecuentemente el lugar, reuniéndose para analizar la historia fílmica del viejo continente. Esas películas despertaron en Ommar lo que la literatura en los que leen: dudas.

Las interrogantes de Ommar sobre la peculiar vida del cineasta, abrieron la puerta para una discusión que dejó para un momento más privado la plática de las primas Halabi. Así como ocurrió a principio de los años noventa, cuando los amigos de Neila o Mouffaq interrogaron a Wissam sobre una vida lejana a la suya, así como Ommar y Jehad buscaron comparar lo que se conoce con lo que no, Nabil se transformó en el sujeto que tenía que explicar las pasiones de quien mezcla el amor por contar historias con la necesidad de generar preguntas más que dar respuestas.

Al inicio de los disturbios, que culminaron con la caída de los Assad y le permitieron a Wissam regresar al país, muchos de los que llegaron a formar parte, no de las Shabihas, sino del Mukhabarat más temprano, llegaban a pensar como Ommar, que veía perfectamente compatible su trabajo seudoclandestino con la idea de un territorio más libre, que avanzara por el camino marcado por un mundo en el que todos soñaban con un poco de igualdad. Se dice que hasta Bashar pensó eso en un momento, mucho tiempo atrás, pero no su hermano; tampoco los que acompañaron a su padre, que seguía vigilante en el mural afuera del restaurante, cargando la bandera que ondeaba, en un triste dibujo de una montaña del Golán. Esa incongruencia idealizada fue evidente en los aplausos que Ommar extendió a Nabil, pidiendo que lo dejara formar parte de su siguiente trabajo, preocupando por momentos a Jehad, que si no se hubiera reblandecido por el trato con Wissam, habría reportado la indiscreción al general Amal Ayoub.

Cinco cervezas, dos narguiles y media cajetilla de cigarros bastaron para que Wissam sintiera por primera vez desde su llegada los efectos del alcohol. El mundo que Wissam le abría a Jehad era muy lejano al de su familia sanguínea, más aún al de la putativa.

La licencia de tres días fue de dos; la mañana del domingo tres de abril, el celular de Jehad volvió a sonar y, de nuevo, él contestó en el balcón.

—Algo nuevo pasó en Daraa.

Dijo. Prometió que volvería a la noche y regresó varios días después.

Bashar cerró el Casino Cham y levantó la prohibición que impedía a las maestras de escuela usar el niqab.

Wissam

La familia Halabi estaba tan llena de secretos que era imposible saber lo que realmente ocurría entre las paredes de cada una de sus casas. Antes de morir, Noura le dejó a Dimah suficiente dinero para vivir sin la ayuda de Hassib hasta su próxima visita, pagar por veinticuatro meses el mantenimiento de la propiedad de Koura y realizar algunas mejoras a su fachada. También había dejado lo necesario para cubrir un año del sanatorio de Youssef, que con regularidad pagaba Hassib por conducto de Dimah, quien era la única que tenía tiempo para realizar el viaje de ida y vuelta a Beirut, y cuando por una u otra razón no podía ir, encargaba a su fiel Jehad de llevar el pago en los primeros diez días de cada mes. Noura pensaba que con su aportación las deudas con su hermano quedarían saldadas, pero fue incapaz de echarle en cara que su situación era en esos momentos mejor que la de él; algunos hombres árabes no pueden con eso, cristianos o musulmanes, tampoco judíos, solo que ninguno lo acepta.

Dimah tampoco fue capaz de decirle a su hermano que no lo necesitaba y semana con semana aceptó las mil quinientas libras que él dejaba de mala gana en la mesa del comedor, bajo un frutero vacío de talavera poblana. Por primera vez en su vida, la menor de las hermanas Halabi tenía dinero.

El encierro al que su madre la sometió toda su vida le permitió hacer pocas cosas y encontró en el arte un refugio. De su breve visita a México se llevó de regreso a Siria el color y la narrativa de los muralistas. Vasijas de barro, tableros de juegos de mesa hechos en madera, platones de yeso y vasos de cerámica fueron pintados durante las horas que permaneció en su cuarto, huyendo de los insultos de teéta Mina. Copió en ellos las imágenes del arte islámico más clásico, dibujó paisajes en los que contaba las hazañas del Profeta, que venían en los libros de historia de sus sobrinos. En casa de Hassib nunca hubo una de sus piezas, las paredes estaban decoradas con el icono bizantino de la familia que le fue heredado por jedo George a Mouffaq, y dos pergaminos de papel amate que su madre había traído del viaje en el que conoció a su nieta.

Con el dinero que dejó Noura, Dimah mandó traer de Beirut con Jehad tantos óleos y barnices como este pudo acomodar en su cajuela. Los usó poco, le tenía demasiado miedo a la vida para seguir creando. También compró una computadora y una impresora, que mantuvo ocultas de su hermano por temor a que se las quitara al encontrar inútil que las tuviera.

Al casarse Neila con el kurdo, Mina y Dimah fueron juntas a la boda. Un comentario inapropiado de teéta Mina hizo saber el desprecio que le tenía a los que eran como el nuevo integrante de la familia. Luego de mudarse a la casa de Koura, Mina dejó de recibir las visitas de su nieta mayor, a quien solo veía en los esporádicos encuentros en casa de Hassib.

Lana aprovechó el desencuentro entre su abuela y hermana para transformarse hasta la llegada de Wissam en la nieta predilecta, visitando el suburbio de Damasco a escondidas de su madre, que descubría el carácter mordaz de teéta Mina, dejándose consentir por una abuela capaz de inventar teorías que sembraran la cizaña entre los gemelos y una tía que le entregaba tanto dinero como ella pedía.

Para secundar las mentiras de Hassib alrededor de la estancia de Wissam en el país y evitar que las dos primas se reuniesen, Mina fingió suficientes malestares que hasta ella misma se había convencido de que su salud estaba decayendo, aún más de lo que en realidad ocurría. Escudada en su supuesto sufrimiento, le pidió a Lana que pospusiera semana con semana las visitas que planeaba hacer cada jueves en la tarde, antes de que comenzara el fin de semana musulmán que rige el calendario laboral.

El encuentro de Wissam y Lana conservó hacia afuera la reserva acostumbrada, Hassib jamás supo del evento y, por un tiempo, tampoco se enteró de las visitas que durante el viaje de Jehad a Daraa hizo su hija a la casa en que Wissam durmió más de siete noches seguidas.

Ese fue el momento de mayor felicidad de teéta Mina, quien solo cambió el destinatario de las mentiras, que evitaron que su hijo mayor se hiciera presente.

Para Dimah, las reuniones de las dos primas en la sala o la terraza de la casa la llevaban a lo que siempre imaginó debió ser su propia juventud. Sentada entre las dos y levantándose para servirles té o café cada que sus tazas se quedaban vacías, rellenando el plato de arracadas de pan con ajonjolí cuando se iban terminando, adoptando el pueril papel del que hace servidumbre para incluirse ahí, donde no se tiene nada de qué hablar, tal y como la mujer de Ommar hizo en el restaurante. A la semana de esas reuniones, Dimah intervino por primera vez, lo hizo a gritos y se puso tan roja como las flores de sus pinturas, no de vergüenza sino de enojo, provocada por el asomo de la traición del más cercano.

El día anterior a la explosión iracunda de Dimah, Hassib se había reunido con su mujer y tres hijos, ignorando la cercanía devuelta entre su hija menor y su sobrina. Motivado según él por el aumento de la violencia en las cada día más frecuentes protestas en Doummar, había decidido vender su departamento e iniciar el juicio sucesorio que le

permitiría adjudicarse la casa de Koura al-Assad. Lana, pidiendo la mayor discreción posible en un asunto demasiado importante para pasar por alto, dio aviso a Dimah de que su padre le propondría que regresara a vivir con su madre en el departamento de Damasco, donde afirmaba que las manifestaciones anti Assad no llegarían a escalar más de lo que hasta ese día habían hecho.

Entre las tres decidieron que esa conversación no llegara a los oídos de teéta Mina, que si bien era perfectamente capaz de mentirle a su hijo, tal y como lo había hecho con todo el mundo en muchos de los aspectos más rutinarios de la vida, estaban seguras que no iba a confrontar a Hassib, teniendo que reconocer la artimaña que se tuvo que orquestar para que se enteraran de sus planes.

La hospitalidad árabe, junto con la judía, es de las más generosas entre todas las culturas; las amistades también, van por encima de cualquier cosa, al punto en el que los occidentales se llamarían hermanos. Las uniones familiares cobran esa fuerza por la que se invaden países; no hay insulto más grande que el que ofende a una madre o hermana, no por un asunto de género ni asunción masculina, como por la transgresión a lo más sagrado de una sociedad fundada en la protección de las estructuras propias. Propias porque estas culturas son tan viejas que ellas las inventaron. Esa misma fuerza que se inclina a un lado de la balanza, cuando tiende al extremo opuesto, muestra las peores caras de los hombres, ese todo que en el Levante es absoluto, es el rostro de la infamia que se atreve a dejar a una madre y a una hermana sin casa. Porque el egoísmo, cuando llega, también llega a un punto en que la vileza de un hombre le permite arrasar con un pueblo que no lo quiere.

Esa fue la penúltima noche que Lana pasó horas con Wissam y su tía en la casa, la misma noche en que en Daraa murieron otras veintidós personas a manos de la Cuarta Brigada.

A las ocho de la noche, Lana salió de la casa de Koura. Afuera, el Lada verde de Hassib la esperaba con él y su mujer dentro. La madre de Lana, sospechando de la ausencia de su hija y pensando que se estaba involucrando más de lo permisible con Nabil, la había seguido el día anterior a la cena familiar de su departamento, preocupada porque le contara a quien para ella era un desconocido los planes de adquisición de la propiedad todavía a nombre de su cuñada, se apresuró a intervenir. Ni Wissam ni Dimah se enteraron en ese momento de la recolección forzada de Lana. Sus siguientes encuentros, casi todos, se dieron en el interior de la mezquita Sayyida Zeinab, cerca del departamento de Jehad.

El interior de Sayyida Zeinab estaba divido en dos alas separadas por una reja de plata y acabados de oro. Su nombre recuerda a la nieta de Mahoma, la hija de Alí, que descansa en un gigantesco

mausoleo en su interior. Las dos secciones servían para separar a los hombres de las mujeres; solo un varón, un barrendero que siempre miraba al piso, tenía permiso de permanecer en el lado asignado para el sexo femenino, parado en la puerta, encargado de entregar las telas negras con las que las no musulmanas se debían cubrir para tener acceso.

Descalzas, con túnicas que apenas les dejaban ver los ojos, en medio de los cantos en farsi que recordaban cómo Sayyida perdió a sus hermanos y fue capturada en Karbala, rodeadas de musulmanes chiitas que rezaban como si se tratara del funeral de su misma hija, fue como Wissam y Dimah se enteraron del fracaso de Lana, que no pudo convencer a su padre de dar marcha atrás a sus planes.

En la casa Halabi, Mina ya no era la señora fuerte de su juventud, que en la calle se negaba a ser tratada como esas mujeres relegadas a un segundo plano, incluso las de los sunitas más moderados, que desde que perdieron la herencia social de la colonia francesa cambiaron poco a poco sus usos y adoptaron algunas de las costumbres musulmanas promovidas por los islamistas. Si Hassib, con todo y que fue criado bajo el más ortodoxo cristianismo griego, se hubiera atrevido a pedirle a su madre que regresara al departamento de Damasco, ella no habría tenido la fuerza para negarse y en horas, su maleta hubiera esperado en la puerta para cambiarse de domicilio. Mientras Mina vivió, Hassib no tuvo el valor de despojarla de la herencia de su hija, pero Dimah y Wissam sabían que si aún tenían las llaves para entrar y dormir ahí era por la cobardía de ese hombre, al que las dos viejas estaban atadas y debían agradecer.

Al salir de Sayyida Zeinab, unas cuarenta mujeres con el rostro cubierto seguían a un centenar de hombres. Celebraban juntos las primeras reformas de Bashar, que hacían concesiones religiosas a un Estado que se había vendido secular. Pararon dos taxis en la calle; Lana tomó el primero en dirección a Doummar, Wissam y Dimah el otro. Wissam tenía llaves del departamento de Jehad, pero no quería que su prima viera las fotos de los Assad, que decoraban la pared principal; tampoco que su tía recordara a Bassil.

Hasta ayer, las protestas en el interior del país apenas habían llegado al centro de Damasco. Salvo las pocas marchas que salen de la universidad o cerca de los barrios chiitas, la vida transcurre como si nada pasara, muy distinta al resto de las ciudades.

De lo que ocurre en Homs, Daraa y Doummar, solo nos enteramos por televisión. No es como en Egipto, tampoco como en Libia.

Pareciera que en Siria hay gente que sí quiere a Bashar. Hoy salió en televisión dando otro discurso; prometió quitar la Ley de Emergencia que prohíbe las agrupaciones públicas, permite arrestos indiscriminados y sin cargos, castiga las protestas pacíficas y limita otros derechos civiles desde hace cuarenta y ocho años. Las reacciones no esperaron y de inmediato se han convocado otras manifestaciones. La gente quiere más.

En la tarde, Nabil y Lana me llevaron a una protesta: los Hermanos Musulmanes rodearon la plaza al-Merjeh y su pequeña mezquita: un monumento en miniatura de un metro cuadrado, colocado sobre un poste al centro de una glorieta, que los franceses regalaron cuando otorgaron la independencia, haciéndole pensar a todos que construirían un edificio de gran tamaño.

Los Hermanos se arrodillaron viendo a la Meca y rezaron. Un grupo de personas que apoyaba a Assad los tomó por sorpresa, Nabil grabó todo con una cámara de video, pidió que nos alejáramos de él por si algo le pasaba. Cuando empezaron a tirarse piedras, nosotros nos fuimos.

Jehad me envió un mensaje diciendo que regresaba mañana en la madrugada. Ojalá sea cierto.

Wissam

El sonido de la chapa de la puerta del departamento de Jehad despertó a Wissam, que había decidido esperarlo ahí. Había dormido poco y mal; la primavera siria es más parecida al verano francés y durante el día el sol pegaba a tope, calentando los cuartos hasta hacer el aire tan pesado que se hacía difícil respirar. De diez de la noche a dos de la mañana se levantó tres veces: la primera por un vaso de agua, tenía sed y se había cansado de mojar sus labios con la lengua; la segunda, porque escuchó el ruido de un coche estacionándose en la puerta del edificio y pensó que él había llegado; la tercera saltó de la cama por un sueño en el que se vio construyendo con sus manos la mezquita de al-Merjeh, que había visitado con Nabil y Lana. Gritó cuando en su pesadilla estaba siendo lapidada. Se quedó sin aire. En cuanto volvió a respirar, se llevó la mano a la boca; sentía un sabor a sangre entre los dientes, que soñó había perdido por el impacto de una roca.

Jehad atravesó la puerta con los pantalones de comando y las botas negras que se puso antes de salir; una sonrisa apretada mostraba su felicidad en medio de lo sucio de su cara, que evidenciaba junto con su olor que no se había bañado en varios días, en los que el sudor de su piel se mezclaba con la pólvora de las armas que disparó, Kalashnikovs que impregnaron su rostro con residuos del gas con el que se liberan los cartuchos percutidos.

Se abrazaron sin soltarse por varios minutos; una especie de lágrima salió de los ojos de Jehad. El instante más frágil de un hombre que no podía más que ser fuerte. Ommar había desaparecido.

El camión para transporte de tropas que poco más de una semana atrás había pasado por Jehad, después recogió a Ommar. Al salir de Damasco, rumbo a Daraa, se les sumaron dos soldados de boina roja, oficiales de la Guardia Republicana y un miembro de la Cuarta Brigada.

Ninguno de los dos amigos había entrado en combate; sus tareas siempre fueron de inteligencia y bajo esa línea estaban seguros de que continuarían, pero el método de traslado no daba buenas señales para que eso ocurriera.

Jehad y Ommar fueron asignados a una operación de búsqueda y captura, tal y como el general Ayoub se lo había prometido al alawita, reportando directamente al comando de Maher al-Assad.

La primera noche en Daraa, acompañados de los dos oficiales de la Guardia Republicana que viajaron con ellos, él y Ommar tocaron de puerta en puerta cada casa de las calles que rodeaban el cementerio

Alabassyah. Su orden era encontrar en el interior de las viviendas cualquier tipo de material que se pudiera relacionar con actividades contrarias al régimen.

De la bienvenida amable de los simpatizantes al rompimiento de puertas de los disidentes; del miedo que se esconde en la sumisión del silencio al terror convertido en una rabia que supera la barrera de la supervivencia. La primera puerta que tocaron se abrió sin dificultad. En esa casa, mientras abrían a la fuerza los cajones de los muebles y arrojaban al piso las cosas que se encontraban dentro, atrás de ellos un padre, madre e hijas, luchaban por recuperar todo lo que caía.

Cuando los guardias de boina roja les arrebataban de las manos a los civiles las cosas que recogían de un golpe con la bota, ellos las volvían a levantar viendo al suelo. Una patada mal dirigida terminó en la nariz de la menor de las niñas, que tenía la cabeza cubierta con una seda de Alepo. Los de las boinas rieron cuando su madre se abalanzó para protegerla; después miraron con enojo a Ommar, que les gritó: ¡silencio!

En la segunda, tercera, quinta y octava casas encontraron resistencia: padres y hermanos que cerraron sus puertas de golpe, asegurándolas con cerrojos de cadenas que se quebraron con los golpes de ariete o de hombro que liberaban el acceso a los interiores en los que jóvenes, hombres y mujeres, pintaban pancartas de protesta y cosían las banderas de la liberación que planeaban usar al día siguiente. Veintidós personas fueron arrestadas por Ommar y Jehad, entregadas a los boinas rojas y forzadas a subir en tres camiones que partieron con dirección a Damasco.

Para el general Ayoub, todavía no era momento de hacer a los dos amigos parte de ningún interrogatorio, un rango de extrema confianza era necesario para garantizar la fidelidad de quien es encargado de las acciones más deleznables que el ser humano es capaz de ejecutar sobre un semejante. El día siguiente fue igual, interviniendo en los hogares sospechosos, porque en un punto, todo mundo fue sospechoso.

El primer paso de la tortura es la humillación. Pocas cosas disminuyen más al espíritu que la conflagración del espacio íntimo, y ese espacio fue violado por esos cinco hombres, como lo hicieron tantos otros con la misma orden.

De cada casa, los soldados de la Cuarta Brigada salieron con las manos llenas de las cosas que confiscaban como supuestas pruebas de sedición: relojes de oro, joyas de plata y piedras preciosas, alfombras iraníes, juegos de mesa antiguos, aparatos de cocina y teléfonos celulares. Todos, objetos juzgados con la misma lógica y para el mismo fin: venderlos en los sitios que meses después fueron llamados los “Souk Suna”, los mercados sunitas al aire libre, que se encontraban

en las ciudades tomadas por el régimen, en los que se ofrecían, entre semejantes religiosos, los recuerdos y la identidad de los derrotados.

Lo único diferente de ese tercer día, que fue igual al primero, fueron los tanques que cercaron la ciudad de Daraa y recibieron la orden de disparar a todo aquel que intentara huir de las pesquisas en las casas a los que los mukhabarat entraron apoyados por la Cuarta Brigada. Nueve niños murieron esa noche. El llanto de sus madres sonó como el de esa niña que Ommar quiso proteger; el llanto de nueve madres quedó en la cabeza de los dos amigos y sonó y sonó durante el trayecto que hicieron al cuarto día de su campaña rumbo a Homs, la ciudad del centro-este del país donde la insurgencia tomaba fuerza.

El país que sirvió de origen a las civilizaciones del mundo moderno era tan grande como su territorio, así que semana con semana las tropas de elite eran trasladadas de un punto a otro, intentando cubrir en el menor tiempo la mayor cantidad de ciudades posibles, dejando apenas un puñado de soldados a cargo, al borde del arrepentimiento. Así se crearon las Shabihas.

El día anterior a su llegada a Homs, las autoridades entregaron a la familia del sheik Bader Abu Moussa el cuerpo de su líder, arrestado una semana antes y devuelto con la barba quemada y señales de tortura en su pecho. El sheik era el jefe de una de las tribus de la ciudad, que se había manifestado por medio de sus intelectuales, artistas y abogados, con un profundo rechazo al baathismo. Durante la peregrinación del funeral de Abu Moussa, la Cuarta Brigada apostó francotiradores en los techos de los edificios que rodeaban las calles por las que pasó el cuerpo, envuelto en telas blancas, dentro de una caja de pino cargada por sus familiares y amigos.

Las horas del trayecto de Daraa a Homs sirvieron a Jehad y a Ommar para dormir a ratos, despertando por el terror de las pesadillas que se mezclaban con los saltos del camión, que rebotaba por los precarios caminos que unían las ciudades.

Antes del mediodía y sin haber llegado a un cuartel en el que pudieran bañarse o comer algo, no con los mismos dos boinas rojas, sino con treinta más de ellos a sus espaldas, fueron atrincherados a un costado del cementerio musulmán, al que cientos de personas caminaron para despedir a la cabeza de la tribu de los Fawara.

En la trinchera, hecha de costales de arena, se le había dicho a los soldados y dos amigos que el general Maher visitaría el lugar, pero su enigmática figura nunca apareció, y cuando los deudos del sheik empezaron a cantar consignas anti-Assad, un coronel dio por radio la orden de disparar. De las bocacalles salieron dos camionetas armadas con metralla en sus cajas de carga y abrieron fuego.

Jehad nunca conoció a su padre, pero el recuerdo de la guerra

que le transmitió su abuelo se hizo presente en el fusil de asalto que les entregaron. Esa sensación que obligó a su abuelo Sammir a desertar y someterse a la vergüenza de su hijo, que en castigo decidió tomar rumbo como voluntario a las alturas del Golán, donde desapareció, se apoderó de los hombres, incapaces de matar a un anónimo sin verle la cara y resentir primero una agresión que legitimara su defensa.

Los llantos que unas horas antes los habían afectado se hicieron mudos; dejaron de hacerse presentes en medio del humo, de los vapores y del polvo, el ruido y los golpes, el sonido de cientos de pies que corrían de lado a lado, sin orden ni sentido, dejando a su paso cuerpos que gritaban clemencia.

El silencio del combate.

Así como cuando el dolor en el cuerpo es tan intenso que los nervios se bloquean para dejar de sentirlo, el escándalo de ese momento se tradujo en ligeros zumbidos. Un disparo, un muerto. Una piedra que busca un insulso acto de amparo, un disparo, otro muerto. Ni Jehad ni Ommar jalaron su gatillo. El coronel que dio la orden vio un asomo de subversión a sus órdenes y replicó, Ommar negó moviendo la cabeza de izquierda a derecha, con la boca abierta, con los dientes amarillos y los labios negros por la pólvora que flotaba.

El único disparo que Jehad escuchó claramente fue el que salió de la pistola del coronel de la Cuarta Brigada, que impactó en el brazo de su compañero de parranda.

Un soldado que no sigue la cadena de mando, que piensa antes de levantar su arma, es más peligroso para el ejército al que pertenece que las balas del contrario. La fortuna de Ommar trabó la pistola del coronel y evitó un segundo disparo, mortal de seguro. Jehad empujó a Ommar al suelo sin reparar en su caída; nunca sintió miedo de recibir un ataque de los civiles como lo hizo al ver la mirada inclemente de su superior. Montó en su hombro la culata del rifle que cargaba y, sin apuntar objetivo, se unió al coro que martilleaba alrededor. La primera ronda de balas que disparó destruyó un coche en el que los protestantes se refugiaban; cambió de cargador y la segunda ráfaga se alojó en el pecho de un niño de ocho años, que se tapaba los oídos con sus manos.

El silencio del combate. De nuevo.

—Cuando matas deja de importar si es un niño, una mujer o un asesino. Es solo un cuerpo. Se pierde noción del hecho, la víctima se hace un objeto.

Eso pensó Jehad cuando se terminaron las balas del séptimo cargador.

—La única ventaja de las balas es la distancia.

Jehad tuvo que hablar con el general Ayoub para proteger a

Ommar.

En una parte del mundo donde la palabra cuenta, dio la suya para que el amigo que lo acompañaba desde hace años no volviera a dudar de las órdenes que se le daban.

Cinco días más duraron los levantamientos en Homs, que tuvieron respuestas similares por parte del Mukhabarat y la Guardia Republicana. Más de cien muertos fueron sepultados en el mismo cementerio que custodiaban a su llegada.

La bala que se disparó contra Ommar había rozado su hombro, el ataque resultó en una gran quemada y una fisura del húmero. Esa semana, Ommar permaneció en un hospital militar, detenido hasta que su alta coincidió con la llamada telefónica que empeñó el honor de Jehad con su tío putativo, que antes de ser familia, era su general al mando.

Puede que Ommar nunca se hubiese enterado de la filia de Jehad, que con su nombre parecía salvar momentáneamente su vida. Cuando el parte médico que lo dejaba salir de su cama y un uniforme nuevo con bandas de teniente fue puesto a su lado para que se vistiera, Ommar aprovechó la oportunidad para salir por la puerta sin decirle a nadie. Coincidencia afortunada nuevamente: el uniforme era de su talla, las insignias debían ser de alguien que ya no las usaba.

Una confusión le dejó esa chamarra a quien, cuando patrullaba, lo hacía vestido de civil.

Horas más tarde, Jehad fue a darle la noticia; la cama treinta y tres del pabellón de recuperación estaba vacía, sin nota ni dirección en la que encontrarlo.

Jehad pensó primero que, al no tener noticias de él, su amigo pudo haber ido a Damasco a reportarse.

Ommar creía que la misión habría terminado para ese entonces. El nuevo uniforme era indicativo de perdón militar, posiblemente el coronel que le disparó fue abatido sin tener tiempo para dar alarma de su insurrección.

Cuando Jehad llegó a Damasco antes de ir a su casa, en la que esperaba que Wissam se encontrara, pasó a la oficina del general Ayoub. Nadie lo recibió ahí. Un soldado secretario le entregó un papel con la orden de estar en ese mismo lugar a las mil doscientas horas del día siguiente.

La lagrima que soltó entre los brazos de Wissam no era solo por Ommar; una noche sin saber su futuro lo esperaba entre las sábanas de la mujer que lo sostenía. El temor de sentir inútil el intento por salvar a su amigo, el terror de que su palabra ya no valiera nada y su nombre se dijera en vano.

Los primeros dos años que duró la guerra civil, y conforme el ejército de Bashar y Maher se fue debilitando con las deserciones de

los negados a seguir las ordenes de los bárbaros, la Cuarta Brigada y los grupos del ejercito formados por alawitas, aun con todo su poder, nunca fueron suficientes para establecer un dominio total y simultáneo desde la costa mediterránea hasta el desierto iraquí.

El congreso aprobó hoy levantar la Ley de Emergencia. Nabil dice que todo va a seguir igual.

Jehad no durmió en toda la noche, tampoco quiso tocarme.

Wissam

Nadie supo de Ommar por cuatro días, hasta que una carta que encontró Nabil a la entrada de su casa dio aviso de su paradero.

Sin saber del arreglo al que Jehad había llegado con el general Ayoub, Ommar caminó vestido con su uniforme nuevo a la salida del hospital militar de Homs, deambuló por las calles de una ciudad que olía a muerte, su vestimenta alejaba a los civiles que compartían la acera y los soldados más jóvenes y de menor rango lo saludaban llevándose la mano a la frente. Sabía cómo llegar al cuartel de la Guardia Republicana en el área, pero en su puerta, las boinas de los que vigilaban la entrada de herrería que limitaba el acceso se parecían demasiado a la de aquel hombre que le disparó y que en caso de seguir vivo o estar mal herido, o con que hubiera tenido el mínimo tiempo necesario para entregar su reporte de la batalla, no le otorgaría la amnistía que necesitaba.

El uniforme no tenía sentido, ese error que hasta ahora parecía salvarlo tanto como la mano de Jehad que lo tiró al suelo.

Los hombres del desierto siguen siendo fuertes en nuestros días aunque ya no recorren a pie o sobre monturas los kilómetros de tierra o arena, y el este de Siria está lejos de las dunas. En Homs, poco tenía Ommar que hacer; había abandonado la idea de buscar a Jehad entre los suyos, era demasiado peligroso, pero si en la calle los rasos lo identificaban como superior, lo mismo debía pasar a las afueras de la ciudad, ventaja de las poblaciones que se forman alrededor de un solo camino, que evoluciona en carretera y solo deja dos caminos que bloquear.

A cada extremo de Homs, cinco tanques, siete camiones, tres barricadas de alambre de púas y madera, una ambulancia y ocho Mercedes Benz bloqueaban el paso, sitiando la tercera ciudad más grande de Siria.

Las barricadas estaban colocadas para conducir los vehículos a través de un zigzag que permitía interceptarlos con facilidad. Primera barricada a la izquierda, tres metros de paso libre hasta toparse con otra a la derecha. Tres metros más adelante, otra barricada a la izquierda, dos soldados alawitas con fusiles, apuntando sin respirar a la altura de la cabeza de los conductores.

Los tanques formaban una línea que extendía una frontera imaginaria, con sus cañones apuntando en dirección a cada punto cardinal. Un retén para peatones entre los dos primeros acorazados, que estaban colocados del lado Este, detenía a todos los civiles que intentaban cruzar la salida que llevaba al norte del país, rumbo a

Alepo. La misma formación se encontraba en la salida oeste, con la carretera pavimentada hacia Damasco, que tenía una parada de autobuses, alejada de la posta militar cincuenta metros hacia el sur.

Sin gorra de servicio, con la cara hinchada por el suero que le administraron durante horas y el caminar rengo y desbalanceado del que tiene un hombro herido, Ommar atravesó el retén llevando con firmeza su mano a la frente. Nadie preguntó nada, tal cinismo previo a la desbandada de deserciones no era todavía señal de alerta.

No se detuvo en la parada de camiones, avanzó a pie dieciséis kilómetros a treinta y ocho grados; aún no se sentían las temperaturas de verano.

En un país controlado por militares por más de cuarenta años, no era cosa rara encontrarse a un uniformado en la carretera, levantando el pulgar para pedir que alguien lo lleve de un lugar a otro. Los conductores de los vehículos no tenían otra opción más que detenerse, ya sea para conseguir méritos que les sirvieran al pedir un favor futuro, o bien para evitar la posibilidad de un minucioso rastreo de sus matrículas, que en caso de no parar, se alejarían en el horizonte.

Una mujer sunita que viajaba de Alepo a Damasco con su hermana menor lo recogió. Ni un comentario sobre los conflictos se dijo durante la hora y media que duró el trayecto. Alepo estaba demasiado alejado del resto del país y la protestas habían estado ausentes durante la primera etapa de esa guerra civil, escudada en revolución.

En la carta que Ommar escribió al llegar a su departamento y que luego dejó en la puerta de Nabil, escribió:

“Nadie que haya tenido que sostener un fusil con la idea de matar a un par es capaz de defender este sueño revolucionario. Ellos tienen piedras y si tuvieran balas se olvidarían de a quién le disparan, tal y como lo estamos haciendo nosotros. Al menos las guerras se aceptan guerras y no se disfrazan. La mentira que es Siria se está cubriendo con otro engaño.”

La carta terminaba avisando que se iba a Turquía; se refugiaría en la ciudad de Antioquía mientras las cosas se tranquilizaban. Solo que la calma tardó mucho en llegar. En poco tiempo los rebeldes se vieron con rifles americanos en sus manos, entonces, como lo escribió, se mataron entre iguales por meses que se hicieron años.

En la calle Hamra, en Damasco, Ommar dejó a las mujeres que lo llevaron, se bajó del auto cerca del viejo departamento de los Halabi y caminó por dos horas, esperando a que obscureciera por si la entrada de su edificio se encontraba vigilada. Cuarenta minutos escondido detrás del cartel de ofertas de una tienda de celulares cerrada le dieron paso libre. Los mukhabarat estaban demasiado ocupados en las protestas, tanto que a las semanas de que iniciaron, su estructura de

espionaje interno ocupó un segundo lugar entre sus prioridades. El enemigo había salido a la calle y no era necesario buscarlo en la cocina.

El silencio del viaje de regreso lo dejó poner su cabeza en orden. No tenía forma de saber de Jehad e ignoraba su posición frente los actos de los últimos días.

En su cuarto, abrió la puerta del armario, no supo qué llevarse y esperando tener una idea de por dónde empezar a empacar, se puso a escribir. Una vez terminada la carta, las dudas del que emigra se apoderaron de él; por cuánto tiempo, qué se lleva uno al destierro, exiliar es un aislarse, entonces qué hace del exilio una huida diferente, el dolor de dejar a los propios, el arrepentimiento prematuro, el exilio voluntario no existe y siempre se deja algo por lo que uno puede regresar, arriesgándolo todo, incluso lo que obligó a salir.

Decidió que tres camisas, dos pantalones, seis pares de calcetines y calzones, unos tenis y unas botas eran suficientes para expatriarse. Una muda de esas prendas se la llevó puesta, las llaves las guardó sin llavero en su cartera, ahí se quedaron por semanas, esperando el momento de volver a ser útiles. Luego las perdió.

Con lo que encontró en su baño se limpió la herida del hombro; de un cajón en la base de su cama sacó cinco mil dólares que dividió en fajos de quinientos y acomodó en las bolsas de su chamarra y de su pantalón. Dieron las dos de la mañana; la campana del reloj de cadenas que heredó de su madre, que heredó de su tío, que lo trajo del norte del país cuando los turcos arrasaron el pueblo en el que vivían antes de ser expulsados y hacerse sirios, le avisó que era momento de regresar al territorio que dejó ir a los de su nombre.

Nabil encontró un sobre blanco, cerrado, abajo del tapete que usaba para limpiarse el polvo de los pies; lo abrió e inmediatamente le habló a Lana y esta le marcó a Dimah, que le avisó a Wissam. Ella estaba desnuda encima de Jehad, después de una abstinencia forzada por la depresión de la incertidumbre, no por la falta de noticias de Ommar, de él, Jehad ya sabía que solo le quedaba esperar que no la estuviera pasando tan mal.

El general Ayoub, cuando recibió a Jehad al día siguiente de su regreso, en lugar de castigarlo lo asignó como jefe de interrogatorios en la Cuarta Brigada; el reproche convertido en prueba de lealtad, la culpa del fallo como excusa para hacerlo tan parte de algo, que jamás podría separarse de lo que estaba a punto de ejecutar.

Wissam, Jehad, Lana y Nabil se volvieron a encontrar en el barrio cristiano; acordaron verse en una cafetería que vendía helados Häagen-Dazs, importados sin que nadie supiera cómo entraban al país y menos qué hacían para mantenerlos congelados cuando, ya casi al final de la guerra, los apagones dejaban sin energía eléctrica a una

cuarta parte de la ciudad por varias horas, a intervalos regulares.

Desde el momento en que se conocieron, Ommar encontró en Nabil un discurso que jamás había escuchado en su misma mesa; se sorprendió por la fuerza de sus convicciones, como lo hace una adolescente de escuela liberal cuando va a su primer mitin. El valor de las acciones del joven cineasta se sobreponía a las ocupaciones diarias del mukhabarat y durante el corto tiempo que pasó en recuperación en el hospital de Homs, esas palabras abrieron la puerta para que encontrara en él a alguien en quien confiar.

Ommar se comunicó dos veces por teléfono con Nabil desde Turquía; en la primera llamada le contó sus torpezas al cruzar la frontera. Solo había salido de Siria para ir a Beirut y a Bagdad, pero durante el tiempo que frecuentó Líbano, incluso después de la retirada de las tropas Sirias en abril de 2005, ir a Beirut era ir a una provincia de Damasco. Bagdad era distinto, pero era tal la corrupción que se había permeado del régimen de Hussein al de la renovación, que los códigos eran iguales a los de Siria.

En el puesto fronterizo que protegía las puertas de la nación otomana, Ommar tuvo que hacer una fila de siete horas y le tocó el turno mil quinientos treinta y dos para revisión de documentos. Tartamudeó ante las preguntas del oficial turco, que se aprovechaba de la fragilidad de los miles que huían y cuestionaba con particular crueldad el número de familiares muertos que dejaban en sus casas. Peor era el tono cuando la pregunta se refería a los vivos.

El nerviosismo de Ommar desató su desesperación por las ganas de que eso terminara; llegó a pensar en regresar y salir corriendo en dirección contraria. Entonces sacó cinco billetes de cien dólares de la bolsa interior derecha de su chamarra y los extendió con una practicada sutileza en la mano de su interrogador. El suplicio terminó y llevándose a la espalda su maleta de tela sin forma, llegó a un país en el que no entendía la lengua; su padre se había negado a enseñarle el turco. Dejando atrás el árabe, comenzó a defenderse con su rústico inglés.

La segunda llamada a Nabil entró tres meses después. Wissam ya estaba en México. El pasaporte de Ommar había vencido en su exilio, dos semanas antes de tomar el teléfono y usar sus últimas monedas americanas para rentar el aparato, que se encontraba en el interior de una casa cuyos ocupantes habían encontrado negocio en la nostalgia de los exiliados que buscaban comunicarse con sus familiares de forma discreta y privada. Nunca pensó que tardaría tanto en poder regresar. La fecha estampada en su documento de viaje y la imposibilidad de renovarlo sin dar aviso de su deserción, hacía oficial el temor que sintió al empacar su ropa. Ya no tenía país.

Vi en Al-Jazeera, que le han negado la entrada a todos los periodistas extranjeros que han querido entrar a Siria, solo quedan algunos que ya estaban asignados al interior. Dos de ellos, un Saudi y una francesa, murieron en un ataque de mortero en Homs, la ciudad que se ha transformado en el centro de los levantamientos.

Sigo sin hablar con Hassib. Lana es distante con su padre pero yo no siento la menor culpa.

Mi visa está a poco más de un mes de vencer. No quiero pensar, no quiero despedirme de Jehad, no sé si quiera venir conmigo.

Todo mundo sabe que los amores de viajes tienen algo que no funciona.

Mañana cenamos en casa de Nabil. Llevaré a Dimah, que está triste por la ausencia de Ommar; no le queremos decir lo que le pasó, no serviría de nada.

Ayer, teéta se cayó de la escalera y se lastimó la cadera. En el hospital la atendieron antes que a nadie, antes que a los heridos de las marchas, que ya se dan día con día en las calles de la ciudad. Salvo eso, la vida sigue igual, solo algunos comercios que venden cosas que vienen de otras ciudades están cerrando, los demás están abiertos y llenos de gente, hasta encontré en una tienda una botella de vino chileno que abriremos mañana. Jehad quiere probarlo, también Lana, por eso es la cena. Todos están emocionados.

Wissam

La botella de carmenere se quedó en el departamento; su corcho permaneció intacto. A las cuatro de la tarde, tres horas antes de la cita en casa de Nabil, Lana apareció en Koura, con el kejel de los ojos corrido y tan nerviosa que apenas pudo completar una frase sin tartamudear. Había subido al suburbio en un taxi y, por miedo a que el chofer fuera ser un mukhabarat, no pudo decir una palabra de lo que le ocurría, así que el conductor pensó que se trataba de un problema sentimental, llevado al más grande de los dramas por la joven mujer cristiana. Cuando por fin se detuvieron frente a la puerta de teéta Mina, Lana bajó tan rápido que no le importó recibir el cambio que le correspondía. Las monedas cayeron entre la puerta y el asiento trasero, y ahí se quedaron.

Antes de partir hacia Koura, Lana había hablado con su padre para contarle lo que pasaba. Él la ignoró porque estaba con su mujer y los otros dos hijos, atendiendo un asunto al que le daba más importancia: una reunión con un abogado que le permitiría congelar los tramites sucesorios de la propiedad de Noura hasta que la abuela de la familia muriera.

Lana había llegado a casa de su novio unas horas antes, para ayudarlo a preparar la recepción de los invitados: colocar la mantelería sobre la mesa, limpiar las copas, que rara vez se usaban, y jugar un poco a ser un matrimonio que vivía en el mismo techo desde hacía años. Al acercarse a la calle en la que estaba la casa de Nabil, algo raro en la atmósfera la hizo acelerar su paso: tres señoras con dos niños agarrados de la mano platicaban reunidas a unos metros de la entrada del domicilio del cineasta: mostraban la misma consternación que se tiene al presenciar un accidente de auto. Señalaban a ambos lados de la calle; primero hacia el sur, luego con la mano extendida, con los dedos abiertos en el aire y girando su muñeca, contaban de cinco en cinco los veinte hombres armados que rompieron la puerta del domicilio y, tras unos minutos de gritos y lucha que se escucharon alrededor, arrestaron a Nabil. Las señoras señalaron hacia el norte, apuntando en la dirección a donde lo habían llevado sosteniéndolo de los brazos, arrastrando sus pies por el suelo hasta meterlo a una patrulla militar, una camioneta que no tenía ventanas. Cuando Lana se acercó al grupo de mujeres, pudo ver en el piso las líneas que los zapatos de Nabil habían dejado marcadas, junto con las pisadas de las botas castrenses.

Lana sabía que a esa hora su prima estaría aún en el departamento de Jehad, arreglándose entre la tranquilidad de sus

paredes, pero no conocía la dirección y buscó a su tía para que la llevara con ellos. Podía esperarlos, pero fue hasta Koura porque no podía aguantar sola la ausencia. Si hubiera llegado un poco más tarde, los habría encontrado ahí, recogiendo a Dimah. La inquietud que provoca el no saber regala los peores pensamientos en una sociedad acostumbrada a la fatalidad. Corrió a las afueras de Damasco para sentir algún tipo de apoyo familiar y buscar cubrir una necesidad de desahogo, de empatía con lo que a sus más directos no les importaba, por estar demasiado atentos a ellos mismos.

Jehad y Wissam tardaron en llegar: a medio camino, una protesta que se tornó violenta los obligó a cambiar su ruta. Al día siguiente se enteraron de que veintiséis personas murieron por la respuesta de la policía a esa marcha; los uniformados empezaron arrojando gases y terminaron dirigiendo sus rifles y pistolas al centro de un grupo de personas que se habían atrincherado envolviéndose con sus brazos para protegerse de las balas.

Nabil tenía razones de más para verse objeto de un arresto: un hermano menor, de dieciocho años, que a las nueve semanas del inicio de las revueltas se encontraba haciendo el servicio militar y desertó para unirse a una de las facciones del ejercito de liberación; además, su trabajo personal era una provocación para un régimen que no quería verse perturbado. Las últimas semanas, varios de sus amigos habían sido detenidos en protestas; cualquier reporte de inteligencia habría supuesto que él se encontraba en ellas. Desde antes del inicio de los disturbios tenía contacto con grupos disidentes clandestinos, contrarios al partido baath, y para darle más argumentos a la policía, un mukhabarat desertor había sido visto rondando su casa unos días antes.

Al llegar a Koura, Wissam abrazó a su prima, que asomándose sobre su hombro no le soltó la mirada a Jehad: la cabeza de alawita lo delataba, su cercanía con los represores se le dibujaba en la silueta. Cuando él abrió la boca para ofrecer ayuda y encontrar el paradero del cineasta, Lana se le lanzó encima dándole golpes en el pecho. Se había terminado el tiempo de parecer neutral y Wissam era la primera en tener que tomar partido. El doble discurso que le permitió a Occidente tolerar los crímenes que se llevaron a cabo en Siria no era posible para los que, día con día, vivían las aberraciones del ser humano.

Para fortuna de Nabil, sus padres habían muerto; primero uno y luego el otro, a principio de los años dos mil. No era necesario entonces preocuparse por decirle a unos viejos que su hijo estaba desaparecido y se encontraba a merced de quién sabe qué. Del hermano menor no se sabía nada, la última noticia que Lana tenía era que se encontraba en Alepo, agrupándose con otros rebeldes para

emprender una ofensiva cerca de la frontera turca. El dolor máximo era el que se sentía en esa sala, en la que una joven sufría por desconocer el paradero de un hombre y todos los que la rodeaban se imaginaban por lo que podría estar pasando, sin atreverse a describir en qué situación era la más probable que se encontrara.

El arresto de Nabil era idéntico a los que Jehad efectuó en Daraa y en Homs, igual a todos los que ocurrían en el país desde hacía cuarenta años, pero agravados con el tiempo, por la evolución de las técnicas que le permiten a los hombres inferir sufrimiento a los de su especie. De esas técnicas sabía Jehad, así que recibió seis golpes sin cubrirse la cara, hasta que su novia y la amiga de toda la vida contuvieron a Lana.

Durante el tiempo que duró la discusión en la planta baja de la casa, Mina no salió ni por un instante del cuarto en el que dormía. Dimah temía que los gritos llamaran su atención y se asomara a callarlos; de hacerlo, posiblemente buscaría por teléfono a Hassib para que recogiera a su hija, pero eso no ocurrió. Cuando Lana se desvaneció en los brazos de su tía, derrotada por el cansancio, un golpe que venía del pasillo en la planta alta se escuchó, la abuela azotó su puerta para que se dieran cuenta de que sus problemas tampoco eran los de ella. Si alguien quería matarse en la sala, era mejor que no le hicieran demasiado ruido para no importunarla.

Lana se sentó en un sofá. De la cocina, Dimah trajo un vaso de agua y Jehad, acompañado de Wissam, salió al porche de la entrada para fumar un cigarro. Intentaron compartirlo, pero después de dos fumadas, ella no lograba soltarlo de entre sus dedos y él prendió uno para sí mismo. En un árabe que ya no sorprendió a Jehad, Wissam le preguntó si sabía dónde estaba Nabil; entonces él contestó también en árabe y ella no pudo entender lo que dijo. Wissam alzó la voz y llamó a su tía, Dimah dejó a su sobrina en la fragilidad y los tres platicaron por media hora. En el interior, solo se escucharon sus murmullos.

Nabil estuvo desparecido por quince días; durante ese tiempo, Damasco se inundó en protestas callejeras, doscientos cuarenta y cinco personas murieron esas dos semanas.

El padre de Lana no se dio cuenta de que su hija llegaba a su casa solo a dormir; él y su mujer estaban contentos porque no escucharon hablar del novio cineasta y sus llamadas cesaron. Jehad trató de averiguar su paradero, pero ni el general Ayoub ni sus compañeros de servicio parecían estar enterados del arresto, existían dos opciones: o el Mukhabarat sabía de su relación y era mejor que él no se enterara de nada, o la cantidad de detenidos era ya tal que uno más se perdía entre la multitud, que saturaba las cárceles para criminales que eran inocentes, los cuartos de interrogatorio, las fosas comunes o las escuelas transformadas en prisiones, a las afueras de la ciudad.

Wissam, Lana y Jehad recorrieron todas las clínicas, hospitales, incluso las tres veterinarias de Damasco con la esperanza de encontrarlo en una cama.

Mientras, Dimah subía el café de su madre al cuarto que compartían y teéta Mina le gritaba por no recoger a tiempo la taza vacía de la bebida anterior, haciéndola menos en el momento de dar el último sorbo, acusándola de haberla olvidado, diciendo que ella esperaba que se muriese, para no tener que levantarse en las mañanas y lavar los platos.

En los hospitales se encontraron con cuartos vacíos y filas de heridos en sus puertas, Jehad logró entrar a ellos identificándose. El Mukhabarat rodeaba los accesos de cada centro médico en búsqueda de protestantes y disidentes que arrestar. A medida que los disturbios fueron evolucionando, la atención hospitalaria fue prohibida poco a poco para todo aquel que hubiese participado en las revueltas. Solo militares, policías y allegados al régimen tenían derecho a servicios de emergencia. Los enfermos crónicos que se encontraban dentro, si tenían entre sus familiares a alguien que debía ser detenido, comenzaban a estar faltos de medicamentos y auxilios. En el último hospital al que entraron, un adolescente que había perdido un brazo y se desangraba en la entrada pidió ser arrestado para que le salvaran la vida, se arrojó a los pies de un militar de boina roja y le besó las botas. Jehad se contuvo para no decir nada e impidió que las mujeres que lo acompañaban hicieran el menor gesto. El niño, que empezaba a ser adulto, murió frente a ellos y ante los ojos de otras cuarenta personas. Era demasiado joven para saber algo, para tener información sobre la resistencia, carne de cañón que en su sueño de libertad, aceptó estar al frente de una marcha, en la primer fila. La edad lo mató, su vida importaba nada a cualquiera y nadie encontró un porqué para salvarlo. Levantaron el cuerpo del adolescente cuando Wissam y sus acompañantes se marcharon; dos militares de bajo rango lo aventaron a la caja de una camioneta de carga, en la que otros cuatro cuerpos estaban amontonados, disidentes que aceptaron las consecuencias de ser admitidos y fueron torturados por médicos que eran obligados, a punta de pistola, a provocarle mayores dolores a sus pacientes que aquellos que los hicieron acudir a ese lugar.

A los dos jueves que inició la búsqueda de Nabil, Jehad recibió la orden de interrogar al doctor Alí al-Fandi, un cirujano que, según reportes de inteligencia de la Cuarta Brigada, había habilitado su casa como hospital para recibir a los heridos a los que se les negaba el acceso a los quirófanos oficiales. Un grupo de militares que reportaba a Jehad vio al doctor al-Fandi sacando de contrabando por la puerta trasera del hospital: sueros, antibióticos y materiales de curación para guardarlos en la cajuela de su auto. Una enfermera que lo

acompañaba en ese momento, y que fue detenida horas después, confesó que en el interior de la casa de al-Fandi se encontraba un hombre que fue recogido por el doctor, luego de andar deambulando en la calle y sin rumbo por varios días. Su descripción indicaba que se trataba de Nabil.

Veinticuatro horas antes que la policía secreta tuviera que entrar a la fuerza al domicilio de al-Fandi, Jehad se armó de valor para contarle la historia a Wissam y a su prima. Lana apretó tanto su mandíbula mientras lo escuchaba, que los músculos de la cara se marcaron por encima del cuello; la posibilidad de encontrar a su novio, de recuperarlo y salvarle la vida, exigían solapar una acción del Mukhabarat y posiblemente comprometer la vida de un hombre que se arriesgaba para ayudar. La elección fue fácil: cuando la vida de un cercano está en peligro, la del ajeno cuenta menos, se hace inexistente y solo vuelve a la cabeza en forma de conciencia. La naturaleza del primitivo. Al final, los humanos empezamos a andar en dos patas hace muy poco.

Jehad condujo en su Honda a las dos mujeres. Lana y Wissam ocuparon el asiento trasero para poder disfrazarse, vistieron el hiqab para poder cubrir sus rostros. Cuando llegaron al sitio, bajaron y tocaron la puerta. Jehad mantuvo el auto encendido, vigilando que nadie se acercara. En esos casos la identidad religiosa importa poco y solo tiene un papel cuando nos es útil.

Al abrir su puerta, Al-Fandi comprendió que a su vida le quedaba poco, no quiso preguntar cómo las mujeres se habían enterado de la existencia del hospital clandestino, pero adivinaba que alguna boca poco prudente había marcado el final de sus días. Sabiendo eso, lo importante era que el menor número de pacientes permaneciera en sus cuartos cuando la policía llegara. Sudor de angustia, temblores de miedo al subir la escalera que llevaba a las habitaciones, un hombre herido con la cara sangrada y la piel levantada, con una sola oreja completa y la otra desfigurada, una manta que lo envuelve y se atora entre los pies. A la hora de bajar hacia la puerta de entrada, Nabil dejó de respirar por un instante. Entró con dolor por la parte trasera del auto, sentándose entre las dos cristianas disfrazadas de musulmanas. Lo habían rescatado y llevaron de vuelta a su casa; la policía no buscaba dos veces en el mismo sitio.

Esa fue la primera noche que Lana pasó afuera del hogar paterno, el peor primer despertar con su pareja.

La resignación de Hassib al escuchar las razones de la falta lo obligó a guardar silencio; la indiferencia le había impedido conocer a su hija y temió por su vida, como lo hizo mucho tiempo antes por la de su hermana. La situación era la misma, pero el país era muy distinto, y ya no se podía salir de Siria tan fácil.

La herida de Nabil terminó de sanar y la pequeña oreja desfigurada terminó como una simple marca de ese evento. No pasó lo mismo con sus recuerdos. La noche que fue arrestado, pensó que iba a ser víctima de un interrogatorio, pero en su lugar, fue llevado al sótano de una casa en el que dos varones se encontraban desnudos y de rodillas en el piso, cubriéndose la entrepierna con las manos esposadas, más por miedo a los golpes bajos que por vergüenza. A Nabil lo colocaron en la misma posición pero lo dejaron con su ropa; un hombre vestido de civil, con chamarra de cuero y botas de combate, sacó su pistola, orinó en sus caras y le disparó a cada uno en la cabeza. Él fue el segundo en recibir la bala, no tuvo tiempo de enterarse de lo que estaba pasando ni sintió el calor del proyectil rozándole el párpado y cortando su oreja. Cayó inconsciente, con suficiente sangre a su alrededor para darlo por muerto. Lo envolvieron rápidamente en una sábana y lo arrojaron en una fosa común con tantos cuerpos que, cuando despertó y logró salir de su envoltorio, no fue capaz de contar cuántos muertos lo rodeaban. De eso sacó ocho costillas rotas que ya no lo dejaron fumar más, por no soportar el dolor del hueso mal soldado apretando sus pulmones.

A la mañana siguiente, Jehad y dos boinas rojas rompieron la puerta de madera de al-Fandi. El alawita había entrado con su pistola en la mano y al ver al doctor levantar sus manos en señal de rendición, le disparó en el pecho, mientras él se arrodillaba, recitando un verso del Corán. Lo mató para no torturarlo, una decisión que tomó desde la noche anterior. Un respiro de dignidad para alguien que no tendría derecho a ser enterrado.

Lana ya no me busca. No quiere saber nada de nosotros, tampoco va a visitar a Dimah y a teéta.

Nos adaptamos rápido a nuestro entorno, el dolor queda en los pisos donde se derramó la sangre. Soy víctima de esta guerra, perdí a mi familia sin que me maten a uno solo. La miseria de los primeros que me abandonaron es la misma que la que hizo que Lana se refugie lejos de mí.

Ya me quiero ir a México, pero de nuevo, no quiero dejar a Jehad y no sé si él podrá acompañarme. Ya no recita poemas de memoria.

Extiendo de forma incomprensible mi permanencia en el país del dolor.

Wissam

Como se estaba haciendo costumbre, incluso después del rescate, Wissam y Jehad no comentaron nada sobre Nabil o lo que ocurría en las calles de todas las ciudades de Siria, todas salvo Alepo.

El arresto del novio de Lana alejó la atención de Wissam sobre la casa de Noura, el objeto de su viaje que parecía encapsulado en la resignación.

Dimah, aprovechando el evento, había evitado toda confrontación hacia su hermano y madre con el tema de la herencia, pero cuando Wissam empezó a pasar más tiempo con su abuela y preguntó a Dimah si tenía alguna noticia de los planes de Hassib con Koura, apareció el carácter esquizofrénico de los diálogos mitómanos de una familia, habituada a la ficción.

En una búsqueda de recursos que aumentaran el rencor contenido que sentía hacia su tío, con una extrema amabilidad que dibujaba un cierto desinterés, útil para ocultar los golpes de la traición, Wissam se sumergió en conversaciones que le provocaban todas las dudas posibles. Las jornadas de Jehad fuera de casa permitieron a la mexicana pasar esos momentos incómodos con su tía.

—Hassib no va a vender la casa.

—Hassib espera a que teéta muera para dejarme en la calle.

—Un abogado me puede ayudar a cambiar el título a mi nombre, o al tuyo, solo pide cien mil libras.

—Hassib va a vender su departamento para mudarse a Koura, también ofrece cambiármelo. Pero en Doummar, la gente dispara en la calle y teéta ya es vieja.

—Hassib dice que la casa no le interesa, se lo dijo a un abogado, se lo dijo a teéta.

—Nos podemos mudar a Damasco, solo hay que limpiar el polvo y cambiar la puerta, ayer mataron a un niño frente a ella y las marcas de las balas están en la madera.

—Wissam habibi, a veces Hassib es más un enemigo que un hermano.

—Habibi, es su mujer, esa mujer.

—Habibi, Hassib está resolviendo todo.

Los argumentos que se usaron para descubrirle a Wissam tanto la situación de esa propiedad como de otras peculiaridades de su familia llegaron a su fin en el último correo electrónico que Dimah le escribió, unos meses después de su regreso a México.

El vencimiento de la visa de Wissam estaba próximo, y en ese momento su renovación parecía más una cuestión de voluntad que un

trámite burocrático.

Cuando Jehad volvió de estar dos noches a las afueras de Idlib, regresaron las llamadas a las tres de la mañana. Llamada a las cinco, los dos llegaron a extrañar los golpes de Ommar en la puerta; el chofer personal del general Ayoub pasaba por el alawita, quien se paraba de la cama taciturno, con un aire melancólico que callaba los lugares que visitaba, más aún sus propósitos. Ningún souvenir se trajo de esas ciudades, Wissam ya tenía todos los posibles de su viaje anterior y había que evitar todo recuerdo de la Siria actual. Tampoco había historias que contar; hasta un barrendero, un levantador de encuestas o un recaudador de impuestos tenían en sus labores temas más públicos y confiables que los que Jehad podría enumerar al regreso de su trabajo.

La decisión que llevó a Wissam de regreso a su país se tomó a la vuelta de la cuarta encomienda punitiva de Jehad.

La fragilidad que en ese hombre se había visto, luego del primer viaje a Daraa y la huida de Ommar, representaba un dolor externo. Cuando la herida llegó, como había llegado esa noche, tan adentro que en la superficie no se podía ver el menor rasgo de sufrimiento, era evidente que alguna frontera se había cruzado. A ese regreso no lo acompañó un beso, apenas un ligero abrazo. Si la sensibilidad de Wissam hubiese sido como la de la mayoría, que ven la vida pasando entre sus días, ella habría pensado que el enojo, sin importar su origen, era el responsable de la frialdad que entró por aquella puerta. Wissam sabía el significado de las emociones que calladas gritan, las había estudiado en su formación y vivía de resolverlas, estas nunca son inteligentes, el oxímoron intrínseco a los conceptos de inteligencia emocional, tan de moda en Occidente, la perturbaba al punto del arrebato. Eso, lo de la cabeza, era el campo para la razón; el corazón y las entrañas dependen de él y no pueden actuar solos. Lo que ocurría dentro de Jehad era una reacción primitiva, autoprotección animal que está distante del pensamiento, el instinto de conservación que le impide a uno reflexionar sobre lo que ejecuta, porque cuando lo hace, cuando las acciones más brutales son pensadas desde el terreno de lo humano, no hay roble que aguante de pie por mucho tiempo.

—Torturé a un hombre, torturé a muchos hombres.

Wissam no supo que decir, había solapado por amor y preferido la virtud de la ignorancia: el que no sabe lo que no quiere saber, perdona; el que conoce porque tiene la verdad, entiende pero no olvida. Ella necesitaba escucharlo para tener una idea de lo que decía, de qué se trataba. La urgencia de Jehad por liberarse de sus fantasmas era tan grande que los dos olvidaron sentirse, no era tiempo para placeres. El momento de la confesión absoluta que no busca redención, sino aligerar la carga compartiendo. Lo que roía en el

estómago de Jehad era más íntimo que el sexo.

La frase del alawita explotó como olla de presión, incontenibles palabras dieron pie a un monólogo explícito de dos horas, en las que él relató paso a paso lo que venía haciendo desde que su general vio en la ejecución del doctor al-Fandi un símbolo de incondicionalidad. Transformarlo en verdugo era el premio de pertenecer. Finalmente, totalmente.

Jehad volvió a Daraa, a Homs, a las cercanías de Latakia, a Bosra en el sur; a unos metros del anfiteatro griego que vio hace dos mil años representadas las más grandes tragedias, pero unas mayores se escucharon en un pequeño cuarto, abandonado por una expedición arqueológica francesa, que fue acondicionado por él mismo como sala de interrogatorio. Tres confesiones por día, a veces sacadas de la boca de un solo hombre, más muerto que vivo.

Para mantener su estatus, Jehad accedió a convertirse en lo que fuera para no dejar de ver a Wissam; para seguir teniendo acceso a cualquier órgano del Estado que ella necesitara para permanecer en el país, para poder seguir pagando las cuentas de los restaurantes a los que ella no le pedía ir. La irracionalidad del que nunca había estado enamorado y por fin encontraba a alguien: era ese el argumento que lo motivó y le permitió seguir órdenes. Ninguno de sus superiores jamás lo amenazó con quitarle sus privilegios, pero tampoco le mencionaron a Ommar o a Nabil. No era imprescindible poner sus nombres sobre la mesa para que él se sintiera vigilado, sabía que ellos conocían en qué era vulnerable. Solo una vez le preguntaron por ella, por la sirio-mexicana, a quien no había presentado.

En su tercera comisión a Daraa, lo introdujeron a una de las escuelas transformadas en cárcel. Le abrieron paso a las aulas con las bienvenidas de los poderosos. Cincuenta hombres y mujeres estaban encerrados, sentados en el suelo de un salón con los vidrios pintados con laca negra, sin un foco que permitiera ver sus rostros. Ahí, el general Ayoub le señaló a un abogado que ya no tenía zapatos. El hombre había sido sentenciado; cuatro boinas rojas lo cargaron a la oficina de dirección del colegio, en la que aún se conservaban los pizarrones que anunciaban los horarios de clases. Jehad y el general los siguieron.

En esa oficina desnudaron a la fuerza al legista.

Como un maestro que espera la atención de su alumno para que este repita sus pasos, el general le mostró a Jehad una gran bolsa con sal de grano, tomó un puñado y con la ayuda de los boinas, arrojó todas las piedras en la boca del condenado. El segundo puño fue obra de Jehad, que le llenó al abogado hasta los molares por haber escupido el primer tanto. El sabor de la tumba debajo de la lengua. Paso a paso, cada acto de tortura se llevó en dos partes, como las

jugadas del backgammon que Jehad recordaba entre risas. La academia de la tortura no es tan distinta a la de cualquier otra disciplina.

Mientras escuchaba ese relato, Wissam se asomó a la cocina. El salero que se escondía entre las especias cobraba la forma de un arma y su respiración se agitaba. Son metódicas las etapas por las que pasa el que escucha lo innombrable: nervios, sorpresa, náuseas, rechazo y costumbre.

A ese abogado luego lo sacaron al patio de la escuela. Jehad fue instruido en la Dulab; una llanta de camión colgada de un árbol con cuerdas fue usada para sostenerlo en el aire, con la culata de un Kalashnikov le destrozaron a golpes las plantas de los pies, todos esos pequeños huesos se quebraron en decenas de pedazos. Cuando por fin lo bajaron, no pudo caminar de vuelta y al insertarle el cañón del arma rusa entre las nalgas, un infarto cobró la vida del desdichado. No le hicieron una sola pregunta; la tortura más inútil es la que ni siquiera busca repuestas. Solo querían que sus compañeros de celda-salón, escucharan sus gritos. Tres menores de veinte años confesaron haber pensado en derrocar al régimen. Solo lo pensaron y fueron fusilados sin que les tocaran un pelo.

En el departamento, Jehad caminó atrás de Wissam y le extendió la mano sobre el hombro; ella pasó la suya por encima y le sostuvo con fuerza. Su sufrimiento, discreto en su mueca, daba compasión, incluso más que la que se sentía por los muertos.

El relato los llevó a Homs. Una enfermera cristiana fue crucificada por Jehad y Abd al-Hamid, un aprendiz de veinte años puesto a su cargo, alawita también. La dejaron atada toda una tarde, solo la bajarían si su cuerpo se traicionaba a sí mismo y lograba defecarse encima. Ella debía estar limpia y su cuerpo vacío para cumplir la amenaza de violarla sin tocarle el sexo. Dos cajetillas de cigarros fueron apagadas en su cuerpo antes que eso sucediera; tampoco le hicieron preguntas. El puesto de Jehad como agregado de la Cuarta Brigada daba menos información que resultados y sus superiores estaban contentos con su desempeño.

Jehad le juró a Wissam que no había tocado a la mujer; su cinturón se quedó sosteniéndole los pantalones mientras veía el piso y escuchaba a los de boina hacer lo suyo. Entonces Wissam olvidó que era mujer; la narración cargada de violencia hizo que la condena a la violación dejara de ser una cuestión de género.

Recordar el destino de Ommar le facilitó a Jehad cumplir órdenes, su misión de inteligencia trató de infligir castigo a los que osaban rebelarse. Un niño de dieciséis años fue el que más resistencia puso; durante su tortura escupió en la cara de Jehad hasta quedarse sin saliva. Provocador el adolescente, lo mantuvieron colgado de una

viga con los brazos extendidos hacia el techo por veinte horas, los pulgares de sus pies desnudos tenían que permanecer en contacto con el piso y por cada vez que los doblaba o sus talones acariciaban el suelo, Jehad le encarnó en los muslos una diminuta navaja dentada, tan pequeña que solo alcanzó a perforarle las primeras capas de la piel, que se rasgaban al retirarla arrastrándola hacia abajo. Ciento cincuenta cortadas con igual numero de escupitajos fueron dados, después lo arrojaron al fondo de un improvisado pozo, al que se lanzaron los cuerpos de torturados más afortunados. La cal que un bulldozer depositó sobre ellos para que el olor no se extendiera debió haberlo asfixiado o entrado a sus heridas hasta desmayarlo.

Wissam tardó en saber cómo reaccionar ante lo que escuchaba; ni las más profundas perversiones del humano preparan para el instante en que se confirman las ocupaciones lacerantes del amado.

Ella extrañó la benevolencia que permitía el saberlo un soldado aunque hubiera sido asesino. Los de esa especie gozan de los perdones del combatiente; la historia ha permitido que sus muertes se cuenten en otra categoría por tratarse de iguales. Cuando un civil como el doctor al-Fandi era liquidado, su conversión al lado del enemigo daba razón para que un disparo como el que dio Jehad entrara al rubro de lo justo. Además esa muerte con nombre, la única que ella sabía realmente, tuvo otras razones que la hacían válida.

La dificultad para encontrar disculpa atemorizó a Wissam, que se sentía distante al hombre que estaba frente a ella, al que había esperado y a quien se le entregó por su dulzura. En ese país al que poco la aferraba, más que el poder de lo que se piensa propio, Jehad era el cimiento de una construcción nueva, que se podría desmoronar en esos instantes.

Wissam vomitó en la cocina. Nada previene a esas confesiones. ¿Qué amor es tan fuerte para permanecer al lado del verdugo? y sin embargo, por cientos de años, los que con la cabeza cubierta cortaban cuellos en plazas públicas han tenido con quien compartir la cama y el desayuno. Ninguno de esos hombres se comprometió en pareja anunciando su ocupación; así la base con la que conformaban sus vínculos era más fuerte que ellos mismos.

El perdón deja de ser disculpa por la fuerza de la cotidianidad que enfría todo, como pasa con el sepulturero que es capaz de contar a sus hijos cómo le fue en su día.

La ternura de Jehad, los versos en sus primeras citas, la camaradería que se dio inmediata, que solo encuentran los más de los seres en las incipientes relaciones de la infancia, lo estaba salvando; de sí mismo, del juicio de Wissam.

—¿Qué más has hecho?

Las religiones han encontrado en la confesión el arrepentimiento

y en el arrepentimiento, la exoneración de los pecados. La simplificación de los hechos a través de las palabras, por considerarlas tan complejas que con ellas lo más miserable podía quedar en el pasado. Eso mismo hizo Wissam con su pregunta. En la respuesta, encontró una solidaridad displicente a la barbarie de lo que ocurrió en Bosra: tres detenidos fueron transportados a la bodega que un grupo de arqueólogos había abandonado en la ciudad, olvidando cajas y cajas de objetos que estaban destinados a museos de historia. Una mesa plegable le permitió a la Cuarta Brigada hacer uso del Bisat al-Rih, la alfombra voladora. El primer preso, el más viejo, al que sus pies y manos fueron amarrados a cada pata de la mesa, era el empleado de una tienda de pintura para casas que cometió el error de vender dos cubetas de esmalte blanco a los infelices que lo acompañaban: estudiantes universitarios que cursaban la carrera de economía y borraron con sus manos, con brochas empapadas de lo que habían comprado, un mural de su facultad con el rostro de los Assad, padre e hijos.

Ataron al vendedor boca abajo, Jehad dio una orden y su aprendiz, con la asistencia de tres soldados de la Cuarta Brigada, doblaron la mesa hasta que manos y pies se tocaron. Con las vértebras rotas el hombre seguía vivo, suplicando que alguno de los armados lo matara.

Para los tres rebeldes, la sesión de tortura duró seis horas. El vendedor, que tenía el torso desconectado de las piernas y solo unido al resto de su cuerpo por los músculos y la piel, fue testigo de cada cosa que le hicieron a los universitarios. A uno lo obligaron a besar una foto de Bashar y luego lo degollaron, con un cuchillo de caza le arrancaron la cabeza. Sosteniéndola del cabello, se la entregaron colgando a su compañero.

Ni los mongoles cuando conquistaron los pueblos del Levante fueron capaces de tanta crueldad. Ellos hicieron que las cabezas de sus enemigos formaran una montaña para poner sus sillas sobre de ellas y así reclamar su triunfo, pero era el siglo XII y jamás dejaron que sus contrarios se humillaran estando vivos.

—¿Hay alawitas entre ustedes? —preguntó el aprendiz de Jehad al que sostenía la cabeza, en busca de detractores.

Patada en las costillas, golpes en la cara, entre las piernas, en la espalda. Cada que el detenido soltó la cabeza, tuvo que recogerla arrastrándose a gatas por el suelo. Lo forzaron a responder viendo los ojos de lo que quedaba de su amigo, como si fuera este quien le hiciera las preguntas. El joven fue forzado a relatar su vida desde su niñez, hablándole al rostro que levantaba con sus manos, frente a su boca. Luego le dispararon en la sien. La cabeza rodó abajo de la mesa y soltaron los amarres del vendedor; entonces los interrogadores

salieron del cuarto y dejaron a su suerte al hombre de las pinturas, que en su primer intento por moverse cayó al suelo y vio su cadera apuntando a su espalda.

Jehad gritó frente a Wissam los lamentos que el pobre de las pinturas berreaba. Jehad solo esperaba que su muerte hubiera sido rápida y el flagelo se terminara, para el vendedor, para él.

Con los gritos, Wissam saltó de su asiento, se refugió en la esquina bajo la foto de Maher y vio los ojos rojos de Jehad contenerse, su boca desfigurada despertó la compasión y ella se acercó a abrazarlo.

Jehad ya no tuvo más que decir, tampoco Wissam. El alawita actuó la mayor parte de la conversación; el inglés que había aprendido no le daba para explicar sus acciones. La mímica bajó el tono del horror inmediato y este se asentó en la reflexión de lo ocurrido. La presión se había liberado.

Las religiones del mundo no se han equivocado, lo dicho queda en el olvido porque así es más sencillo seguir viviendo. Instinto de supervivencia compartido. Se perdona al amado, se ama para perdonar. El desprecio a Jehad se sumó a lo que sucedía en las entrañas de Wissam, se había impregnado en su memoria. Lo amó aún más desde ese momento, porque sin hacerlo, al escucharlo se hacía cómplice. Su sentimiento obedecía más a la protección propia que a otra cosa.

Pudo dejarlo ahí mismo, tomar sus cosas y volver con su tía, pero se quedó porque sabiendo lo que sabía, no tenía idea de qué hacer al día siguiente. Entonces amanecer fresca, con la carga aligerada sobre las espaldas de los dos, parecía ser lo más sensato.

Las religiones perdonan a los suyos ofreciendo compartir sus penas, una relación de conveniencia para el que peca y el que perdona. Los cultos se hacen de la vista gorda por amor a sus feligreses; entonces estos aman más al mito y todos salen ganando. Wissam y Jehad salieron ganando, la confesión absoluta fue más íntima que cualquier cosa.

Esa noche las sábanas se quedaron tendidas.

Ya no hay ciudad en Siria que no esté peleando: en Alepo una bomba destruyó parte de la puerta del castillo. Tampoco hay hombre en sus cabales que todavía se atreva a decir que lo que se ve en las noticias es parte de una conspiración.

Tengo a Jehad, que hoy está en el cuarto de al lado, porque le dieron una semana de vacaciones; tengo la imagen del hermano de Nabil, que pudo ser alguno de los jóvenes que fueron interrogados. No encuentro forma de no pensar en ello.

Esta no es la guerra de nadie. Recuerdo cuando no importaba ser alawi, sunni o shia. Los cristianos aún no jugamos en la batalla tanto como otros quisieran; supongo que no lo haremos, tal vez sí. Conozco gente de los dos lados que eran uno solo. Bashar los hizo varios.

Ahora resulta que me incluyo dentro del grupo de cristianos.

En este país tienes que adoptar un credo, te obligan; antes no era así, la guerra hizo esto.

No voy a volver a renovar mi visa, cada vez es más complicado hacerlo para todos los extranjeros que no sean aliados. Solo los venezolanos, iraníes, chinos y rusos son bienvenidos.

Si Jehad lo propone, no aceptaré su ayuda; no puedo ser más cómplice de lo que ya me he hecho.

Lo que he visto me ha acercado a un hombre que no debí haber amado; la idiotez de hacernos uno en la tragedia. Quiero que él regrese conmigo; si no es a México, podemos empezar desde cero en otro lado.

La casa de mi madre me importa tanto como puede dejar de importarme. Esta familia se desmorona al mismo tiempo que el país. Son iguales.

Extraño a Lana. El mayor miedo que tengo al irme, es que no pueda encontrarla para despedirme.

Wissam

Las despedidas no son un acto, sino un paso de tiempo. El adiós de Wissam duró dos semanas. El primero en enterarse de la decisión de partir no fue Dimah ni nadie de la familia; la deuda que impone el cariño le permitía a Jehad recibir la noticia antes que los otros.

Wissam se tomó una noche en vela para confirmarse a sí misma que regresaba a México. Ya se había dicho que no aceptaría la ayuda de los mukhabarat para alargar su estadía; restaba encontrar la forma de decírselo al alawita.

Tres parejas anteriores le habían propuesto matrimonio: la primera cuando cumplió veinte años. Su respuesta, como pasó con los otros dos aventurados, siempre fue negativa. Para tratar de encontrar las opciones que les permitieran estar juntos, Wissam tomaría un papel similar al de esos hombres que pensaban en ella para llenar sus ilusiones de estabilidad. Jehad no era una relación pasajera, como en algún momento ella misma había creído: representaba el único lazo tangible y duradero que tenía con su origen. Más allá de por lo que habían pasado, era un igual.

La mañana del anuncio, Jehad la recogió en Koura; iban a ir al Ministerio de Relaciones Exteriores para extender el visado agregándole nuevos sellos a su pasaporte. Sin haber comunicado sus intenciones, Wissam había dormido ahí para hacerle compañía a su abuela en los últimos días de su estancia en el país. Ella se arregló como en pocas ocasiones, envuelta en una falda de seda que él le compró en una tienda del mercado de artesanías de Tekkyiee a una vieja que vendía telas y que les hizo sentarse en su local por cuarenta minutos, ofreciéndoles té y dulces de pistaches con dátil a cambio de aceptar una bendición por estar juntos. Sus tobillos desnudos dejaban ver la pulsera de turquesa que adornaba su tatuaje; tenía los hombros cubiertos con un chal de algodón egipcio. Bajó de su cuarto a la sala, caminando la escalera, incitando a la seducción del que la veía.

En el camino, Wissam pidió desviarse para visitar la iglesia Maryamia, a la que en ese viaje no había entrado. La tela que cubría su espalda no era para cumplir con el pudor de los musulmanes; sin ser religiosa reconocía el respeto al culto de su historia y Maryamia no era una iglesia cualquiera: entre sus paredes se casaron sus abuelos, su tío, y su madre, agnóstica y fiel a las ideologías de izquierda de su época, se confesó antes de partir al nuevo continente. El lugar que simbolizaba a los suyos sería parte de su vida, siempre y cuando Jehad aceptara lo que ella le tenía que decir. El alawita jamás había pisado suelo consagrado cristiano, tierna venganza a lo que sienten los

turistas que visitan territorios árabes y no saben comportarse bajo las cúpulas y los minaretes.

Alegre, Wissam lo jaló de la mano y pasaron junto a la tumba del patriarca de Antioquía que adornaba el patio frontal del recinto. Abrieron las puertas de madera que permitían el acceso a la bóveda principal de la iglesia y se sentaron en las bancas vigiladas por iconos bizantinos, con las imágenes de los santos que protegían a los Halabi.

Sin verlo a los ojos le comunicó su decisión: regresaría por un tiempo a México mientras la tensión del país se relajaba. Nadie pensó nunca que eso tomaría tanto tiempo. De ser posible, volvería por periodos cortos, para no dejar a su tío hacer de las suyas tan libremente. Segura de que no conseguiría recuperar la casa de su madre, estaba dispuesta a ser un dolor de cabeza para Hassib. Sus palabras abrieron la puerta para que Jehad se fuera a vivir a América. Cambiar al punto intermedio y establecerse en Europa también era una posibilidad que tendrían que plantearse en las semanas siguientes, comunicándose con las herramientas que ninguna otra generación había tenido.

Los árabes, más los hombres, son seres explosivos: es fácil que el menor incidente cobre proporciones épicas sin dar aviso. A los occidentales les impone el miedo público, buscan espacios con multitudes para evitar arrebatos vergonzosos; las declaraciones que pueden poner en riesgo sus relaciones las dan en cafeterías o restaurantes. Pero a los de Oriente Medio la religión les importa demasiado, más si es la ajena.

Para los criados en la fe, como Jehad, la esperanza era tan poderosa como cualquier hecho que ocurriera frente a sus ojos. Él se mantuvo sereno todo el tiempo, no tuvo razón para dudar de las intenciones de la mexicana; no hubo advertencia de que estuviera terminando su relación y la ausencia de Wissam tenía una ventaja irrefutable: él la amaba tanto que sabía que estaría más segura fuera que dentro de Siria. Esa seguridad también era para él; a distancia pero teniéndola, su vulnerabilidad se reducía. Recordaba cuando el general Ayoub mencionó su nombre y las piernas le temblaron; si no se oponía a que Wissam saliera del país con facilidad y la comunicación se mantenía, la espera por el sexo al que ya se había acostumbrado sería posible para un varón de una cultura en la que nadie dormía con nadie hasta haberse casado.

La bendición de la vendedora de telas se repitió, de la sacristía de la iglesia salió el padre Elián, encargado de la catedral en ausencia de monseñor Mobayed, que llevaba semanas en Estambul y no daba visos de un regreso cercano. Vestido de negro y con una gran cruz otomana colgando de su pecho, el padre había corrido a su diácono e impedido la entrada de los monaguillos, obligándolos a resguardarse en sus

hogares para que evitaran el riesgo de ser asesinados accidentalmente al caminar por las calles.

Los saludó en árabe y reconoció en ella los ojos de su abuela, le preguntó si era cristiana; Jehad tradujo.

Los de esta zona del mundo se presentan en la calle como si se encontraran en reunión de viejos compañeros de clase que se encuentran años después y no distinguen sus rostros, pero se presumen amigos. Wissam supo estructurar la frase para introducirse en la lengua de su madre; el sacerdote la besó en ambas mejillas y no le soltó la mano. El monseñor era gran amigo de su abuelo y las anécdotas de esa familia de otros tiempos, que ella vio en las fotos guardadas en un baúl, habían llegado a sus oídos. El religioso preguntó por su tío; Wissam respondió que él estaba bien. Preguntó por Youssef; ella dijo que era de la familia el que más leía. Preguntó por Dimah, que llevaba tiempo sin ir con su madre a misa. Wissam se salvó de alargar la conversación con un relato sobre la salud de Mina; el padre Elián rezaría por su recuperación.

Cuando Jehad, arrastrado entre muchas razones por la imposibilidad de comunicarse fuera del país al final de la guerra, dejó de saber de Wissam, visitó Maryamia y entre sus paredes encontró consuelo a su falta de razones para vivir.

Tres meses en Siria le dejaron a Wissam menos familia para despedirse que la que saludó a su llegada. Dejó que Hassib se enterara de su viaje cuando ella ya estaba lejos; guardaba la esperanza de que su desprecio le provocara alguna culpa. Dimah se mostró solidaria: arregló un encuentro con Lana para que sus sobrinas se vieran una vez más. El adiós de las mujeres guardó un ligero aire de solemnidad; ninguna de las dos fue con su pareja, no era adecuado. Volvieron a la heladería del barrio cristiano; cada una llegó por su lado y se cruzaron antes de llegar a Bab Sharqi, una puerta al sur de Bab Tuma, porque a unos metros de la última, el día anterior un auto bomba había explotado y un hombre murió incinerado en su interior. Los Hermanos Musulmanes reclamaron responsabilidad por el atentado a través de Al-Jazeera, desde una fuente que reportaba en Bahréin. Todos en la ciudad sabían que no habían sido ellos: durante el tiempo que duró la guerra, la presencia de los Hermanos en el conflicto fue más de las fronteras hacia afuera; Occidente era feliz pensando que su participación en el juego era de alguna relevancia, pero el control de los alawitas no iba permitir que llegaran más lejos y con ellos, el mundo encontrara amistad en el enemigo de antaño de la familia en el poder. Apenas unas pequeñas marchas, al principio, dieron testimonio de su presencia, y cuando las armas de verdad salieron a la calle, las grandes, no las pistolas ni los fusiles de asalto, ellos se refugiaron en sus casas y mezquitas.

La lejanía entre las primas se sintió en sus bebidas: en la heladería Lana pidió café exprés, el turco solo se comparte en las mesas fraternales y no está hecho para cumplir protocolos sociales incómodos. El lazo era más fuerte que lo ocurrido y la distancia se acortó, la confidencia salió sola. Nabil y Lana habían pensado casarse lo más pronto posible para no darle a Hassib argumentos en contra de sus planes; a fin de año saldrían de Siria, intentando alejarse de una guerra que solo cobraría más vidas. Con el pretexto de una invitación a un festival de cine documental en Arizona, pedirían asilo en Estados Unidos, y si las cosas no funcionaban, sus opciones se acababan. Decidir abandonar todo era suficientemente complicado y duro como para imaginarse un segundo escenario.

Wissam prometió regresar antes que ellos viajaran; complaciente, se ofreció para adelantar lo que necesitaran en América. Lo más importante, juró guardar el secreto.

Teéta Mina fue más inteligente que todos: su despedida fue la única que no tuvo voces rotas, reclamos o promesas; era de los afortunados que detectan cuando el fin está cerca. Había despertado con el sabor de la muerte propia y esa noche, como las que le quedaron, durmió sin tenerle miedo. Suerte de quien abraza sin necedades los últimos de sus días, porque gracias a eso, teéta Mina pudo ser pragmática ante lo inevitable. Mandó a su hija a comprar las sfijas que su nieta adoraba, para servírselas a Wissam y Jehad mientras ellos empacaban las maletas. Beso en la mejilla izquierda, beso en la mejilla derecha, tres rondas más antes de peinar el mechón que caía sobre la frente de Wissam y darse media vuelta para dejar que la comida, su joroba y su caminar lento fueran la última imagen que su nieta tuviera de ella.

Con las maletas cerradas, Wissam pasó su última noche en Damasco en el departamento de Jehad. Al día siguiente un taxi recogería a Dimah para encontrarse los tres en la entrada del aeropuerto. Cerca de las dos de la tarde, las fuentes de la ciudad se apagaron por el primer recorte de suministro de líquido de la temporada, que duraba hasta las nueve de la noche, cuando las volvían a prender para que decoraran las calles de una ciudad que se destruía a si misma semana tras semana. Al llegar a Damasco, rodearon la glorieta de la plaza Ommayad; el último chorro que salió de ella mojó el parabrisas del Honda. Se acercaron a al-Mezzeh, el distrito de las embajadas y las casas de los ricos más ricos. Entre la suciedad que embarraban los limpiadores sobre el vidrio, alcanzaron a ver cómo decenas de camionetas negras aceleraban en todas direcciones, blindadas, con matrículas diplomáticas, frenando de golpe una a una enfrente de las sedes de los países que tenían representación en la ciudad. Francia, Inglaterra, Estados Unidos y España fueron

algunas de las naciones que ordenaron a su personal diplomático retirarse en menos de cuarenta y ocho horas. La noticia se escuchó en la radio del auto.

Con la salida de la representación francesa, era de esperarse que Air France suspendiera sus vuelos en cualquier momento. Desde el celular de Jehad, Wissam marcó al número de la aerolínea que tenía impreso en la primera hoja de su boleto: Damasco-París.

Los países miembros de la OTAN habían pedido a sus ciudadanos que abandonaran territorio sirio. Quien se quedó, lo hizo bajo su propio riesgo. Ni siquiera en caso de desastre esos estados ofrecieron rapidez para sacar los cuerpos de los muertos, caídos por el fuego cruzado entre las milicias de Assad y los rebeldes a los que esas mismas naciones armaban.

El lugar de Wissam en el avión estaba confirmado, pero a causa de la demanda que se estaba desatando tendría que llegar a abordar dos horas antes de lo planeado. La azafata malhumorada que le dio la información hubiera preferido regalar su asiento para que alguien con pasaporte comunitario y nombre galo volara de regreso a casa.

Los planes de Lana se complicaban: salir por aire a Europa para de ahí volar a América no sería posible en muchos meses.

Una de las dos maletas que empacaron en Koura se quedó en la cajuela; la otra tenía lo que necesitó Wissam a la madrugada siguiente. No durmieron; el de esa noche fue el único sexo que tuvieron por compromiso: era impensable desaprovechar las horas que les quedaban y Jehad tardó más de una hora en acabar. Lejos del vigor que los árabes proclaman, era demasiada la tensión que se sentía entre las cobijas. Pésima forma de acumular recuerdos.

En Koura, para cuando llegó el taxi, Dimah llevaba cuarenta minutos en el frío de esas horas. Temiendo quedarse dormida y despertar bajo los gritos de su madre, salió con tiempo y gracias a sus grandes y muchas ropas que le dificultaban el caminar, tardó más en recorrer los cinco metros de su porche al auto que en bajar del cuarto en que dormía y llegar a la puerta. Con especial cinismo, el impuntual chofer le reclamó lo que tardó en subirse al vehículo.

Por ese retraso, Jehad y Wissam tuvieron que esperarla con las maletas en el piso, abrazados, con la garganta cerrada por lo que no se atrevían a decir.

En la fila del mostrador en el aeropuerto, Wissam volteó a ver su maleta, luego a Jehad; vio la distancia y el pensamiento lógico le secó la boca, era la duda y el arrepentimiento. Se hizo a un lado y dejó pasar a un alemán impaciente que presionaba a sus espaldas, frotándose las manos y tronando sus pulgares como si quisiera romperlos. Si se suspendían las rutas aéreas, ella no podría cumplir su promesa de regresar, tenía razón; él cogió bruscamente su pasaporte y

lo entregó a la encargada. Jehad le ofreció verse en Amman, en Beirut, en El Cairo, solo un mukhabarat podría salir y regresar del país. Una vez más, su relación tendría futuro gracias a los beneficios de pertenecer al régimen.

Fue inevitable la humillación al momento de registrarse: mujer, pasaporte mexicano, acompañante árabe y una morsa con bufanda que estorbaba el paso de todos los europeos y norteamericanos, apresurados para ganar los lugares que quedaban en las tres líneas aéreas que volaban sus aviones con pocas horas de diferencia entre ellos.

Decenas de personas daban en el interior del aeropuerto un espectáculo bastante similar al que ocurría en la frontera con Turquía: gritos, atropellos y sospechas, la desesperación que provoca el miedo, el temor del abandono, la suerte que solo gusta a los hombres cuando tiende hacia un lado. Estos desesperados con dinero y pasaportes válidos en todo el mundo actuaban como los otros más pobres, olvidándose de que una casa los recibiría, pasando por alto que todavía tenían un país al que llegar. Cómo se hacen grandes las desgracias cuando son propias; ninguno de esos occidentales había reparado en los muertos de los días anteriores.

El barco se hundía, era necesario salir de ahí antes que las ratas se comieran entre ellas.

Los tres bebieron café y jugos en uno de los dos restaurantes del lugar, una cafetería abierta al centro del lobby de la terminal, con techos altos y decorados con brocados de arte islámico, trampa para turistas que mostraba lo mejor de un país. Cuando dio la hora de ingresar a la sala de espera, caminaron al puesto de seguridad que la mexicana cruzaría sola. Wissam no quiso alargar el adiós, tampoco permitió que Jehad se identificara para llevarla hasta la entrada del avión y evitarle el riguroso cateo que le hicieron a su bolsa de mano.

En la anormalidad del peor escenario, en Siria se acostumbró al soporte que desde que murió su madre no había tenido. La mujer fuerte que llegó a Damasco se reblandeció durante su estancia y le tocaba recuperase a sí misma. Lejos del verdugo que le recitó poemas.

En tres días llego a México.

París ha sido la transición entre dos mundos.

Me fijo más que antes en los árabes que caminan atemorizados. A la policía francesa le gusta detener a los que tienen la cabeza cubierta para revisar sus papeles. Hoy vi como pararon a dos familias, todos con pasaporte europeo. Los dejaron ir, humillados.

Afuera de Vuitton saludé en árabe a cinco mujeres con hiqab; ni siquiera voltearon a verme.

El shawerma de Saint Michell es mejor que el de Souk Hamidieh; cuando Jehad lo pruebe le va a dar un infarto.

Encontré el nuevo número de la revista en que publiqué los resultados de mi postgrado. Tiene un artículo sobre las pruebas que se harán para comprobar la existencia del bosón de Higgs.

Lo extraño, llevaba demasiado tiempo sin estar sola.

Odio dormir sola.

Wissam

En el viaje de París a México, Wissam conoció a Ethel, una etnóloga judía de menos de treinta años que en el avión ocupó el asiento junto a ella. Como Wissam, Ethel era mexicana aunque ninguno de sus rasgos lo dijera. Tez blanca, ojos grandes, nariz grande, cadera grande, con esa delgadez que avisa se irá con el paso del tiempo. Nacida en México, Ethel era segunda generación de dos familias que fueron expulsadas de Alepo y Damasco, el arquetipo del que nunca se escribe en los libros: judíos árabes que hablan el alifato, pero que leen en hebreo sus libros sagrados, que comen kebe bola, rechazan el cerdo y circuncidan a sus hijos. Ethel y Wissam no eran simples hijas de migrantes, demasiados exilios se contaban atrás de ellas, eran los vestigios de culturas destruidas, las sobras que luchan por encontrar su identidad entre las ruinas, por eso, tan parecidas, se hicieron grandes amigas.

Ethel había viajado a París con su pasaporte mexicano para conocer después, en Siria, las tierras de sus abuelos. Pasó cerca de dos meses intentando tramitar su visa al país árabe, en el consulado de Rue Vaneau. Cuatro rechazos a su aplicación y la posterior expulsión de la embajadora siria en Francia la obligaron a emprender su regreso.

Ethel conoció la Siria antigua en sus estudios, la actual a través de los relatos de Wissam y sus padres se sintieron aliviados al tenerla de vuelta. La cristiana solo narró la experiencia de su último viaje, el que tenía aventuras; contra ese, los anteriores perdían sentido.

La judía había elegido el peor momento de la historia para encontrarse con su pasado. Durante el tiempo que permaneció Wissam en México, antes de desaparecer, la cercanía entre las dos le recordaba la relación con Lana.

A los meses de ese vuelo, Ethel tuvo su primera cena de Navidad con Wissam y recibió sus primeros regalos envueltos con moños rojos. Ninguna de las dos acostumbraba celebrar la fiesta como lo hacen en el país en que vivían. Ni los griegos de la familia Halabi o los judíos de Ethel recibían en sus casas a Papa Noël en nochebuena; lo más cercano a las costumbres locales que habían medio adoptado era la comida del veinticinco de diciembre que celebraban los cristianos de Damasco, que las dos cambiaron por cena el veinticuatro en un barrio pretencioso de la Ciudad de México, implantes amables de una cultura.

Los siguientes meses fueron más duros para Wissam que los que estuvo en Damasco una vez que se desataron los conflictos. Intentó retomar a sus pacientes y dio algunas consultas que fue cancelando

semana tras semana. A la universidad ya no volvió. Quien debía escuchar necesitaba un espacio imposible para hablar de sus propios problemas, la serenidad que obligaba su profesión se encontraba del otro lado del Atlántico.

La dificultad para comunicarse con Jehad era símbolo inequívoco de un panorama que solo podía empeorar. Su acuerdo de estar todos los días a la una de la tarde, hora de México, listos y arreglados como si se tratase de una cita, frente a un teléfono o una computadora para al menos poder intercambiar unas frases y tranquilizar sus nervios escuchándose, no llegó muy lejos cuando las empresas de comunicación sirias, controladas por el cuñado de Bashar, aumentaron las limitaciones de sus servicios y bloqueaban cualquier llamada con código internacional que durara más minutos de lo que querían.

Wissam pasó horas sentada frente a un monitor esperando a que él se conectara; al final lo hacía, a veces hasta el día siguiente, pero por lapsos tan breves que imaginar lo que ocurría del otro lado solo la llenaba de escalofríos.

Ethel, como lo hizo Jehad, destinó todo el tiempo que pudo a Wissam. En la dulzura de los semejantes, sus padres brindaron consuelo, recordando los horrores por los que pasaron los suyos durante la segunda guerra.

Los servicios de comunicación por texto le resultaron al alawita más eficientes y seguros; además tenían la ventaja de permitir figuras poéticas que ambos disfrutaban y la ausencia de voz obligaba imaginar el movimiento de los labios, olvidándose del entorno en que las palabras eran dichas.

Las primeras conversaciones recapitularon las actividades diarias: los paseos por París de la escala en Europa, el clima de Damasco, el encuentro con la nueva amiga, los brotes de pistaches en los árboles de los camellones de Koura.

Jehad visitaba a Dimah tanto como Hassib a Mina; un par de veces usaron la computadora de la tía para poder verse los tres por unos segundos. En menos de dos meses, Dimah subió diez kilos y dejó de peinarse, mostrando el cuero de su cabeza que iba perdiendo pelo, recordando los años posteriores a su regreso a Siria, cuando fue joven. Mina nunca aceptó ponerse frente a la cámara; insistía en que Wissam se quedara con el recuerdo de las sfijas.

Del recuento de lo diario, pasaron a resumir el deterioro de ese país al final del Mediterráneo. Así, Wissam se enteró de que en las calles ya no había marchas porque eran suprimidas de formas cada vez más violentas por los militares, con aviones, ya no por la policía. No había mortal que se atreviese a salir a la calle con el riesgo de recibir en su cabeza las bombas que soltaba la Fuerza Aérea sobre las congregaciones que se formaban en Damasco, en Alepo, en las

ciudades más pequeñas del sur.

Occidente se fue acostumbrando a escuchar sobre la guerra. En México pocos tenían autoridad para hablar sobre el tema y varios de los que conocían el origen de Wissam la buscaron para pedirle su opinión, que gustosa daba. Leía todos los periódicos de Oriente Medio e intentaba comparar versiones para crear, junto con los testimonios que hallaba, un discurso propio. Su pequeño acto de justicia revolucionaria, que disfrutaba de exhibir al Estado represor y protegía al mismo tiempo sus propios intereses. En sus horas de investigación frente a la computadora, encontró los datos de Farouk al-Sadr, que se había establecido en Canadá y era viejo, pero en ese momento no tuvo el valor de contactarlo y presentarse. Ya encontraría las razones para buscarlo.

La discreción que Jehad necesitaba lo obligaba a decir poco, parecía un diálogo bipolar que se peleaba en sus ideas. El alawita dejaba de sentirse seguro con lo que se ordenaba desde el palacio presidencial y que él cumplía con cada vez menos firmeza.

Ella siempre terminaba sus platicas con la misma pregunta:

—¿Pero tú estás bien?

Y cuando Ethel la acompañaba en esos momentos, la judía cerraba los ojos esperando no leer de inmediato la respuesta que se daba.

Una vez en la tarde sonó el celular de Wissam, era Lana, que tenía malas noticias. El entusiasmo por la llamada de la prima se agotó de inmediato. La comunicación fue rápida: Mina había muerto en su cama, en el cuarto que tenía para ella sola, dormida, simplemente no despertó. Se caía el segundo pilar de los Halabi modernos; ya eran menos las columnas que podrían sostener el recuerdo de su apellido.

El contacto con la muerte era familiar para Wissam: a su padre lo enterró en su memoria, su madre se fue antes de tiempo. Las personas se hacen duras conforme despiden a los queridos.

De su viaje a Siria, no recuperó la casa pero logró despedirse de su abuela. El temor que sentía no era por la muerta, sino por los que aún respiraban. Su partida le permitiría a Hassib quitarse de encima cualquier obstáculo para mandar a Dimah al precario departamento en la calle Hamra. Y ella no estaba de ese lado del mundo para impedirlo. La impotencia avivó el rencor hacia su tío.

Con frialdad inesperada, Wissam preguntó a Lana sobre Nabil, quería cambiar de tema. El cineasta ya se había recuperado por completo, pero todo su equipo de filmación había sido confiscado al momento de arrestarlo y no tenía forma de trabajar en nada. Lana confesó sus planes de huir a Beirut sin decirle a su padre. Doble buena noticia para Wissam, su prima estaría a salvo, al lado de su hombre y Hassib tendría que apechugar el dolor de su partida.

Jehad no estuvo en Damasco cuando Mina murió; fue enviado de regreso a Homs y a su vuelta solo le pudo decir a Wissam que Dimah ya había empacado todas sus cosas.

Qué sencilla fue para la mexicana Halabi la muerte de su abuela, era un lazo menos con su madre y su recuerdo. Salvo por Jehad, y eso con reservas, la experiencia de su viaje estaba destinada a ser un capítulo que cerrar en su pasado. Una obligación que cargaba se fue en el tiempo en que debía, justo antes de la devastación. Lo complicado seguía siendo tener al alawita vivo, en riesgo y con la incertidumbre del día en que se reencontrarían. El problema con la muerte son los vivos.

Sin tener con quien practicarlo a diario, el inglés de Dimah y Jehad se fue haciendo cada vez más malo. Wissam terminó teniendo que leer entre líneas lo que querían decirle; sin artículos ni puntuación, leyendo palabras que escribían como se escuchaban, teniendo que diferenciar entre las que sonaban igual pero significaban cosas distintas.

Hassib actuó como se esperaba, destrabó el proceso que había empezado meses antes y reclamó el supuesto derecho legal sobre la herencia de la casa. Un último y único instante de lucidez salvó el techo de Dimah y parte de las intenciones de Noura. Teéta Mina, en su vejez y extrema codicia, no gastó una sola de las libras que Hassib le entregó semana con semana desde la muerte de jedo George. Cerca de cien mil libras estaban escondidas en una caja de bronce, en la que debían descansar las cenizas de Paul Halabi, el tío de Dimah.

La acción de Hassib fue el pretexto que Lana necesitaba para tomar un coche con Nabil rumbo a Líbano, después de pelearse a gritos con sus hermanos y madre, reclamándoles todo lo que le fue posible.

Ya habría tiempo para planear la boda.

Wissam supo de ellos semanas más tarde, cuando le hablaron para decirle que dormían en el campo de refugiados de Sabra, al oeste de Beirut. El mismo campo en el que, en 1982, miles de desplazados palestinos fueron masacrados a manos de falangistas libaneses era peleado por los que huían de la dictadura de los Assad.

Durante la estancia en Sabra, Ommar se comunicó al teléfono móvil de Nabil, que aún tenía servicio. Un mukhabarat que desertó compartía la experiencia del exilio con un torturado que salvó la vida; rieron como niños, olvidando que dormían en tiendas de campaña, rodeados de cientos, olvidando que la hija de un país despertaba en piso prestado.

De nueva cuenta, la corrupción del Mukhabarat fue útil para la familia. Jehad completó el dinero necesario para que Dimah se hiciera de la casa antes que su hermano maniobrara. Un abogado alawita

logró que un notario, en nombre y con el puño de Noura, fechando un documento antes de su muerte, firmara una cesión de derechos que le dejaba a ella la propiedad en disputa. El documento era contundente y fue presentado ante un juez, que de no ser por lo llenas que estaban las cárceles de la ciudad, se hubiera atrevido a mandar encerrar a Hassib por intentar hacer un fraude en contra de sus hermanas.

En el último correo que Dimah le escribió a Wissam, se adivinaba el vaivén de su salud. La carta fue escrita a lo largo de varios días; la inició cuando encontró el dinero de Mina, luego, la mayor parte del texto fue redactado al mismo tiempo que se desechaban en el juzgado los documentos de Hassib, y fue terminada a la semana de la compra de una nueva propiedad mucho más pequeña en el mismo barrio.

Dimah tardó diez días en vender la casa de su hermana; no tuvo que malbaratarla, eran todavía varios los que pensaban que el régimen terminaría con los rebeldes y codiciaban los terrenos en el vecindario. Ya sin su madre el espacio era demasiado grande para ella sola, y su cada vez más preocupante exceso de peso le dificultaba subir y bajar las escaleras que dividían las habitaciones del resto de los cuartos, en especial la cocina.

Hassib, humillado, tanto por la ley como frente a su mujer y a los dos hijos que aún le hablaban, le dejó de dar dinero a su hermana y no pasaría mucho para que hiciera lo mismo con Youssef. Dimah, entrando en el papel de matrona de la familia, tenía que pensar en tener los recursos suficientes para cuando eso sucediera.

Cuando toda su vida se les dice imbéciles, las personas se transforman en uno ejemplar, pero cuando el que se encargó de ridiculizarlos desaparece, como por arte de magia ese idiota vuelve a ser lo que había dejado. Dimah recuperó al final de su vida independiente la fuerza que su madre le había arrebatado; tristemente su cuerpo no opinaba lo mismo y su gran tamaño empezó a cobrarle cuentas a su corazón e hígado.

La pérdida de Koura al-Assad se transformó en un triunfo que Wissam saboreó mientras estuvo en México hasta su regreso a Siria. Dio también un nuevo tema a la conversación con Jehad, que estaba entrando en la rutina de la distancia, y eso era un riesgo de lo epistolar que ella conocía. El alawita describió cada rincón del nuevo hogar de su amiga como ella no podía hacerlo, mezclando las frases de los poemas aprendidos de memoria, que transportaban al color de las paredes y dejaban que Wissam se imaginara un lugar tan hermoso como quiso.

Conforme fueron pasando las semanas, la salud de Dimah y la gravedad del conflicto en Siria fueron empeorando. La nueva casa, la que estaba a nombre de la menor de las primeras hermanas Halabi, quedó sin limpiarse por días, con los pisos llenándose de tierra y las

cortinas engrosando por el polvo que volaba desde el norte por la falta de lluvia en la zona del Éufrates.

El gobierno había encontrado una manera de presionar a los rebeldes con los cortes totales al suministro de agua. Tampoco, dependiendo de la zona de la ciudad, funcionaban los teléfonos, y las conexiones a la internet eran privilegio de los menos. Muchos cafés ofrecían rentar sus computadoras a precios exagerados, pero a sabiendas de que eran lugares controlados por la policía, nadie se acercaba a ellos.

Las cinco tiendas de conveniencia que se encontraban en el interior de Koura tuvieron que cerrar por falta de productos que vender. En los bloqueos de las carreteras, las mercancías más frescas se quedaban en manos de los militares, que detenían y a veces secuestraban los camiones. Al centro de Damasco, las pollerías ofrecían la mitad de las aves rostizadas que vendían en tiempos regulares. Las filas para hacerse de ellas doblaban las manzanas en las que estaban los comercios y los más viejos, que tenían entre cincuenta y setenta años, a quienes les tocó el país de los golpes de Estado y el cerco de los meses más violentos con Israel, recordaban con pánico los años en los que se llegó a vender la comida en subastas callejeras y las señoras cambiaban sus joyas de oro y piedras preciosas por carne y verduras.

Por la falta de gasolina en las estaciones, el alawita hacía más ejercicio de lo acostumbrado. Jehad bajaba de peso; su imagen, distorsionada por la mala calidad de la señal, se veía pálida en la computadora de Wissam. Su negocio de venta de coches se detuvo en el momento en que Occidente congeló las cuentas y los bienes fuera del país de varios de los poderosos del régimen.

—Mataron al general Ayoub. Inshallah.

Esa fue la única frase que Jehad alcanzó a decir antes que se cortara la electricidad por dos días, en el distrito en el que estaba su departamento.

Encomendándose a Dios, era poco lo que podía pedir para el alma del general y para sí mismo; su suerte estaba echada. Sin nadie que lo considerara familia dentro del Mukhabarat, se transformaba en un peón parte del sistema.

Para esas alturas, el aprendiz de verdugo que acompañó a Jehad en los interrogatorios y misiones castrenses se había visto más disciplinado que él mismo en las tareas que les fueron encargadas. Su sobrenombre llegó a infundir terror entre los presos: Abd al-Hamid ya era conocido como Asif, el que perdona, porque siempre que alguien pidió clemencia él la otorgó antes de quitarle la vida. No hubo una orden que no resultara en confesión. Un rango de militar le fue otorgado y en el cuartel se decía que el mismo Maher quería conocer

al joven sádico. Gracias a eso, por un tiempo dejaron en paz a Jehad con las expediciones punitivas, pero ser suplantado como favorito del regimiento era un arma de dos filos.

Doscientos setenta soldados desertaron en unos días, pero la Cuarta Brigada no enflaquecía, en ella todos eran alawitas, seleccionados entre los más crueles. Los rebeldes solo cargaban armas cortas, adquiridas en la frontera con Líbano o que reciclaban de los soldados de boina que caían a sus pies.

—No son fuerza para los tanques —dijo Jehad en un mensaje.

Wissam leía poco impávida lo que él le escribía, la extraña crónica de guerra que nuestros tiempos le permite a los soldados sin voz, de ambos lados. Esos relatos, que antes tenían que esperar a hacerse libros, hoy viajaban a los ojos de quien quería atenderlos, y para quien no, la de Siria fue una guerra que existió en una pequeña nota de televisión y periódico.

Ya son treinta mil muertos, dijo Wissam en un mensaje. Jehad no respondió. El alawita que antes responsabilizó a los medios, aceptó en su silencio la barbarie.

—¿Cuándo va terminar?

Jehad se atrevió a pronosticar que no se verían en por lo menos un año, y Wissam le avisó que iría por él.

El temple de Jehad se debilitaba a medida que el de ella tomaba fuerza; estaba dispuesta a encontrar la forma de llegar a Siria y llevárselo a otro lado. Para Wissam era más sencillo hacer eso que esperar.

Doscientos mil refugiados durmieron en los campos de Turquía, Líbano y Jordania.

Lana, Nabil y Ommar ya eran un número que se perdía entre los miles. Desde la partida de su compañero pelirrojo, Jehad no consiguió hacerse cercano de ninguno de los oficiales que fue asignado a su lado.

Cuando la tierra se pudre, la planta ya no crece. Con Dimah, cada semana tenía menos de qué hablar. Sin poder salir de su nueva y pequeña residencia, Jehad y Hassib se encargaron de llevarle comida, tomando turnos para no encontrarse. El cuidado en esa organización fue lo único que hasta el fin ocupó la mente de la tía de Wissam.

Pasaron casi un mes sin poder comunicarse. Wissam sabía que él estaba vivo por los intentos de llamada que se cortaban. En un punto de la incertidumbre y la angustia, eso fue suficiente.

Ethel intentó sacar a Wissam de su departamento, logró convencerla de cambiar de aires comparándola con su tía, que caía en el abandono. La llevó a donde sus padres, ahí un platón de sopa de matzo se parecía, de alguna forma más blanca y redonda, a las recepciones de teéta Mina. Con la comida, la judía le sacó una sonrisa

y la hizo sentir en casa.

Esa cena se centró en persuadirla de viajar a Siria. Wissam había planeado su ruta a Amman para hacer base en Jordania, cruzar en auto la frontera y de regreso, volar con él desde ahí a México. No tuvo caso, sus planes estaban hechos, pero a partir del día siguiente le fue imposible volver a saber de Jehad o de su tía.

El aislamiento impuesto por el régimen de Bashar había tenido resultado. Durante años, toda información que salió del país estuvo precedida del anonimato de quien la generó.

Individuos que arriesgaron su vida enviando al exterior vídeos de lo que ocurría; mostrando cómo las fuerzas del régimen bombardeaban comunidades enteras, enseñando a opositores, a miembros de los frentes de liberación a torturar a soldados y presos alawi, que violaban a sus mujeres en respuesta a las violaciones previas o posteriores perpetradas por los contrarios.

Cuando la Cuarta Brigada entró a una escuela y degolló a veinte niños que tomaban clase, un grupo de soldados rebeldes armados por los americanos y los saudíes hicieron lo propio en Tartus, en Latakia, el pueblo de los alawitas como Assad, como Jehad.

Los correos que Wissam enviaba a Siria ya no tuvieron respuesta, las llamadas a los distintos celulares jamás entraron. Salvo Hassib, nadie de los que ella conocía en ese lado del mundo se volvió a conectar en su computadora. Wissam siguió más pendiente que nunca de lo que se veía en internet, buscando el rostro de Jehad entre los militares sobre tanques, entre los rebeldes desertores, en medio de los cuerpos cubiertos con telas blancas que se alineaban en el piso de los caídos.

El pesar de la lejanía. América está más apartada de Oriente Medio de lo que se señala en los mapas.

Siguió paso a paso las asambleas en Naciones Unidas, se rio para si misma y para Ethel cuando se emitieron sanciones, que solo eran un paliativo para mantener tranquila la conciencia de los que estaban lejos del conflicto.

Siria se transformó en el territorio en el que se combatía la guerra de todos. Rusos, americanos, iraníes, franceses, turcos y saudíes luchaban ahí lo que no se atrevían a pelear en sus países. Siria era un tablero en el que todos, menos los sirios, terminaron jugando sus fichas.

Desde mediados del 2012 se podía ver la balcanización de la guerra. La rabia de los opositores era tal que, sin importar nada de lo que querían en un inicio, se dejaron llevar a la sectarización del conflicto, que Assad buscaba y le resultó en su contra.

A medida que la guerra llegó a su fin, Siria dejó de ser un lugar seguro para cualquier alawita, menos para uno como Jehad.

De la primera vez que fui a pasar una temporada larga en Siria, tengo un mal recuerdo de lo que pasaba en el mundo.

Donde algún día estuvo Yugoslavia, serbios, montenegrinos, croatas y bosnios bañaban los Balcanes en sangre. En Damasco, veíamos horrorizados las portadas de *Time* y *Newsweek* mostrando un conflicto que duró demasiados años, antes que a la comunidad internacional se le ocurriera reaccionar.

De 1991 a 1995 murieron más de noventa mil personas en los Balcanes; en Siria ya suman más de ochenta mil los cadáveres, las cosas no van por un camino muy distinto.

No resultará difícil encontrar textos sobre lo que ocurre en Siria, de un movimiento pacífico pasamos a una guerra civil. Teherán y Moscú están implicados y se transformaron en corresponsables. Los rusos tienen ahí su salida al Mediterráneo, no la van a soltar tan fácil. Los americanos no quieren otro Irak pero tampoco pueden pagar el costo de tener a Bashar. El apoyo a Assad por parte del gobierno chiita de Irán enfurece a la mayoría sunita de Damasco. El conflicto ya se hizo religioso. Israel ve con prudencia lo que pasa y el Hezbollah juega sus cartas con extrema inteligencia. No quiero entrar a un recuento de hechos y explicar los posibles escenarios, otros lo hacen mejor que yo; además no puedo, en Damasco están mi familia, mi casa, mis recuerdos y herencia, el análisis frío tiende a olvidar el nombre de los muertos.

Cuando todo empezó, nadie se imaginaba cuánto iba a durar esto ni el rumbo que tomaría.

Hace una semana veía las noticias esperando encontrar a Jehad en las imágenes de Al-Jazeera. Algunos periodistas extranjeros han entrado al país pero su trabajo es revisado por el régimen. Una bomba estalló en Hamra, la calle del departamento de la familia; en la televisión vi la ventana del que fue mi cuarto, entonces la garganta se me cerró y desde ese día contengo la respiración en silencio cada que alguien cuenta las víctimas diarias.

Las decenas y decenas de miles de muertos que han caído tuvieron que ser levantados y contados por alguien, por sus madres y hermanos, por fuerzas del Estado, por hijos. Resulta imposible imaginarse el olor del dolor en una calle llena de cuerpos, pero entre las lágrimas del que levanta a su vecino en la plaza central de Homs se toma fuerza.

Desde Occidente vemos la muerte con otros ojos.

Son muchas las razones por las que nadie quiere la intervención

internacional, que por causas obvias no ocurrirá tan fácil. Para quien tenga curiosidad por la zona, no le será complicado localizar los textos que explican la situación geopolítica que impide eso.

Es indudable el camino que los levantamientos han tomado en Siria; el régimen indefendible caerá eventualmente, no hay forma de que se sostenga. Porque incluso los Assad mueren.

La última vez que hablé con Jehad, parecía que estaba a punto de seguir los pasos de Ommar.

Los rebeldes han cercado el aeropuerto de Damasco, el ejército intenta liberarlo.

La gente en las calles no regresará a sus casas porque ese muerto que se tuvo que recoger en la puerta de un edificio permite que el dolor desaparezca con el miedo. El miedo funciona distinto en Occidente que en los países de Levante, no se trata de entender el grado de desesperación que hace salir a sabiendas de que es posible que no se regrese —no están desesperados, son pacientes—, sino de ver que cada masacre sólo provoca que otros tantos se sumen para terminar con la pesadilla que se ha vuelto ese país que vio el nacimiento de las civilizaciones.

La partida de los muertos sólo recrudece el sentimiento de rechazo y permite que otros se alcen.

El tiempo de no sectarizar los conflictos pasó hace muchos meses, no veo nada en el mundo con más miedo. Descubro el verdadero significado del pánico cuando imagino una Siria en la que shias, sunnis, alawitas y cristianos ya no toman juntos el café de la mañana.

Es innegable que las posiciones religiosas jugarán un papel cada día más definitorio en el desenlace de Siria, y cuando hablamos de países en los que la religión se puede tomar muy en serio, los que nos mantenemos al margen de las creencias tardamos en comprender todos los motivos que tienen otras sociedades para seguir actuando.

La reciente condena de Naciones Unidas significa poco; si bien el asunto es mucho más complejo, también puede ser el entender que a cada día que pasa, y me repito a mi misma, sabiendo que es muy posible que no regresen a casa, más y más personas de todas la edades saldrán hasta que caiga el sistema Assad, porque todo el que está en Douma, Doummar, Hamra, Homs, Cham, Idlib, Alepo y otros tantos lugares, sabe que cuando un soldado dispara contra un civil, otro soldado lo verá a los ojos y desertará. Esa es la esperanza que, cargada de tristeza y fuerza, llevan a sus espaldas.

Tengo claro que no volveré a pisar el país hasta que esto termine, y cuando vuelva, no sé en qué condiciones encontraré la casa de Dimah, que aún no conozco; el departamento de la familia, el puesto de shawerma en el que Jehad pedía carne de pollo, o qué conocidos seguirán ahí; algunos son jóvenes en contra del régimen, como el

hermano de Nabil, de quien escuché tanto que lo siento familia. Otros alawitas que probablemente serán perseguidos, como si la dictadura fuera impuesta por un grupo religioso, no por una familia que pertenece a esa vertiente.

Es tanto el odio que llena el país de mi madre, que sin importar si los cabezas de cubo formaron o no parte de algún acto espantoso, serán asesinados.

¿Qué esperanza tiene Jehad?

Como cuando veía las portadas con las atrocidades de Miloševic, ahora lo hago con las de los al-Assad, sólo que las imágenes de Siria son mías.

Es obvio que como especie no hemos aprendido nada, no lo logramos hacer incluso cuando hablamos de estas cosas.

Se descubrió una nueva partícula. El bosón de Higgs podrá ayudarnos a predecir ciertos procesos. Los humanos hemos sido incapaces de lograr eso con nuestros desastres. La física encontrará el origen de la masa antes que entendamos nuestro propio comportamiento. La autodestrucción puede que sea parte de los hombres.

Hoy vuelvo a cenar en casa de Ethel. Su madre va a preparar cordero.

Wissam

Por cerca de un año, Wissam supo poco de Jehad y nada de Dimah.

Las horas de espera frente a una pantalla y los ruidos monótonos de una línea que nunca contestó se hicieron rutina. El abandono que siempre está presente.

En la desesperación, Wissam se tragó su orgullo e intentó contactar a Hassib. Le dejó un sinnúmero de mensajes y envió solicitudes de encuentro en todas las redes sociales en las que aparecía su nombre. Cuándo él por fin accedió a interactuar, ella tardó dos días en poder escribirle a su tío un mensaje que abriera la conversación. El riesgo de tener que soportar una agresión, o por lo menos una majadería, valía para sanar sus angustias. Como si nada hubiera pasado antes, Hassib respondió a su saludo de forma educada, pero la dejó esperando por cincuenta minutos antes de devolverle la siguiente frase que le escribió en su computadora. Si quería hablar con él, Wissam tenía que esperar.

Una sola vez lograron enlazar una llamada de voz y, como ocurría con Jehad, la comunicación se cortó de inmediato. Un marhaba, un hola lleno de subtextos bastó para llevar la imaginación de Wissam de regreso a Damasco.

Luego de esa tentativa y con un esbozo inconcluso de interés del uno por el otro, la cita electrónica que acordaron para ponerse al tanto de lo que les ocurría no sucedió.

Durante meses, Wissam siguió viendo a Hassib conectarse a internet sin nunca decidirse a preguntar cómo estaba, y ella entonces actuó de la misma manera. Puede que en su sinrazón Hassib pensara que la situación por la que él pasaba en el país y sobre la cual ella debía estar más que informada a través de las noticias, ameritara que Wissam diera el primer paso. Posiblemente fue Siria la que, con su guerra de nadie, había logrado reblandecer el corazón de los que fueron familia, o tal vez fue la culpa de aquel hombre, o el terror de una despedida, pero los dos decidieron vivir por un tiempo con la posibilidad de un diálogo que no iniciaron.

Wissam nunca dejó de pensar en Jehad o en su tía, pero su miedo a escuchar de Hassib una noticia que no quería la hizo abandonar los intentos de contacto. En la primavera de 2013 se rindió, ya lidiaba con demasiados fantasmas: los de su herencia, los de los encuentros y los amores.

De lo público y externo, lo que se cubrió por la prensa del mundo, se enteró de todo, pero en lo privado no supo nada de lo que pasó al

otro lado del hemisferio. Al fondo del Mediterráneo las cosas empeoraban, las tragedias de este siglo ya no serían griegas: para tragedias, las de Oriente Medio.

Poco quedó de las calles de Damasco, Doummar, Homs y de Alepo que Wissam llegó a caminar en sus viajes. Las bombas soltadas desde el aire, las ráfagas disparadas de trinchera a trinchera, el golpe de obuses de tanque sobre iglesias, mezquitas, escuelas, tiendas y casas, deformaron el paisaje sirio en los años que duró la guerra. Como era de suponerse, con la lejanía de los tiempos de paz la división religiosa llevó a centenares de mukhabarat y militares, alawitas o no, a dejar sus posiciones y emprender la huida.

Los rumores sobre la permanencia de Bashar quebraron la moral de los de boina roja y fue necesaria la mano dura de Maher para restablecer algo de orden en las tropas. Dos intentos de golpe de Estado se efectuaron en silencio y sin resultados; a mediados del 2012, con el apoyo logístico de la inteligencia norteamericana, una bomba estalló en un cuartel de Seguridad Nacional. Desde los Hermanos Musulmanes hasta los rebeldes que tiraban piedras se responsabilizaron del ataque. Jehad sabía que la bomba fue colocada por uno de sus compañeros, escolta del general Dawoud Rajiha, ministro de Defensa; junto con él, Assef Makhlouf, el cuñado de Bashar, también fue asesinado.

El optometrista que estudió en Londres tenía ojos para ver en la prensa extranjera los rostros de las familias destruidas a causa de sus órdenes, pero no para ver a su hermana llorar los restos calcinados de su marido.

En lo más íntimo de la familia Assad se llegó a decir que Bashar pensó en suicidarse. Dos veces envió a su mujer e hijos fuera de las fronteras para tenerlas a salvo, temiendo que lo derrocaran como a Mubarak o Kadhaffi. Luego las llamó de vuelta, porque no soportaba desayunar solo.

Los rumores entre las filas del Mukhabarat, como el de la autoría del atentado, eran una noticia oficial que no podía ser divulgada. En Siria, hasta la fecha, todos saben lo que nadie dice.

Maher venía tomando el control de las estrategias militares desde que la política de su hermano le dio paso a la violencia, luego Bashar se hizo más violento. Las represalias por los atentados que afectaron la línea de comando fueron más monstruosas que las ofensivas que los provocaron. Día con día, Jehad conoció a nuevos oficiales jóvenes, promovidos a su mismo nivel para tapar los huecos que los caídos y desertores dejaban.

La matanza de Tartus, en la región alawita del norte de Siria, ejecutada por las tropas rebeldes y comandada por uno de los generales sunitas que terminaron a la cabeza del gobierno de la

postguerra, mostró la imposibilidad de unión en el país. Las comunidades volvieron a ser tribus y las tribus querían sangre. Había empezado la persecución de los opresores. El perdón no es humano, para eso estaban las religiones, y los hombres decidieron hacer caso de ellas solo para cobrar venganza por sus muertos.

A las semanas de la matanza, fue profanado el cementerio en que estaban sepultados la madre y el abuelo de Jehad. Los cuerpos de los alawitas se usaron como blancos de tiro, y con sus huesos fueron encendidas grandes piras cuyo humo se alcanzó a ver desde los poblados más cercanos.

Los rusos accedieron a entablar pláticas con la OTAN para intentar poner una solución a la crisis. Desde que la violencia escaló a un punto incontrolable, todo el mundo sabía que mientras Moscú siguiera siendo el principal aliado de Damasco y, con ello, el apoyo incondicional de Teherán continuara, la guerra no terminaría, y un nuevo gobierno que no tuviera el beneplácito de todas las partes no llenaría el vacío que dejaba la dictadura.

La cercanía de la derrota se sentía en las piernas de los oficiales.

En la Cuarta Brigada, en la infantería y la fuerza aérea, llegó a ser difícil encontrar soldados no alawitas saludando a Bashar y marchando al lado de Maher. El menor, el inestable, el más agresivo de los hermanos Assad, dejó su puesto de mando en la retaguardia para ensuciarse el uniforme y disparar contra su pueblo.

No fue el debilitamiento de los ejércitos del régimen lo que acabó con la dictadura de casi medio siglo; eso se permitió que pensaran los que se quedaron.

Las conversaciones de la comunidad internacional tomaron meses en dar algún tipo de resultado; se promovieron pláticas entre los que Occidente señaló como destacados y en los que vio un nuevo gobierno. Mientras en Estambul los exiliados de la época de Hafez se encontraban con los huérfanos de Estado que dejó su hijo, las bombas se siguieron arrojando sobre los barrios que rodeaban el castillo de Alepo, los mercados de Damasco y los minaretes de las mezquitas de Homs.

De Daraa y de Idlib ya no quedaba nada.

Jehad llegó a la puerta de Dimah a las cuatro de la madrugada del último día que lo vieron en las calles de Damasco. Se encerraron hasta la noche siguiente. Platicaron por tantas horas que dio tiempo para que el sol saliera y la silueta cuadrada del alawita se pudiera identificar a lo lejos.

—Dile a Wissam que estoy muerto, así no vendrá a buscarme. Que mi cuerpo fue arrastrado por el patio de los Omayyad y en la puerta de la mezquita me prendieron fuego mientras aún gritaba, así no querrá enterrarme.

Permanecer de pie en la mente de Wissam era lo único que le importaba. Había perdido el temor de ser condenado; de eso, aunque lo dejaran vivo, sabía que no escaparía. Los hombres de fe sufren cuando llega el tiempo de arreglar sus cuentas.

Puso en riesgo a Dimah al momento de entrar a su casa para avisarle que huiría, pero desertar sin decírselo era un acto de descortesía. Despedirse de su amiga, por lo menos le recordaría la mañana en que ayudó a empacar a Wissam y le daría fuerza para seguir solo. Dimah no lo dejó irse sin saber su destino; él fue discreto, le dio varias opciones, y juntos, hicieron cuentas de la cantidad de dinero que necesitaría para viajar a donde jamás lo encontraran. Planearon tres rutas, ninguna a México. Todo estaba demasiado podrido como para pensar en iniciar de nuevo; para Siria era lo mismo, pero un Estado tiene décadas para reponerse de si mismo, las relaciones no aguantan tanto.

A las once de la noche, Jehad estacionó su Honda en Bab Sharki, con una maleta de tela a su espalda, igual a la de Ommar. Caminó hacia el sur del viejo Damasco amurallado, el de Saladino, hasta Bab Tumma y avanzó tres calles, giró a la derecha, se detuvo frente a una tienda de antigüedades que tenía en su escaparate un collar de turquesa que a Wissam le habría gustado; a él más regalárselo y ponérselo en su departamento, tomando café antes de caer desnudo junto a ella. Recuerdos de lo que no sucedería. El pasado destruido en el presente de los sueños de quienes viven en un país en guerra.

Frente a la puerta de Maryamia, tardó diez minutos en encontrar un timbre que avisara en su interior que él estaba afuera. No sabía si el padre Elián seguiría a cargo, pero estaba dispuesto a intentar encontrarlo.

La habitaciones de Maryamia estaban unos metros a la derecha de la entrada a la sacristía de la capilla principal. Su techo había sido destruido por un mortero que cayó por error en el patio, prendiendo fuego a las vigas de más de cien años. Rebeldes y gobierno pidieron disculpas por el hecho. El agujero que dejó el incendio estaba cubierto por plásticos azules, que dejaron ver la luz de la linterna que se prendió adentro.

Cubierto con una bata que parecía abrigo, roja con brocados dorados, salió el padre Elián, apuntando su luz a la puerta de reja.

El sacerdote reconoció de inmediato al alawita, que salvo los signos que demacraban su rostro tenía la misma expresión ilusa y temerosa del día en que se conocieron. La obviedad pedía que el primer tema de conversación fuera la familia Halabi, su presencia a esas horas en la iglesia solo podía significar una urgencia. Entraron apresurados a las oficinas, una jarra de vino fue puesta en la mesa para despertar al clérigo y apresurar las explicaciones del recién

llegado. El padre Elián no preguntó si el musulmán bebía, él también era árabe, y en una mesa árabe no se pregunta si se quiere lo que se sirve. La mala educación está en no aceptarlo, las reglas de la casa son las del que abre la puerta.

El padre Elián estaba al tanto de la muerte de Mina. En su momento una misa fue dedicada a su memoria. A los tres y a los nueve días se pidió el perdón por sus pecados. De Dimah, el padre sabía poco, rezaría por su salud. Wissam era un tema lleno de críticas; la brutalidad de las palabras del ortodoxo estremeció a Jehad. Youssef tenía razón en su única petición, el alawita nunca debió permitir que la heredera de América se enamorara. Al padre Elián no le importaron las reglas sobre el sexo que los credos imponían; permitir en un terreno hostil la vulnerabilidad de dos seres era suficiente fallo. La bendición era un arma contra sus acciones.

Jehad llegó a Maryamia para pedir refugio. Si bien algunos templos de provincia habían sido blanco de ataques, la geografía de la iglesia del Patriarcado de Antioquía en Damasco brindaba un espacio en el que él tendría tiempo para dejar de ser buscado por el Mukhabarat, los primeros que lo perseguirían por traición.

Jehad hizo lo que pudo para que todos lo dieran por muerto. Su intención era ir a Jordania, de ahí viajaría a Sudán, donde ni los americanos se atrevían a entrar con tranquilidad. En las tribus africanas que sirvieron de refugio para Al-Qaeda, él se escondería hasta el final. Los árabes viven planeando su muerte, los judíos también, solo que ninguno de los dos lo acepta.

El padre Elián no preguntó el porqué de la huida, si se trataba un acto de conciencia o de miedo, ese era problema de Jehad, solo importaba la clemencia. El sacerdote incluso ofreció una opción que se asomaba más viable: con sus amigos en la congregación maronita de Líbano, Beirut parecía en un principio una buena idea para desaparecerlo del mapa, pero Jehad sabía que algunos mukhabarat, más notables que él y por lo tanto protegidos, ya habían sido trasladados a las calles del país vecino, para refugiarse con el Hezbollah y establecer la ruta de apoyo entre los fundamentalistas islámicos y el gobierno de Damasco. El padre Elián rezó por Lana y Nabil, que con esas nuevas se encontraban a merced de su destino en los campos vigilados por el Partido de Alá.

La única condición que se le impuso a Jehad para permanecer en Maryamia fue olvidarse de Wissam. Ya se lo había propuesto a sí mismo, pero hombres como él no eran confiables, y con la garantía de su vida, el padre Elián lo llevó a la habitación que ocuparía por meses, limpiando de noche los pisos cristianos a cambio del anonimato y una cama.

Los planes de permanencia de Jehad en Maryamia no eran tan

largos como resultaron; el aumento de vigilancia en las calles de la ciudad limitó las posibilidades de su salida y la barba negra, que iniciaba arriba de los cachetes, apenas un par de centímetros bajo sus ojos, creció hasta cubrirle el cuello.

Como si fuera un sacerdote más, al verlo caminar con una escoba bajo las sombras del campanario era fácil confundirlo con el clérigo griego, solo el sombrero litúrgico diferenciaba la altura de su frente que, cubierta, parecía tener la misma forma entre alawitas y los descendientes de Bizancio.

Tremores se habrían sentido en la cabeza de Wissam si ella se hubiere enterado de lo que ocurría entre las paredes del patio de esa iglesia. Confusión absoluta de haber visto a Hassib llegar al medio día de un jueves, totalmente destruido por no saber qué era de su hija, para consultar al padre Elián sobre uno de los monasterios de Sednaya, a treinta kilómetros de la capital. Al verlo entrar y detenerse para persignarse frente a la tumba del patriarca, Elián mandó a Jehad que cerrase las cortinas de su cuarto y se guardara en él, para que el mayor de los Halabi no lo viese ni lo sintiera.

En su soledad y encierro, la salud de Dimah había empeorado dramáticamente. La sangre tardaba demasiado en llegarle a las piernas y el morado de sus venas ya se veía en lo más sensible de su piel. Los dolores de Dimah eran iguales a los que sintió su madre, obligándola al sedentarismo de un sofá avejentado.

Por momentos Hassib no ejecutaba tan mal el papel de patriarca de la familia. Cuando Dimah le marcó entre lágrimas para pedir que le llevara un poco de comida, él volvió a tomar el control sobre su independencia y vida. Las visitas, que habían quedado en el olvido, se hicieron diarias para compartir los platos que su mujer cocinaba la tarde anterior o la semana previa, llegando en refractarios de plástico que él lavaba para quitarles lo añejo del olor.

El camino de Doummar a Koura se transformó en una ruta peligrosa; retenes de ambos bandos del conflicto se apostaban para revisar a quien pasaba por las carreteras. Un boina roja, un soldado cubierto con kafie, un militar uniformado de verde probaba con sus dedos sucios las pastas italianas que alimentaban a lo que quedaba de la familia Halabi.

Dimah no aguantaría mucho más en esas condiciones. Tampoco Hassib, a su edad, podría soportar mucho más el riesgo de enfrentar a un veinteañero que en un arranque de euforia le disparara en la cabeza por verlo a los ojos, mostrando disgusto ante los abusos de cualquier fracción de los combatientes.

En Sednaya, un monasterio llevaba más de cincuenta años habilitado como casa de salud para enfermos que contaban sus días, auspiciado por la Iglesia Siriaca Ortodoxa; en su interior fueron

atendidos los que no podían pagar por atenciones en hospitales y asilos privados. Su condición altruista los había mantenido a salvo de las bombas en los tiempos de guerra, con Israel antes y ahora con ellos mismos.

Al monasterio solo llegaban los que la Iglesia recogía, los que deambulaban en su miseria y eran levantados por la misericordia de los creyentes. Ese día, Hassib fue a Maryamia para pedirle al padre Elián que fingiera que su hermana había sido hallada en la calle, sin identificación ni origen.

En grandes salones con camas compartidas, trescientas ancianas acompañaron a Dimah, muchas en mejor estado que ella. Sus ociosas conversaciones, próximas a la locura, la aislaron de lo que pasaba en el resto del país. Una sola vez, el recuerdo de la guerra que se peleaba unos metros afuera volvió a la cabeza de una mujer que estaba senil antes de los sesenta años: el primer día de Ramadán del año católico 2013, cuando el cañonazo que anunciaba el inicio del ayuno religioso sonó en los cielos cercanos a Sednaya, Dimah preguntó:

—¿Bashar?

Un diácono esperó a escuchar si tras la explosión algo impactaba el suelo, entonces respondió:

—*La, Ramadán.*

Jehad fue la segunda voz que convenció al padre Elián de falsear la declaración que le dio asilo a su amiga. Entonces una segunda condición le fue impuesta. En una maniobra de triple beneficio, aceptó convertirse al cristianismo para expiar sus acciones y dar continuidad a sus labores, realizando lo que al clérigo real no le daba ningún placer: otorgar su fe a cambio del refugio de Dimah y formalizar su condición dentro de la Iglesia griega.

La noche antes de ser bautizado, Jehad entró a la sacristía del padre Elián y tomó el sombrero del sacerdote; alto y redondo como un tarbousche turco pero negro, tan grande que su circunferencia ocultaba perfectamente la cuadratura de su cabeza. Con el nombre de bautizo que le fue dado al día siguiente, su gran barba y la frente cubierta, el pasado del alawita quedaba en la discreción del padre. Saber la verdad era su condena.

Jehad se despojó de su cinturón y ropa, fue cubierto con un camisón suelto y largo. El padre Elián le tomó con las manos la cabeza descubierta y le dirigió la frente hacia el oriente; tenía los pies descalzos y las manos pendientes. Revestido con su estola, el sacerdote le sopló tres veces en la cara, rezó tres veces haciendo la señal de la cruz en su pecho y arriba de los ojos. Jehad repitió tres veces las oraciones y las promesas abjuratorias. Después de las bendiciones del agua y el óleo, el alawita fue inmerso tres veces en la pila bautismal. Fue confirmado de inmediato.

Se obviaron las confesiones; no había fe suficiente que pudiera darle penitencia a las acciones de Jehad, y el padre Elián no quiso enterarse de sus brutalidades.

La urgencia del país y la bondad del padre Elián forzaron a su ordenación; ya no se trataba de un asunto de fe como de piedad política. Si se aceptaba refugiarlo en el interior de la iglesia Maryamia, el riesgo tendría que ser minimizado. El padre Elián se escudó en la guerra para hacer las funciones propias de un obispo; las ordenes sacramentales sobre las que no tenía autoridad. Se le confirió a Jehad el título de diácono, el menor rango que el padre se atrevió a darle para permitirle usar las vestimentas sagradas.

Jehad nunca apareció en las misas dominicales; tenía prohibido el contacto, verbal y de vista, con cualquier externo, pero ya no era necesario que barriera de noche. Algunas señoras, de las pocas que durante la guerra seguían frecuentando la iglesia, llegaron a pensar que el nuevo diácono, que Elián decía había llegado de Maálula, era un mudo o había hecho votos de silencio. Jehad, el cristiano, solo habló con el padre Elián en las jornadas nocturnas de catequesis que formaban parte de las intenciones para hacer más transitable el ultraje. También dijo *marhaba* en una ocasión, por teléfono, cuando le marcó a Wissam a México y los gritos de emoción que se escucharon del otro lado de la línea le hicieron darse cuenta de que no tenía derecho a dar esperanzas a quien había perdido todas con su ausencia.

De la muerte de Dimah, el diácono Jehad y el padre Elián se enteraron por una carta del monasterio de Sednaya que el correo convencional depositó en el buzón de Maryamia. La carta estaba abierta y vuelta a cerrar con cinta adhesiva; o el Mukhabarat o los rebeldes la habían interceptado en el camino; como lo que se decía en ella no era de importancia para nadie, fue devuelta al servicio postal para ser leída.

La senilidad prematura de Dimah fue auténtica, pero en ella hubo uno que otro momento de acierto. Con la ayuda de un sacerdote de Sednaya que gustaba de tener encuentros privados con las internas, Dimah fue capaz de realizar su testamento con todas las de la ley. No cometería el mismo error que la madre de Wissam, y aunque la propiedad que compró en Koura con el dinero de la venta de la casa de su hermana estaba abandonada desde su salida y seguramente dentro de los planes de expansión territorial de su hermano, esta tendría que quedar desde el instante en que ella muriese a nombre de su sobrina mexicana. Dimah tomó las precauciones necesarias para la eventualidad; en caso que Wissam no pudiera o quisiera regresar al país a reclamar su nueva herencia, al plazo de cinco años de su fallecimiento la casa pasaría a manos de una beneficencia que auxiliaba a niños palestinos desplazados, para que continuaran con sus

estudios.

En el testamento estaba marcado que sus últimas voluntades también fueran entregadas al domicilio de Hassib, a quien solo le dejó las pinturas con ornamentos mexicanos que había hecho en sus buenos momentos. Una sutil y triunfante dedicatoria de las hermanas a las que odiaba y quería tanto.

La muerte de Dimah no le dolió tanto a Jehad como el no haber podido comunicársela a Wissam, el único vínculo afectivo que le quedaba en el país se había ido. Su conversión tampoco le resultó complicada, lo que en un principio fue una salida para conservar su integridad terminó en una adaptación tan congruente como la religión misma. Noche tras noche, antes de dormir, se sentaba en el borde de su cama para quitarse el atuendo que ocultaba su silueta alawita y sonreía, no por el éxito del camuflaje, sino por la coincidencia que implicaba que el único recurso capaz de ocultar su verdadera identidad, monstruosa y llena de crímenes, fuera el accesorio que diferenciaba a una creencia de la otra. Solo un sombrero de esos le habría quedado de forma tan precisa y perversa, física y espiritualmente.

En América convirtieron a los indígenas sin que estos lo pidieran, ocho siglos de árabes y moros hicieron musulmanes a los hispanos. Cambiar de Dios no era más que tirar una vestimenta para usar otra. Como ortodoxo, Jehad no cambió de Dios porque, para los que creen, Dios era el mismo, que solo existe mientras existan los hombres. De la brutalidad de la dictadura se pasó a la masacre sectaria en nombre del Supremo, y desde los cielos se perdonó a todos los asesinos.

Siria fue una por muchos años, pero solo durante el tiempo en que las diferentes religiones podían compartir la acera.

Antes de la guerra civil, se salió a las plazas por reformas, pero la mezquindad de los hombres fue tal, que al final pocos se acordaban de lo que originalmente habían pedido. La política es también una acción divina.

—¿Qué tan mezquino habrá sido Dios, para crearnos a su imagen? —se preguntó en su miseria el alawita que había por fin amado.

La puerta por la que pasó el apóstol Tomás, era idéntica a la de Saladino; por ella atravesaron los cruzados y los mongoles, también Mahoma y Alí.

Durante su conversión, Jehad regresó a los estudios religiosos, que había abandonado desde los tiempos en que su abuelo le hacía aprender el Corán de memoria. Con los exámenes del Nuevo Testamento que vigiló el padre Elián, revisó la historia del mundo y no encontró a un solo tirano agnóstico, mucho menos ateo. Ni alawitas ni sunitas, ni cristianos o chiitas, volvieron a brindar juntos.

Cada uno tenía a su Dios, que era no el mismo. Bashar se empeñó en recordárselos durante años.

Hasta su caída, los Assad no aceptaron que una guerra sucediera en su país; cerca de cien mil murieron a manos de nadie.

Una tarde, la unidad del aprendiz que un día estuvo bajo el mando de Jehad patrulló el barrio cristiano. Parado en la parte trasera de un Jeep, sosteniendo entre sus manos unos binoculares para ver el interior de las ventanas de las casas, el verdugo descubrió a su tutor limpiando la tumba del patriarca. La barba podía ocultarlo de los poco entrenados, pero la mirada de quien como él había atormentado era reconocible para otro torturador.

Al amanecer siguiente un tanque fue llevado a la puerta de Maryamia. Apenas cupo por la calle, las paredes de las construcciones contiguas fueron talladas con el paso del blindado. Un obús fue suficiente para volar gran parte de la iglesia. El padre Elián perdió un brazo; para Jehad y Wissam la guerra terminó esa mañana.

Hace una semana, Air France reanudó sus vuelos desde París a Damasco. El nuevo gobierno sigue pidiendo visa, pero al parecer en la embajada, le están haciendo la vida fácil a quienes quieren ir a recoger los restos entre los escombros.

Wissam

Wissam vivió la guerra civil siria en carne y a distancia. A su lado, Ethel sufrió la angustia de una amiga que se hizo hermana. La judía asintió al imaginarse los relatos que Wissam contó de sus días en Damasco. El terror de sentirse entre las balas no tenía forma de compartirse con quien no las hubiera escuchado.

Así como Ethel, el mundo entero vio las fotos de los muertos, sus horrores e historias, por más que estremecieron a los espectadores, apenas lograron la empatía que se provoca en esos casos, pero esa empatía nunca es suficiente.

Los pocos kilos que ganó Wissam en Siria, cuando Jehad y Mina volcaron su amor en comida, se fueron perdiendo a las semanas de su regreso, por eso Ethel la invitó tantas veces a comer con sus padres, porque ni en el avión en que se conocieron probó bocado. Wissam tuvo la boca cerrada desde el momento en que encontró con quien platicar sobre lo que había dejado. No solo era Jehad, sino su pasado. Su salud pagó la tensión de las peores sospechas, los nervios le deshicieron la piel, las manos empezaron a resquebrajársele, se secaron, las grietas de los dedos se hicieron profundas y sangraron. Con tela adhesiva, Wissam envolvió los puntos en que sus articulaciones se doblaban, para evitar que las heridas crecieran.

En México, las cosas mejoraron cuando la resignación intentó entrar a su mente y, muy adentro, se hizo a la idea de que Jehad y Dimah habían muerto, aunque necesitaba enterrarlos.

En las múltiples reuniones, incluso en las entrevistas que dio a periodistas que la contactaron a través de amigos en común, en las que se le preguntaba sobre Siria, sus reacciones y palabras eran lejanas a las de la mayoría de los entrevistados, casi todos corresponsales de guerra que respondían comparando a Siria con los conflictos del mundo en que habían estado, en los que se luchaba por la caída de las tiranías. Los puntos de vista de Wissam no obedecían a esa euforia permanente entre las sociedades más civilizadas, que siempre están del lado de los vencidos: la cualidad más humana de los bípedos.

Wissam sufrió al tener intereses con los buenos y con los malos.

Fue lógico que encontrara en los judíos a sus pares; hasta ellos mismos se saben algo iguales a los que hablan árabe. Una familia judía progresista, normalmente es incapaz de hablar de Israel sin sentir culpa por los expulsados palestinos; ninguno estará orgulloso de los bombardeos a Gaza o por los campamentos y asentamientos en territorios ocupados, y sin embargo tienen que convivir con eso a

diario.

Wissam, obviamente, desde lo más tierno de su infancia anhelaba el fin de los tiempos de los Assad; por miedo a ellos su madre no volvió a su país hasta estar cerca de su muerte, y es por ellos que había construido una nueva vida.

Muchos años antes, cuando Hafez murió y ella estaba en México, saltó de la cama desde la que veía las noticias y le marcó a Noura, que lloraba de alegría. Si alguien dice que nunca ha deseado la muerte de otro es que jamás le han hecho suficiente daño, pero esa fiesta no sucedió cuando Bashar y Maher desaparecieron y los rebeldes tomaron control de las ciudades. Wissam soñaba que con el fin de la guerra Lana y Nabil, si seguían vivos, pudieran regresar a los brazos de su padre para avisarle que tenían un hijo, que nació en la tierra y entre las fogatas de invierno que protegían del frío a los desplazados.

Ethel terminó siendo capaz de recitar de memoria las fantasías que tenía Wissam para su regreso.

Llegó a imaginar que Jehad la estaría esperando en su departamento, como si el tiempo se hubiera detenido con su salida, porque el tiempo se detiene cuando nos vamos de un lugar que queremos, como la imagen de ese parque en el que jugamos de niños, que no cambia por haberse quedado grabado en nuestros recuerdos.

En la época de estabilidad reciente, los mukhabarat habían sido amables con ella y su familia, pero la entrada del nuevo gobierno ponía un fin seguro a las bondades de los influyentes.

Wissam quería que terminara la guerra, vomitaba al contar sus muertos pero sufría al pensar el futuro de los alawitas: eran la parte del país que mejor había conocido.

Fue más agresivo el tiempo en que desde México vio las columnas de humo de las explosiones junto a su casa, que el paso por las protestas de Doummar.

Con las garantías que el nuevo gobierno dio a la Liga Árabe y a los países miembros de la OTAN, se reabrieron las fronteras. Era tiempo de recoger los pedazos.

En todos los escenarios que se había dibujado para su regreso, ninguno contempló la paz. Es una zona del mundo que no está acostumbrada al no belicoso y posiblemente jamás llegue a estarlo; ahora había que saber que hacer con ella y sus consecuencias.

Los padres de su amiga intentaron nuevamente convencerla de que era pronto para volver al país de su madre; los riesgos que enumeraban anulaban cualquier posibilidad para que Ethel la acompañara y reanudara la empresa de encontrarse con su origen sirio, pero Wissam tenía miedo de viajar sola a enfrentarse con sus ruinas.

Ethel y yo compramos un boleto a París. Ella me esperará allá. No pienso estar en Damasco más de diez días: el tiempo para saber si Lana pudo regresar y buscar a Dimah y Jehad. Quiero que él vuelva conmigo, al menos por un tiempo.

Llevo dos semanas tratando de comunicarme con ellos, pero ni Hassib se ha conectado en los últimos meses.

Supongo que no hay líneas de teléfono nuevas; de tenerlas, Jehad me habría buscado. ¿O ya pasó tanto tiempo?

Espero darles una sorpresa.

Voy a conocer la nueva casa de Koura.

A quién engaño, sé que no voy a encontrar a nadie. ¿Jehad me seguirá queriendo?

Prometí a los padres de Ethel que les marcaría todos los días, para que ella pueda hacer lo mismo y decirles que estoy bien.

Wissam

El aeropuerto de Damasco estaba en reconstrucción. La base militar que anteriormente estaba a un costado de las pistas de aterrizaje fue destruida a punta de granadas y sus explosiones afectaron la terminal civil. A la llegada de Wissam, no hubo boinas rojas que inspeccionaran a los que entraban. Decenas de cascos azules cuidaban las áreas de recepción de equipaje; un destacamento entero de soldados de Naciones Unidas era el encargado, junto con las tropas del nuevo gobierno, de la seguridad de los viajeros y las instalaciones. La gigantesca bandera de franjas verde y negra colgada de una pared llamó la atención de Wissam; ocultaba la pintura con los rostros de los Assad, que aún no había sido retirada. La cafetería en que se sentó por última vez con Jehad y su tía estaba siendo remodelada para dar lugar al establecimiento de una cadena de comida rápida, que ya había enviado al país árabe un par de letreros luminosos con su logo.

¡Maldita democracia!

Imaginó que en cuestión de días se podrían pedir hamburguesas de cordero aderezadas con baba ghanoush en lugar de mostaza. Auguró el éxito que tendrían sobre los sándwiches callejeros de shawerma y falafel. Algo en esa combinación parecía no ser tan mala idea.

Un hombre demasiado amable le revisó sus documentos y selló su pasaporte; todavía utilizaban los estampados de la vieja república, esos serían los últimos en reemplazarse, primero habría que encontrar cuales serían los nuevos emblemas.

Un local de Hertz a medio armar ya prestaba sus servicios; la impresionante cantidad de periodistas occidentales que esperaban formados su turno para rentar un auto la convenció de pedir un taxi en la puerta de la terminal. Además, era muy probable que hubiera olvidado las rutas que tomaba.

Abordó el taxi y en el asiento arrojó su maleta a un lado; no viajó con demasiado equipaje. Saludó en árabe y dio la dirección de la casa nueva de Koura que Dimah había enviado en su último correo. En el camino no pudo reconocer ni una de las calles; la inmensa mayoría de los edificios a su paso estaban destruidos, con las paredes caídas y quemadas, sin vidrios y con mujeres acomodando muebles en los interiores; departamentos una vez techados que quedaron al aire libre. Mientras, simultáneamente, los hombres colocaban ladrillos para completar los muros que fueron derrumbados.

Afuera de Souk Hamidieh, la gran estatua de Saladino se encontraba en el suelo. Solo una de las patas del caballo en que estaba

montado el sultán se sostuvo en el pedestal de casi dos metros y las cabezas del héroe y el equino se veían tiradas en el suelo, a unos metros una de la otra.

Las calles estaban llenas de vendedores ambulantes que ofrecían telas, linos y sedas bordados para confeccionar cortinas y almohadones, y mostraban a los conductores que se detenían en los semáforos de las avenidas carpetas plastificadas con fotos de refrigeradores, televisores y otros aparatos que comercializaban como si se tratara del catálogo de una tienda sin local.

El taxista intentó iniciar la plática; preguntó si ella hablaba inglés. El hombre presumía de hacerlo a la perfección. Wissam le respondió en un español con acento francés y utilizando artículos en inglés, evitando así continuar con el momento. Sacó de su bolsa una cajetilla de cigarros y ofreció compartirlos, pidiendo autorización para fumar dentro del coche. El conductor la dejó que prendiera uno.

—Glass, glass.

Le señaló la ventana para que la bajara y dejara escapar el humo, pero no aceptó uno para sí: lo estaba dejando. Ahora los sirios se preocupaban por su salud.

La ruta a Koura fue el camino mismo del abandono y la resurrección; un intento de lágrima se le quedó a Wissam en los párpados, ella ya no lloraba, sentía en ello una pérdida de tiempo que no devolvía las razones del sufrimiento.

—Distracción de los débiles que no encuentran otra forma de expresarse más que mojándose los ojos.

Como ocurrió con los memoriales de Stalin, Lenin y Tito en la vieja Europa del Este que siendo ella más joven vio en las portadas de las revistas americanas, las estatuas de Hafez y sus hijos eran removidas con cuerdas por hombres que gritaban victoriosos al tirarlas al suelo.

Al inicio de la carretera al monte Qassioun, un camión militar lleno de costales de cemento vaciaba su carga para que un grupo de diez obreros rehiciera la acera destruida durante las hostilidades.

Por el camino no vio a un solo chiita con la cabeza cubierta. Sus turbantes negros, que avisaban de la sangre derramada de un enemigo, dejaron de ser frecuentes en Damasco. Cuando pasaron por la ciudad amurallada y rodearon Bab Tumma, solo musulmanes suni caminaron frente a ella. Ni una sola cruz en el pecho se dejó ver, posiblemente porque todas las mujeres bajo la puerta eran jóvenes con la cabeza tapada por una seda blanca, y parecían estar felices.

Siria no solo era sus edificios, casas, mezquitas y mercados; estos se terminarían levantando con el tiempo. Tampoco los castillos antiguos que fueron demolidos por las bombas; piedras nuevas, claras, más brillantes que las colocadas por los cruzados, griegos y romanos,

ocuparían el lugar de las caídas, resanando, y recordarían, como cicatrices, las masacres. Pero ni los distintos musulmanes ni los cristianos volverían pronto a sentirse seguros unos con los otros. Muchos años tendrán que pasar para que vuelvan a confiar en sí mismos y recuerden que, más allá de sus creencias, son árabes y son paisanos.

Koura ya solo era Koura; los propietarios de las casas de ricos ya habían cambiado los letreros de sus esquinas que anunciaban las calles y el al-Assad que daba apellido al vecindario era cosa del pasado desde la semana anterior. La nueva casa de Dimah estaba más al oeste que la de Noura; Wissam se ahorró pasar enfrente del último deseo de su madre. En lugar de dar vuelta a la derecha, el taxi giró a la izquierda y contando los números que se encontraban en las fachadas, comparándolos con los de un papel que sostenía en sus manos temblorosas, dieron con el cincuenta y dos de la calle Faisal, 2nd. Island.

Como los humanos, las casas respiran; cuando nadie las cuida, se caen. Wissam logró hacerle entender al taxista que esperase, compró su día con un billete de cien dólares americanos y se dio cuenta de que no fue necesario cambiar su dinero a libras. La puerta principal estaba cerrada, un pequeño pasillo de tierra llevaba al patio posterior, que originalmente debió albergar un jardín. Los gritos de Wissam con el nombre de Dimah se escucharon por toda la manzana y nadie salió a recibirla; desde una ventana vio que ni un solo mueble había quedado. Por la puerta trasera, la del jardín olvidado, que no estaba bien cerrada, Wissam entró a una tumba. Las paredes estaban vacías, ella temblaba, las esquinas llenas de orines y los gatos callejeros habían dejado sus excrementos en todas las habitaciones. La casa era más pequeña que lo que Jehad había descrito; en los restos del jardín, un pimiento verde que encontró la forma de sobrevivir comenzaba a fructificar. Dimah mantuvo su palabra, sembró las semillas que Noura trajo de México. El único testigo de que una Halabi había estado en ese terreno era una planta.

Atea como pocas pese a sus orígenes ortodoxos, Wissam se encontró pidiendo a Dios que Hassib hubiese robado las cosas y que su tía se hubiera mudado al departamento de Hamra. El tiempo se hizo largo, quedaba poco de la tarde. Dejó de fingir ante el taxista, puso a prueba su admiración por lo sajón y el entusiasmo que sienten los países pobres con los turistas. En inglés, pidió que la llevara a Damasco, a Hamra, pasando por Doummar; le dio diez dólares más para evitar preguntas. Una escala breve para arreglar sus cuentas. En su enojo, contó la parte de su historia que era confesable. El alawita no figuró, ella aún no sabía en qué se había transformado la policía.

Los riesgos de los que hablaron los padres de Ethel no eran

físicos, querían protegerla de lo que le pasó.

Doummar resintió más que ningún otro suburbio los embates de la guerra y Wissam no pudo reconocer los caminos que la llevaron a su destino. Dieron vueltas hasta que empezó a obscurecer y las nubes naranjas no ayudaban a perder el carácter melancólico de su visita. Las calles mantenían el hollín de los incendios, los estacionamientos estaban llenos de los restos de coches quemados y el edificio de Hassib replicaba el escenario de la casa de Koura, pero su puerta derribada pronosticaba un peor destino.

Dos casas olvidadas, un camino hecho trizas, el espíritu victorioso de los que no fueron vencidos y reclaman los pedazos. Todo el que conoció Siria la extrañaría desde ese entonces, porque los Assad se la habían acabado.

Sin pista alguna, el recorrido siguió hasta la calle Hamra; ahí Wissam tocó con sus dedos la pared incinerada del edificio, que se había quemado por la explosión del coche bomba que vio en las noticias desde México. En todo ese tiempo, nadie intentó limpiarla. El edificio estaba en buen estado, las escaleras olían a viejo, como siempre, con el aroma apolillado del pasamanos que había soportado más guerras que las construcciones nuevas. La esperanza regresó a su mirada, pero de nueva cuenta nadie abrió la puerta; a través de su marco alcanzó a ver los cerrojos que atravesaban y se metían por la pared, pero con el taxista que seguía esperándola en la calle y sin luz que le permitiera hacer algo, decidió buscar un hotel para pasar la noche.

El emblemático Cham Palace estaba cerrado; en sus puertas los civiles armados que las resguardaban hacían que los peatones aceleraran el paso para salir de sus límites. A falta de edificios oficiales en los que el nuevo gobierno pudiera reunirse, en el interior del simbólico hotel se estableció la sede del consejo que proclamaría los rumbos del país nuevo. Wissam se registró en el Sheraton, pidió una habitación con una sola cama pero le dieron una suite con dos Queen Size, que le recordaban el fracaso de su llegada. Dejó sus cosas, se metió a la regadera, pensó en bajar al restaurante para cenar algo y salió por la puerta principal para abordar otro taxi que la llevara al viejo barrio judío, al departamento de Jehad.

El taxista del Sheraton terminó bajando del auto para sostenerla en su brazos. Wissam se estremeció cuando vio los cimientos que una vez sostuvieron el lugar donde dormía acompañada, se dejó caer en la calle y llevó las manos a la cara. No quedaba ni un piso de pie, la escalera que subía tres niveles colgaba gracias a las vigas del techo de la planta baja y las varillas de acero, dobladas, sobresalían entre los bloques de piedra que una vez fueron paredes.

A su alrededor, un edifico en ruinas, una farmacia abierta: el

bulldozer que unos meses atrás recogía los cuerpos para arrojarlos a las fosas, ese día levantaba los escombros.

Wissam tardó más de media hora en reponerse; en el camino de vuelta al hotel no dijo nada; tampoco el chofer, que al llegar no le cobró. Rechazó el dinero de Wissam y rezó por sus muertos.

En París, al teléfono, Ethel soportó el silencio que siguió a los saludos de la recién llegada, le pidió a Wissam que adelantara su vuelo de regreso, pero quedaba Maryamia.

La incertidumbre le era familiar pero ya no era miedo, no tenía nada más que temer. La noche cayó y tuvo que pedir a la recepción del hotel dos pastillas de un ligero somnífero para poder dormir y descansar un poco. Con el estómago vacío, la droga hizo sus efectos demasiado rápido; despertó en la madrugada, sin fuerzas en las piernas y con dolores en el pecho, vomitando líquidos sobre las ropas de día que aún traía puestas.

El taxi del siguiente día la dejó a unas calles de la iglesia, quería caminar sola y borrar de su cabeza las ideas de esperanza. En una tienda de antigüedades que salvó sus vitrinas compró un collar de turquesa; le costó setenta dólares, veinte veces más de lo que le hubiera costado un año antes.

Al acercarse a Maryamia, vio al padre Elián, manco y con la manga de su hábito colgándole sobre la espalda, haciendo esfuerzos para colgar una alfombra recién lavada para que se secara al sol sobre su reja. El sacerdote la recibió con un no que se leyó entre sus labios. Creyendo que el religioso no la reconocía, Wissam se presentó como si no lo hubiera hecho antes; él la recibió cariñosamente, en la confidencia del dolido, con el tierno abrazo de alguien mutilado que, para tener con quien hablar, había aprendido inglés.

Todos los iconos habían sido robados, sus marcas se alcanzaban a ver sobre las paredes, que eran más obscuras alrededor de donde una vez estuvieron colgados. El mármol de la tumba del patriarca estaba quebrado, un trozo de la plancha que tapaba el sepulcro estaba tirado en el suelo, pero pesaba demasiado para que ese hombre inválido la levantara. Entraron a la iglesia, se sentaron en una de las bancas de la nave; ahí, él la puso al tanto.

La muerte de Dimah no cayó de sorpresa, ventaja de los que se imaginan la muerte antes de que suceda. Ella preguntó por sus restos, pero el padre no sabía. De Hassib y sus hijos, la última noticia que se tuvo fue que se encontraban en su casa de verano en Marmaita, cerca de Homs, una propiedad sobre la que nadie en América supo jamás.

Jehad fue enterrado en un cementerio cristiano. En Maryamia se le hicieron los servicios funerarios. El mismo padre Elián, a falta de ayuda en la iglesia, lo lavó con sus manos y envolvió en un sudario blanco, le puso las manos en el pecho, formando una cruz para que, al

menos muerto, nadie más pensara en él como mukhabarat. Se le dieron todos los funerales de un sacerdote y de un laico, en ellos se sostenía la mentira que mantuvo al clérigo con vida; el padre Elián dio el último beso al finado, le vertió el aceite de una lámpara y esparció la ceniza del incensario.

Durante la guerra, la menor sospecha de cualquier mukhabarat sobre la autenticidad de la fe del diácono le habría dado al padre su mismo destino. Incluso el aprendiz de verdugo llegó a dudar de su represalia, el asalto a Maryamia se reportó a SANA como un error de inteligencia y se escribieron titulares de arrepentimiento. Como los informes de la policía secreta se desmoronaban junto con ella, la muerte de Jehad se sumó a las víctimas sin nombre. Una disculpa fue enviada al Patriarcado, pero nadie la contestó por no saber de quién se hablaba.

Wissam sonrió al escuchar la noticia. A veces la muerte es el fin más esperado. Dio un respiro profundo y dejó una limosna en la puerta; con ella salió de Maryamia tranquila. Después de morir, Jehad había tenido una despedida hermosa, más entrañable que la de los combatientes que se perdieron de sus funerales. Los de Jehad fueron más cercanos a ella de lo que los dos hubieran imaginado.

Una segunda copia del testamento de Dimah fue enviada a Maryamia, esperando que un día Wissam o algún otro Halabi la recogiera. Una carta lo acompañaba, estaba traducida al inglés por el sacerdote de Sednaya que avisó de su partida. En ella, Dimah reconocía el pavor que le tenía a Hassib; sus mentiras previas imploraban que este no la maltratara, con su madre era suficiente, ofrecía disculpas por ellas, explicaba por qué no había heredado a su hermano menor, el único desvalido de la familia. No quería que las diferencias entre Líbano y Siria afectaran sus voluntades, como pasó con su hermana. Pedía que Youssef no fuera avisado de su muerte, su intuición se lo diría pero la ausencia de noticia le permitiría mantenerse; con el dinero sobrante de la venta de la primera casa de Koura, su estadía en el Sanatorio de la Cruz fue pagada hasta su muerte. Si Wissam no quería la nueva casa, Dimah suplicaba que se pusiera en contacto con la beneficencia pro palestina y la entregara a cambio de poner su nombre en una de las casas en que los niños se albergaban. Sería así recordada por mentes más nobles y aún no entradas en las perturbaciones de la avaricia.

Wissam viajó para encontrar un inicio y descubrió el mejor fin que pudo haber soñado. De haber sido esa la visita anterior, el espíritu de lo concluso estaría satisfecho. Solo un círculo faltaba por cerrar en su memoria, que no era de ella sino de su madre.

Llevo siete días sin saber de ti. Estoy en México, con papá y mamá.

Buen viaje.

Siempre.

Ethel

En cuanto Ethel llegó a su ciudad, ella y sus padres fueron al departamento de Wissam. La judía tenía una llave desde hacía meses y solo tuvieron que hacer una escala en su casa para recogerla.

Sobre la cama de Wissam estaba una caja de cartón forrada con tela azul, con las esquinas cubiertas con refuerzos de metal y rotulada al centro con las palabras: Casa Damasco. En su interior encontraron el testamento de Noura, la escritura de la casa de Koura al-Assad y la pulsera de turquesa y ámbar que usaba en el tobillo; a un lado, fotos de los paisajes sirios que ella tomó en sus viajes; debajo de las fotos, una colección de cartas. Salvo la que estaba hasta arriba, ninguna tenía destinatario. Esa carta era para Hassib; después de leerla, Ethel colocó una escrita por ella a manera de despedida.

Hassib,

No hay peor tragedia para un hombre que terminar en una tumba que los suyos no quieren llorar.

Occidente se hace inmediato al tener poco en su memoria y nosotros no podemos comportarnos como si fuéramos de un mundo nuevo. Como todos los que en Siria festejaron lo efímero en sus primeros triunfos de guerra y se olvidaron de lo que pasa a la historia.

No fue la guerra, lo miserable de los humanos ha dejado a esta familia sin tierra. Algún día cuando sea vieja y los vientos de Damasco se respiren mejor, regresaré para tener mi propia Koura.

En la historia a la que renunciaste, tú Hassib, encontré a un hombre bueno, al que conoces, Farouk es su nombre y es la única frase que aún puede mantener el mito sobre el que nos construimos. Iré a buscarlo para partir de nuestro pasado y olvidarme de hacer muros nuevos, que se sostienen en un presente que sería mejor no recordar.

De esa historia que es mía y de la que no me han dicho todo, voy a descubrir lo que queda, viajaré a ella para rescatar el día en que fuimos nobles, porque fue escrita como los amores que aparecen en los buenos textos, que permanecen.

Recorreré las leyendas que hacen herencia, como tú nunca podrás hacerlo y cuando mueras, seguiré siendo Halabi y seré siria, de la Siria que fue algún día. Miraré lo que se ha dejado atrás y me despediré de quién no haya podido decir adiós, para escoger la muerte que quiero y no la que me toca.

Wissam

Agradecimientos

Pedro Saez y Jorge G. Castañeda por la paz que da saberlos cerca. Gonzalo Aguilar, Diego Durán y Jürgen Beltran. A Diego Herrera por las enseñanzas involuntarias y el apoyo del que se hace hermano. Daniel Krauze que provocó escribir, a María José que enseñó a hacerlo. A Mauricio Meschoulam por las conversaciones sobre una tierra que aún es nuestra. A Erick de Kerpel, Ana Palencia, Carlos Campillo y Priscilla Fontanelli, que me hicieron saber que la vida da tiempo para encontrar grandes amigos. Palma, Begne, Roberto y Ricardo, quienes sin saberlo me dieron en Vietnam el espacio para hacer esto. Mariana V., Louis Denis, Mariano C., Ezra, Beatriz y Ana Paula Rivas, que por mucho tiempo fueron familia.

Marcela González Durán y Ramón Córdoba, por ser cómplices.

Adriana porque sin ella este libro jamás hubiera existido. A mi eterna compañía: Lola, Diego, Zena, Mica, Uma y los dos Gato.

CASA DAMASCO



De esta edición:

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., 2013
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com.mx

ISBN: 978-607-11-2742-6

Conversión ebook: Kiwitech



Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51